

LIBROS DE CABLE (para quedar enchufado)

R.D. Laing y yo: Lecciones de amor. Roberta Russel con R.D. Laing. El pope de la antipsiquiatría y una terapeuta que era su amante, escriben a dos voces un arte de amar a la medida de este tiempo. Un libro que trata sobre el poder y el amor para dar el poder de obtener lo que se ama (si se ama el amor y no el poder...).

Yo no estuve sola. *Vida de una judía en la Alemania nazi.* Else Behrend-Rosenfeld. Un testimonio demoledor: los diarios y la correspondencia con su marido, exiliado en Londres junto con sus hijos, de una judía no considerada tal por el Reich a causa de que su madre era luterana. Su carácter excepcional radica en que está escrito en el momento de los hechos, permitiendo percibir los acontecimientos desde el punto de vista de las víctimas, algo que resulta estremecedor.

Mercante: el corazón de Perón. Domingo Alfredo Mercante. El coronel que gobernó la provincia de Buenos Aires durante el primer mandato de Perón, quien lo eligió para sucederlo en la Presidencia de la Nación, casi fue «desaparecido» de la historia que contribuyó en buena medida a hacer. Este libro, escrito por su hijo, cuenta su vida y los avatares de su carrera política brindando materiales inéditos sobre el movimiento que tiñe todo el siglo XX de la Argentina e información desconocida hasta ahora sobre cómo se hizo el 17 de Octubre.

La mesa de los galanes y otros cuentos. R. Fontanarrosa. El humorista rosarino en su mejor nivel. Un nuevo volumen de relatos que supera todo lo alcanzado en sus logrados *Uno nunca sabe*, *El mundo ha vivido equivocado* y otros sucesos anteriores. Un libro que confirmará a quienes desde hace tiempo sientan a Fontanarrosa a la mesa de Art, Hemingway, Mark Twain o Chejov.

Sexo gráfico. *Humor de ambos hemisferios.* Una antología de chistes sobre la verdadera única religión sin ateos en la Tierra. De Turquía a Cuba, de Brasil a la República Checa, los maestros del lápiz se ríen del mundo de las camas y sus habitantes.

¡Yo, Matías! 3. Sendra. Una recopilación de las tiras de la criatura más divertida de la historieta argentina de los 90, para deleite de chicos y grandes, quienes siguen por igual diariamente sus andanzas desde la página final del diario «Clarín». Agotada en diez días la primera edición.

Más allá de la pantalla: cine argentino, historia y política. Alberto Ciria. De «La Patagonia rebelde» a «Los colimbas al ataque», una radiografía del país reciente tal como lo mostraron o lo ocultaron las cámaras nacionales. Por el autor de *Partidos y poder en la Argentina moderna*.

REEDICIONES

Gente en su sitio. Quino.
Inodoro Pereyra. Tomos 2, 16, y 18. Fontanarrosa.
Antología poética. Vinicius de Moraes.
Déjenme inventar. Quino.
El nombre de la rosa. Umberto Eco.
Boogie, el Aceitoso 7. Fontanarrosa.



EDICIONES DE LA FLOR
Gorriti 3695 (1172) Buenos Aires
Fax: 963-5616

V DE VIAN

Año V Nº 20 \$ 5,90.-

REVISTA CULTURALMENTE INCORRECTA

**Bases del
Segundo
Concurso de
Narrativa**

\$5,90



Especial Literatura

JACK KEROUAC: Textos, biografía, todos sus libros.

CHARLES BAUDELAIRE: Consejos a los jóvenes literatos.

CAMILLE PAGLIA: Consejos a los jóvenes amantes.

DOUGLAS COUPLAND: ¿Hay vida después de Microsoft?

FICCIÓN: Los ganadores del Primer Concurso de Narrativa.

DRÁCULA - CENSURA Y DICTADURA - PRIMER LIBRO

Credo y técnica de la prosa moderna

(Lista de condiciones esenciales)

1. Libretas secretas garrapateadas y páginas mecanografiadas para tu exclusivo placer.
2. Acoge todo signo, ábrete, escucha.
3. Evita embriagarte cuando no estás en tu casa.
4. Sé amante de tu vida.
5. La sensación que experimentas encontrará la forma que le conviene.
6. Sé poseído de una ingenua santidad del espíritu.
7. Respira, respira tan fuerte como puedas.
8. Escribe lo que quieres infinitamente, brota del infinito de tu alma.
9. Las indecibles visiones del ser.
10. No más tiempo para la poesía, en su lugar lo que es.
11. Sobresaltos visionarios que conmueven el pecho.
12. Permanece en trance, inmóvil, sueña en el objeto que está ante ti.
13. Equilibra tus complejos literarios, gramaticales y sintácticos.
14. Al igual que Proust, sé fanático del tiempo.
15. Relata la historia verdadera del mundo en monólogo interior.
16. La joya, el centro real, es el ojo en el interior del ojo.
17. Vive tu memoria y tu asombro.
18. Sal del fondo de tu ser y, con los ojos muy abiertos, lánzate al mar del lenguaje.
19. Acepta perderlo todo.
20. Cree en la santidad de las formas de la vida.
21. Esfuérzate por precisar la oleada que existe intacta ya en tu espíritu.
22. No pienses en las palabras si te detienes, si no es para ver mejor la imagen.
23. Conserva la huella de cada uno de tus pensamientos, graba su fecha al despertar.
24. Suprime el miedo y la vergüenza ante la integridad de tu experiencia, de tu lengua y de tu saber.
25. Escribe para que el mundo lea y vea la imagen precisa que tienes de él.
26. Un libro-film, un film de palabras, he ahí la forma norteamericana de visión.
27. A la gloria de la Fuerza perdida en la Soledad helada.
28. Creación salvaje, sin límite, pura, surgida de las profundidades, de ser posible alucinada.
29. Tú eres un Genio - siempre.
30. Autor-realizador de películas terrestres financiadas por los Angeles del Paraíso.

JACK KEROUAC

(*Belief and Technique for modern Prose. Evergreen, II, 8, primavera 1959.*
Traducción: P. B. REY)

CON V DE VIAN

Año V Número 20
Nov. - Dic. '95

DIRECTOR

Sergio S. Olguín

EQUIPO

Elvio E. Gandolfo,
Christian Kupchik,
Santiago Pazos,
Gisel Picca,
Pedro B. Rey,
Cecilia Szperling,
Claudio Zeiger.

FOTOGRAFIA

Diana Arbiser, Miguel Angel
Esmoris, Mónica Hasenberg,
Brenno Quaretti, Lucía Vassallo.

COLABORAN

Gustavo Secreti, Belén Gache,
Cynthia S. Daiban, Silvina Rouvier,
Alma Rodríguez, Mariel Soriente.

EMBAJADORA EN HARVARD

Karina Galperín

PRODUCCION GRAFICA

Carolina Sitnisky

CORRESPONSALES

Paola Deprez (Santiago de Chile),
Carlos Diviani (Estocolmo),
Gustavo Escanlar (Montevideo).

ARTE Y DIAGRAMACION

Gabriel Miró

COMUNICACIONES

Claudio Andrade

CON V DE VIAN es publicada por Ediciones
Magara. Registro de la propiedad
intelectual en trámite. Prohibida su
reproducción total o parcial sin autoriza-
ción previa. Las notas firmadas represen-
tan las opiniones de sus autores y no
necesariamente de la revista.

REDACCION

Salta 921 PB "E"
240-1851

(Sólo Martes y Jueves de 10 a 12,30 hs.)

COMPOSICION

Et altri

IMPRESION FOTOMECANICA

Editorial Trenque Lauquen
DISTRIBUCION
Motor Psico
Capital Federal
República Argentina
Tercer Mundo

SUMARIO

3/ Sumario

ARTÍCULOS

- 4/ **Charles Baudelaire:** Consejo a jóvenes literatos.
6/ **Camille Paglia:** responde el consultorio sentimental.
8/ **John Irving:** una lectura de Mariel Soriente.
10/ **Jack Kerouac:** visto por Joyce Carol Oates y por Pedro B. Rey.
39/ **Primera publicación:** entrevistas de Carolina Sitnisky y Alma Rodríguez.

- 42/ **Douglas Coupland:** un perfil a cargo de Belén Gache.
44/ **Drácula:** una historia contada por Silvina Rouvier.
46/ **Censura y dictadura:** presentación de Claudio Zeiger y un informe de la SIDE.
50/ **Cuánto vale tu silencio:** habla de más Santiago Pazos.

FICCIÓN

- 15/ **Eduardo Muslip:** Arácnido en tu pelo.
19/ **Jorge Arias:** Sin salida.
22/ **José María Brindisi:**

- Cuando no me quepa más odio.
26/ **Betina Keizman:** Bajo el cono de sombra.
28/ **Juan Ameijeiras:** Tres contra uno.
30/ **Patricio Pron:** Continuación del fuego.
31/ **Ariel Bermani:** Autos.
34/ **Patricia Suárez:** El Sr. y la Sra. Schwartz.
36/ **Eduardo Muslip:** El auto fantástico.
38/ **Ricardo D. Vocaturo:** Rieles.



Cuestionario del identikit

- 1- Nombre y apellido.
- 2- Lugar y fecha de nacimiento.
- 3- ¿A qué te dedicás?
- 4- ¿Qué escritores despiertan tu admiración y/o envidia?
- 5- ¿Qué libros fueron importantes en tu vida?
- 6- ¿Cuándo y en qué circunstancias escribís?
- 7- ¿En qué momentos y en qué circunstancias escribís?
- 8- ¿Cuáles son tus proyectos literarios?
- 9- ¿Quiénes son tus primeros lectores?
- 10- ¿Qué manifestaciones culturales y hechos sociales te influyeron?
- 11- Discos favoritos.
- 12- Películas favoritas.
- 13- Contáanos algo de este cuento.

Foto de Tapa

Foto: MIGUEL ANGEL ESMORIS
Modelos: Agustina Fonda, Natalia
Graziano y Silvina Quintana.
Agencia: Ford
Maquillaje y peinado: Fabiana Yanun.

ACONSEJA:

CHARLES BAUDELAIRE



Los preceptos que se van a leer son el fruto de la experiencia; la experiencia implica una cierta suma de desatinos; habiéndolos cometido -en mayor o menor medida-, espero que mi experiencia sea verificada por la de cada uno de ustedes.

Estos preceptos, pues, no tienen otra pretensión que la de *vade mecum*, ni otra utilidad que la de *la urbanidad pueril y conveniente*. ¡Utilidad enorme! ¡Supongan un arte de vestirse de manera conveniente enseñado por una madre! Así entregaría yo estos preceptos dedicados a los jóvenes literatos con igual ternura fraternal.

De la buena suerte y la mala pata en los comienzos

Los jóvenes escritores que, hablando con tono de envidia de un colega coetáneo, dicen: «Comenzó bien, tiene mucha buena suerte» no piensan que todo comienzo ha sido siempre precedido y que es el efecto de veinte otros intentos que no han sido conocidos.

Yo no sé si, con respecto a la reputación, existen los golpes de suerte; más bien creo que un éxito es, en una proporción aritmética o geométrica -según la fuerza del escritor-, el resultado de aciertos anteriores, a menudo invisibles al ojo. Hay una lenta suma de aciertos moleculares; pero generaciones milagrosas y espontáneas, jamás.

Los que dicen: «Tengo mala suerte», son los que todavía no han tenido bastantes aciertos y que lo ignoran.

Uno forma parte de miles de circunstancias que desarrollan la voluntad humana y que tienen sus causas

Consejos a los jóvenes literatos

legítimas; son una rueda en la cual está encerrada la voluntad; pero esta rueda es voluble, vivaz, tornadiza, y cambia todos los días, todos los minutos, todos los segundos su círculo y su centro. Así, arrastradas por ella, todas las voluntades humanas que se encuentran enclaustradas ahí varían a cada instante su juego recíproco y esto es lo que constituye la libertad.

Libertad y fatalidad son dos contrarios; vistas de cerca y de lejos son una sola voluntad.

Es por todo esto que no hay mala suerte. Si tienen mala suerte es porque les falta algo: ese algo conózcanlo, y estudien el juego de las voluntades vecinas para desplazar más fácilmente la rueda.

Un ejemplo entre mil. Varias personas que quiero y aprecio se enfurecen ante la fama de algunos escritores de ahora: Eugène Sue, Paul Féval, jeroglíficos en acción; pero el talento de esta gente, por frívolo que sea, no existe menos; y la cólera de mis amigos no existe, o mejor: existe *para menos*, porque es tiempo perdido, la cosa menos preciosa del mundo. La cuestión no es saber si la literatura del corazón o de forma es superior a la de moda. Esto es muy cierto, para mí al menos. Pero no es más que la mitad de justo, en tanto ustedes pongan su talento como Eugène Sue en el suyo. Enciendan tanto interés con medios nuevos; posean una fuerza igual y superior en un sentido contrario; dupliquen, tripliquen, cuadruplicen la dosis hasta alcanzar una concentración igual y ustedes no tendrán el derecho de hablar mal del *burgués*, porque el *burgués* estará con ustedes. Hasta ahí, *vae victis!* porque nada es más verdadero que la fuerza, que es la justicia suprema.

De los salarios

Por más bella que sea una casa es, ante todo (antes de que su belleza sea demostrada), tantos metros de ancho por tantos de largo. Lo mismo pasa con la literatura, que es la materia más inapreciable (y que es, ante todo, un relleno de columnas); el arquitecto literario -el nombre no lo beneficia- debe vender a precios disímiles.

Hay jóvenes que dicen: «¿Para qué me voy a esforzar si me van a pagar tan mal?» Ellos podrían entregar una obra mejor y, en tal caso, sólo hubieran sido estafados por las necesidades actuales,

por la ley de la naturaleza; pero así se estafan a sí mismos. Mal pagados, ellos hubieran podido encontrar la honra; mal pagados igualmente, se han deshonrado.

Resumo todo lo que podría escribir al respecto en esta máxima suprema que entrego para meditación de todos los filósofos, los historiadores y los hombres de negocios: ¡sólo con buenos sentimientos se alcanza la fortuna!

Los que dicen: «¿Para qué me voy a matar trabajando si voy a recibir tan poco?» son los que más tarde -una vez que llegan a la fama- quieren vender sus libros a 200 francos el capítulo y que, rechazados, vuelven al otro día y lo ofrecen con 100 francos de pérdida.

El hombre razonable es el que dice: «Yo creo que lo mío vale tanto porque tengo talento; pero si hay que hacer algunas concesiones, las voy a hacer para tener el honor de estar con ustedes.»

De las simpatías y las antipatías

En amor, como en la literatura, las simpatías son involuntarias; sin embargo necesitan ser verificadas y la razón hace ahí su parte ulterior.

Las verdaderas simpatías son excelentes, porque se transforman dos en uno. Las falsas son detestables, porque van en una sola dirección y vale menos que la indiferencia primitiva que es preferible al odio, seguido necesariamente por la estafa y la desilusión.

Es por esto que admito y admiro la camaradería, en tanto esté fundada en las relaciones esenciales de razón y temperamento. Es una de las santas manifestaciones de la naturaleza, una de las numerosas aplicaciones de ese proverbio sagrado: la unión hace la fuerza.

La misma ley de franqueza y de inocencia debe regir las antipatías. Sin embargo, hay gente que se fabrica odios como admiradores, atolondradamente. Es algo muy imprudente hacerse un enemigo sin beneficio ni provecho. Un golpe que no es asestado, no hiere el corazón del rival al que está destinado; sin contar que puede, a izquierda y derecha, herir a uno de los padrinos del combate.

Un día, mientras tomaba una clase de esgrima, llegó un acreedor que me hizo perder los estribos. Lo perseguí por la escalera a golpes de florete. Cuando volví, mi profesor de esgrima, un gigante pacífico que me hubiera invitado al

piso con sólo soplar, me dijo: «¡Cómo derrocha su antipatía! ¡un poeta! ¡un filósofo! ¡que no se diga!» Yo había perdido el tiempo de hacer dos ejercicios, estaba agotado, avergonzado y había sido despreciado por un hombre digno. Al acreedor, en cambio, no había conseguido dañarlo mucho.

En efecto, el odio es un licor precioso, un veneno más caro que el de los Borgia. Porque está hecho con nuestra sangre, nuestra salud, nuestro sueño, ¡y con dos tercios de nuestro amor! Al odio hay que utilizarlo con avaricia.

Del ataque

El ataque sólo debe dirigirse contra los secuaces del error. Si ustedes son fuertes, no ganan atacando a un hombre fuerte. Muéstrense disidentes en algunos puntos y él estará completamente de su lado en algunas ocasiones.

Hay dos métodos de ataque: por la línea curva y por la línea recta que es siempre el camino más corto.

Se encontrarán suficientes ejemplos de línea curva en los folletines de J. Janin. La línea curva divierte a la gente pero no la instruye.

La línea recta es ahora practicada con éxito por algunos periodistas ingleses. En Francia cayó en desuso. El señor Granier de Cassagnac incluso me parece que la ha olvidado. Consiste en decir: «El señor X. es un mal tipo y, encima, un imbécil» y a continuación se prueba lo afirmado: primo..., segundo..., tertio..., etc. Recomiendo este método a todos los que confían en tener razón y que tengan puños sólidos.

Un ataque fallido es un accidente deplorable; es una flecha que se vuelve en contra o, al menos, que les desolla la piel al dispararse; una bala que los puede matar de rebote.

De los métodos de composición

Hoy, es necesario producir mucho. Hay, pues, que vivir rápido. Hay que apresurarse lentamente. Hay que asestar todos los golpes y que ninguna estocada sea inútil.

Para escribir rápido es necesario haber pensado mucho. Hay que arrastrar con uno un tema, cuando se está de paseo, en el baño, en el restaurant y casi también en la casa de la amante.

Etienne Delacroix me decía un día: «El arte es una cosa tan ideal y tan fugitiva que las herramientas no son jamás suficientes, ni los medios suficientemente expeditivos.» Lo mismo ocurre con la literatura. No soy partidario de escribir de más; confunde al espejo del pensamiento.

Algunos -y de los más distinguidos y de los más concienzudos (Edouard Ourliac, por ejemplo)- comienzan por llenar mucho el papel; ellos llaman a esto cubrir su tela. Esta operación con-

fusa tiene como fin no perder nada. Después, cada vez que vuelven a copiar, aligeran y podan. El resultado -en el mejor de los casos- es abusar de su tiempo y de su talento. Cubrir una tela no es cargarla de colores, es esbozar en barniz, es disponer de gran cantidad de tonos ligeros y transparentes. La tela debe ser cubierta -en espíritu- en el momento en que el escritor toma la pluma para escribir el título.

Se dice que Balzac carga su copia y sus pruebas de manera fantástica y desordenada. Una novela pasa desde entonces por una serie de génesis, donde se dispersa no sólo la unidad de la frase sino también de la obra. Sin duda, es este mal método que da a menudo ese estilo difuso, revuelto, a borbotones; el único defecto de este gran historiador.

Del trabajo diario y de la inspiración

La orgía no es la hermana de la inspiración: nosotros hemos terminado con este parentesco adúltero. El decaimiento rápido y la debilidad de algunas bellas naturalezas testimonian bastante contra este odioso prejuicio.

Una alimentación muy sustancial pero regular es la única cosa necesaria para los escritores fecundos. La inspiración sí es decididamente la hermana del trabajo diario. Estos dos contrarios no se excluyen más que todos los contrarios que constituyen la naturaleza. La inspiración obedece, como el hambre, como la digestión, como el sueño. Sin duda, hay en el espíritu una especie de mecánica celeste, de la cual no hay porqué avergonzarse sino sacar el mejor partido, como los médicos lo hacen con la mecánica de los cuerpos. Si se quiere vivir en una contemplación pertinaz de la obra de mañana, el trabajo diario servirá a la inspiración; como una escritura legible sirve para esclarecer el pensamiento, y como el pensamiento calmo y poderoso sirve para escribir legiblemente. Porque el tiempo de las malas escrituras ha pasado.

De la poesía

En cuanto a los que se entregan o fueron entregados con éxito a la poesía, yo les aconsejo que no la abandonen jamás. La poesía es una de las artes que más benefician. Pero es una especie de lugar en el que no se tocan hasta muy tarde los réditos (muy abundantes, sin embargo).

Desafío a los envidiosos a que me citen buenos versos que hayan arruinado a un editor.

Desde el punto de vista moral, la poesía establece tal demarcación entre los espíritus de primer orden y los de segundo, que el público más burgués no escapa de esta influencia despótica. Conozco a gente que no lee los folletines -a

menudo, mediocres- de Théophile Gautier porque escribió *La Comédie de la Mort*; sin duda ellos no sienten todas las gracias de esta obra porque saben que él es poeta.

No tiene nada de sorprendente que casi todo hombre de bien pueda pasarse dos días sin comer. Pero sin poesía, jamás.

El arte que satisface la necesidad más imperiosa será siempre la más honorable.

De los acreedores

Ustedes recordarán sin duda una comedia titulada: *Desorden y Genio*. Que el desorden haya a veces acompañado el genio prueba simplemente que el genio es terriblemente fuerte. Desgraciadamente, este título expresaba para muchos jóvenes no un accidente sino una necesidad.

Yo dudo mucho que Goethe tuviera acreedores. Hoffmann incluso, el desordenado Hoffmann, apretado por necesidades frecuentes, aspiraba sin cesar a salir de esa situación; y por lo demás murió en el momento en que una vida más larga le hubiera permitido a su genio un desarrollo más radiante.

No tengan jamás acreedores; hagan, si lo desean, como si los tuvieran. Es todo lo que puedo transmitirles.

De las amantes

Si quiero observar la ley de los contrastes, que gobierna el orden moral y el orden físico, estoy obligado a ordenar las clases de mujeres peligrosas para los hombres de letras: *la mujer honesta*, la intelectual y la actriz. *La mujer honesta* porque pertenece necesariamente a dos hombres y porque es una mediocre pastura para el alma despótica de un poeta. La intelectual porque es un hombre frustrado. La actriz porque está untada de literatura y porque habla en argot. O sea, porque no es una mujer en toda la acepción de la palabra. El público le resulta una cosa más preciosa que el amor.

¿Se imaginan un poeta enamorado de su mujer y forzado a verla actuar disfrazada? Me parece que debería ir y destrozar el teatro.

¿Se lo imaginan obligado a escribir un papel para su mujer que no tiene talento?

¿Y todo por este ser que los orientales encerraban bajo triple llave antes de que vinieran a estudiar Derecho a París? Es porque todos los verdaderos literatos sienten horror a la cursilería de ciertos momentos, que yo no apruebo para ellos, almas libres y orgullosas, espíritus cansados, que siempre tienen necesidad de descansar en su séptimo día.

Hay dos clases de mujeres posibles: las chicas jóvenes o las tontas, el amor o el puchero. Hermanos: ¿es necesario que les explique la diferencia?

Click! CONSULTORIO

sentimental

RESPONDE CAMILLE PAGLIA

La filósofa y provocadora profesional, Camille Paglia contestó durante un tiempo el consultorio sentimental de la revista *Spy*. Publicamos una selección de las cartas (que son auténticas). Algunas han sido condensadas.

Querida Camille:

He estado con una mujer por diez años. ¿Debería proponerle casamiento? Mis dudas son (1) sus repugnantes y autocompasivas depresiones y (2) mi sospecha de que no podría permanecer fiel durante mucho tiempo.

Abatido de Oregon.

Querido Abatido:

La bola de cristal muestra una foto pringosa de un Juan Tenorio y una mujer regañona lanzándose la vajilla alrededor de la cocina. La miseria ya tiene suficiente compañía. De hecho, está estacionando en mi puerta.

Querida Camille:

Soy una supereducada, subempleada, cansada y bisexual, bien dispuesta y femenina mujer de la «*twenty-nothing generation*». Caigo con hombres jóvenes elegantes del tipo que nuestras madres aprobarían satisfechas. Los jóvenes elegantes empiezan por mostrarse intrigados, para terminar intimidados por mi ferocidad en la cama. Estoy enamorada de un chico sensible y afectivo que está aterrado de morir una noche entre mis piernas. ¿Debería olvidar mi afinidad con los varones y buscar mi par en una mujer divertida?

Demasiado Sexy para los Chicos de Baton Rouge.

Querida Demasiado Sexy:

Este es el caso clásico del mito de Diana y Endimión: una Amazona maternal

divina relamiéndose los labios sobre la carne andrógina de un pobre chico. Yo te diría que lo tomes como un plato más y complementes el menú con confecciones más robustas. Respecto al par en una mujer divertida, ¡espero que tengas mejor suerte que yo!

Querida Camille:

Mi novia y yo te reverenciamos como una divinidad.

Una vez tuve una insalubre, y mutuamente manipuladora relación con una mujer. Dos semanas después ya habíamos dejado de hablarnos. Ella vino un día a charlar a mi cuarto. Empezamos a hacer bromas. Parecía disfrutarlo, así que le pregunté si quería tener sexo, ella dijo «me da lo mismo». Seguí adelante y tuve sexo con ella. Más tarde ella me denunció por «violación». Pero ella en ningún momento se resistió ni me dijo basta. ¿Fue esto violación?

Confundido de Kansas City

Querido Confundido:

No, eso no es violación. Es una escena de una película de Antonioni. Hay un postulado feminista que alerta a la gente para reconocer la decadencia demodé. ¡Consíguelo ese material!

Querida Camille:

Si realmente naciste en 1947, ¿Por qué luces como si hubieras nacido en el '37 o, digamos, en el '27? ¡Quiero evitar hacer cualquier cosa que tú hayas hecho para terminar escribiendo las obtusas y baratas líneas que produces!

Bilioso de Maryland



Foto: ROBERT DOISNEAU

Querido Bilioso:

Escucha, pedazo de tarado: soy una actriz cómica petisa, que habla rápidamente, y tengo hoyuelos que me semejan a Keith Richards, para evitar decirte que lucen como los de Sally Field. ¡Piérdete! El demacrado está en alza.

Querida Camille:

He estado seriamente ofuscado con mis amigas mujeres. Se llevan la vida por delante aparentando ser mujeres inteligentes con sentido común y terminan haciendo tontas elecciones cuando ven venir a un hombre.

Movilizado Joe de Brooklyn.

Querido Joe:

Estás confundido con la perversidad irracional de la atracción sexual. Dionisios es una vorágine. El amor nunca será aséptico ni seguro. Sube al bote y ve por tu vida.

Querida Camille:

Mujeres que conozco muy bien se me tiran encima todo el tiempo y me lanzan a la cara ese intenso bien conocido, está el tema uno. Siento que esas muje

res tienen un terrible poder sobre mí. ¿Debería simplemente forzarlas? ¿Importa que sean mis alumnas?

Aturdido de Long Island

Querido Aturdido:

Las calientes señoritas (blancas y clase media ¿verdad?) están batiéndole sus pestañas al Gran Papá. Has descubierto la verdad: el acoso sexual es una brea caliente, una calle de dos direcciones. Espera hasta que se gradúen, después ve directo a zambullirte en ellas.

Querida Camille:

Dos compañeros míos que viven a miles de kilómetros uno de otro fueron poco elegantemente pateados hace un par de años atrás por sus novias. Justo después de sacarse de encima el exceso de equipaje, ambas chicas adoptaron todas las características más salientes de la personalidad de sus antiguos novios. Una pasó de ser una consentida y una bien intencionada lectora de Woolf, suscriptora además de todas las causas políticas de moda, a ser una ardiente maletera enamorada de Conrad. La otra cambió su especialización en ciencia experimental por la antropología clásica y la filosofía, y su música pasó de *Depeche Mode* a *Lime Spiders*. Ya puedes ver el panorama. ¿Por qué empezaban estas mujeres a convertirse en los hombres que ni siquiera amaron largamente?

Contemplativa de Kankakee
Querida Contemplativa:

Estoy pasmada ante esta pintoresca evidencia del antiguo principio del vampirismo femenino, impregnado por todas partes en el mundo mitológico. Al ser chupados los hombres se secan, como el tuétano de un hueso, mientras que las mujeres tranquilamente se lanzan a su próxima aventura. ¡Sublime!

Querida Camille:

Soy una mujer bisexual que ama apasionadamente el rock pesado y la música heavy-metal. Los chicos que me gustan quieren los típicos «bimbos heavy-metal». Y las mujeres gay escupen el trillado dogma femenino sobre la degradación, la explotación y la misoginia del rock pesado.

Solitaria de Iowa

Querida Solitaria:

El rock & roll es la realidad sexual. El nuevo feminismo cortará sus dientes en las cuerdas del poder heavy-metal. Pon tu propio voltaje al máximo y no tomes a un «no» como respuesta.

Querida Camille:

He estado involucrado con una gran iluminada durante siete años y enajenado con el sentimiento de fracaso resultante de no entender el «deconstruccionismo» de Derrida. Afortunadamente escapé de la epidemia californiana de esa clase de maníacas, pero no sin haber sido desgarrado al punto de la eyaculación precoz.

En recuperación de Rancho Mirage

Querido En recuperación:

Los contaminantes de cerebros cometen crímenes contra la humanidad. El infierno del Dante tiene un lugar reservado para los seguidores de Lacan, Derrida y Foucault, que se van a revolver por toda la eternidad en su propio fango.

Querida Camille:

Cuando estoy usando el mingitorio de la oficina, uno de los gerentes más densos viene, se para al lado mío y me da conversación acerca de estupideces. ¿Hay un modo educado de ignorarlo, o debería mearle la pierna? ¿Tienen este problema las mujeres?

Pisoteado de Hacksensack

Querido Pisoteado:

A las mujeres les encanta parlotear en el baño. ¡Es una fiesta temible! Respecto al gerente ¿está para darle?

Querida Camille:

Al tener sexo oral, luego de su orgasmo, mi novia empieza a reír histéricamente. ¿Qué significa eso? ¿Estoy siendo tomado en serio?

Preocupado de Calgary

Querido Preocupado:

La explosión de la emoción irracional (también el llanto) se consideran frecuentes en el orgasmo femenino. ¡Ten cuidado con las Ménades maníacas! Las adoradoras de Dionisios han sacrificado corderos y devorado sus partes, miembro por miembro, entre sus blancas manos.

SELECCIÓN Y TRADUCIÓN: GISEL PICCA

...parecen que son muy sensatos pero si ud. los analiza, no pasan de ser macanas. Nunca le lleve el apunte a esa frase que dice: "Acá hacen falta buenos gobernantes!", porque, lo que hacen falta son buenos pueblos.

LOS MAGOS

(el programa)

Salvo en algunos países adonde hay gobiernos sin pueblos, pero esas son excepciones.

Martes, 23:15 Hs., Artecanal
35 de Cable Visión

como si su voz se enganchara, no hablar: ser hablado por otras voces.

Dirección: Pablo Korol

o qué importa quién habla.

Apuntálo.



Lucía Vassallo

Fotografías

775-8694

LEE MARIEL SORIENTE

El efecto Irving

El poeta francés Paul Valéry cuenta que antes de conocer a Mallarmé, la literatura casi no significaba nada para él. Leer y escribir se habían convertido en un peso que amenazaba con hacerlo abandonar las letras. No sabemos hasta dónde habría llegado su hastío si Mallarmé, al «elevar por fin una página a la potencia del cielo estrellado», no hubiera transformado ante sus ojos la cuestión literaria. No son pocos los que al descubrir a John Irving han sentido algo similar. Leer a Irving es volver a leer de nuevo, reencontrarse con la lectura de la infancia para entrar en un mundo que, definitivamente, al menos mientras dura la novela, suplanta al de la realidad inmediata del lector. Sólo es cuestión de aceptar el primer guiño de complicidad que lo transporte totalmente a esa otra dimensión de su ficción, como Dorothy siguiendo el sendero que la conducirá al mundo de Oz. Se podrá seguir leyendo otros libros, pero en Irving hay un alto en el fluir de las lecturas que amenaza con cristalizar para siempre un mismo modo de leer.

Y es que este autor, haciéndose eco de la mejor tradición dickensiana, sabe cómo mantener leyendo a un lector. El secreto -explica- es muy simple: «Los momentos narrativos y el interés emocional de los personajes son los que hacen que una novela sea más apasionante en la página 300 que en la 30». Y para lograrlo parece fundamental no perder nunca de vista al lector. El autor de **El mundo según Garp** (novela con la que adquiere la consagración literaria) lo expresa del siguiente modo: «Pienso en él como alguien mucho más inteligente que yo, pero que es un chico, una suerte de prodigio operativo, un mago de la lectura. Consigue interesar al chico y lo soportará todo -también lo entenderá todo-. Pero si no logras despertar el interés del chico desde el comienzo jamás retornará a ti. Este es tu lector: paradójicamente, se trata de un genio cuyo tiempo de concentración es el de un conejo». No es un acto de soberbia, entonces que John Irving entregue una novela de 781 páginas. Se trata, más bien, de un acto de fe, una confianza ciega en la narración.

Su última novela, **Un hijo del circo**, carga sobre sus espaldas el peso de

8 V de Vian Lecturas

ser el libro que sucede a una de las mejores novelas de las últimas décadas: **Oración por Owen**. Este texto (cuyo título en castellano debería ser «Una oración por Owen Meany») presenta una causalidad impecable, tanto que podría decirse que es el decálogo de cómo se construye una novela perfecta. Algunos críticos, sin embargo, han acusado al autor de no mantener una prosa «cuidada» y, si sumamos a esto, el éxito comercial que tienen sus libros, algunos se han preguntado si Irving no es un escritor que se mueve en los límites del best-seller. A estas acusaciones el autor responde con la configuración de su propia estética. «Evidentemente, el narrador de historias debe exponer con toda claridad -dice-. Es una responsabilidad artística de toda novela el ser legible, el atraer al lector y mantenerlo interesado. Si no sabes entretener a la audiencia, debes abandonar la palestra.» Pero incluso esto no es suficiente.

El escritor no vacila ante el riesgo que implica construir una poética a partir de la sensibilidad. «Vivimos en una época donde el gusto crítico nos dice que «ser bondadoso» equivale a ser imbécil -continúa-. Llegamos a la conclusión de que cualquier intento de provocar lágrimas o risas en la audiencia es vergonzoso (...). Para el lector moderno, el escritor que se arriesga a ser sentimental resulta sospechoso. Pero como escritor es una cobardía tanto temer los sentimientos como evitarlos». En este sentido, si es que aceptamos el calificativo, podemos

decir que **Oración por Owen** es su libro más «sentimental» o, como ya ha dicho la crítica, el más «humano». Sucede que Irving deposita en sus personajes todo el peso y la fuerza de la narración. Es Dickens pero también es Vonnegut, es Günter Grass pero también es Pynchon.

Al igual que **El gato y el ratón**, esa novela corta de Günter Grass que narra el sacrificio de un joven ejemplar durante la guerra, **Oración por Owen** cuenta la historia de dos amigos de la infancia que -guerra de Vietnam de por medio- se ven obligados a separarse para siempre. Y es, sin ninguna duda, el texto de Irving en el que el problema

Un hijo del circo, de JOHN IRVING, Tusquets Editores, 1995, 781 pp.

sobre el acto ético -presente en toda su obra- adquiere su mayor relevancia.

También la religión, la fe y la predestinación ocupan en la trama un lugar importante.

Si bien el texto no parece ofrecer ninguna resistencia a la lectura, a medida que avanza la narración la decodificación se vuelve más y más compleja, y el género al que pertenece la novela comienza a ser cuestionado. Este problema se plantea no sólo en **Oración por Owen** sino también en casi todos sus libros. Tentados a inscribir su narrativa en la reapropiación del modelo que proponían las novelas del siglo XIX, inmediatamente podríamos pensar en una poética realista. Pero Irving impone una lógica propia, creando una ruptura con los códigos previstos. Así, se podría plantear, a modo de hipótesis, que sus novelas son falsamente realistas. **Oración por Owen**, por ejemplo, produce un efecto de lectura desconcertante que comienza con el realismo más característico y culmina -mediante la aparición de un milagro- en el fantástico. Casi toda la narrativa de Irving habla siempre de estos límites: se refie-

re a sucesos que quedan fuera de toda interpretación pero que al mismo tiempo se encuentran tan cerca de lo real que uno no puede más que creerlos. Y es por eso que podemos hablar de «un mundo según Irving», de un escritor capaz de imponer en los hechos que a simple vista resultarían los más inverosímiles una causalidad lógica. Construye un mundo que tiene leyes propias pero logra, que con la mayor naturalidad esas leyes pasen a ser las nuestras. Al referirse a **El hotel New Hampshire** (su libro más ácido) Irving dijo: «Es un mundo al cual se entra y después se sale. Pero mientras estás en él sus reglas son las que rigen, no las tuyas (...). La novela requiere la menor cantidad de comprensión del llamado mundo real».

Un hijo del circo, en este sentido, está más cerca del humor negro que caracterizaba a sus primeros libros que del humanismo que se despliega en **Owen**. Por sus páginas desfilan un cirujano ortopeda que divide su tiempo entre la búsqueda de un factor

genético capaz de curar el enanismo y la escritura de guiones de películas que tienen por protagonista al Inspector Dhar -un actor huérfano separado al nacer de su gemelo, que luego resultará ser un sacerdote jesuita amante de las camisas hawaianas-, un circo con muchos enanos, un inspector de verdad, transexuales enfurecidos, un exquisito grupo de golfistas y, como si todo esto fuera poco, setenta asesinatos.

La novela, escrita en clave de comedia, tiene a la India por escenario. La sociedad hindú, fragmentada hasta la exasperación en sectas y castas antagónicas, le servirá a Irving para plantear el problema de las minorías tan presente en todo su obra.

Una vez más, como en la mayoría de sus libros, el autor intercala en la novela diversos refranes, «pequeños recursos de letanía -como él mismo lo expresa- coros en un simple himno», que, a modo de leit-motiv recorren el relato de principio a fin y resumen de alguna manera el conflicto que plantea la trama. Aquí,

para decir que los personajes se aferran a la vida desesperadamente, el narrador, en tono circense no se cansa de repetir «*Todavía caemos en la red*». Esta frase, al igual que la expresión «*En el mundo según Garp todos somos casos terminales*» y «*Pasa de largo ante las ventanas abiertas*» se reitera a lo largo de la novela cobrando nueva fuerza ante cada aparición.

Pero para Irving el lema de los lemas es seguramente el leit-motiv de **El hotel New Hampshire**: «*La vida es seria, pero el arte es diversión*».

Pocos personajes pueden producir más miedo que el que construye Stephen King en **Misery**: esa lectora tan adicta a los libros de su escritor favorito que, en su devoción, es capaz de matarlo. ¡Quiera Dios que el sabio lector se mantenga lejos de semejantes extremos! Pero lo que sí es cierto es que ante el imperativo que propone Irving dan ganas de entrar en su mundo para ya nunca más volver a abandonarlo.

Identikit del lector

Estimado lector/a: queremos conocerte. Tal vez sea la primera vez que lees la V. o nos seguís desde el primer número. Lo cierto es que no sabemos mucho de vos y nos encantaría saber qué haces y qué cosas te gustan para hacer una revista a tu medida. Por eso te pedimos que contestes este identikit y lo envíes por correo o personalmente a **Salta 921, P.B. 'E', 1074 Capital**. Y como te queremos regalar algo a cambio de tu esfuerzo, cuando lleves el cuestionario podés retirar -absolutamente gratis- dos números atrasados. Si lo enviás por correo te mandamos el regalo por el mismo medio.

- | | |
|--|--|
| a) Nombre, apellido, dirección, teléfono. | 5- Una pareja homo. |
| b) Fecha de nacimiento. | 6- Algo no humano. |
| c) ¿Cuál fue el primer número de la V. que leíste? | i) Hacé una lista de cinco actividades preferidas que más te guste realizar (del uno al cinco en relación a tu fanatismo). |
| d) ¿Trabajás y/o estudiás? ¿En qué o qué cosa? | j) ¿Qué es lo que más te gusta de la revista? |
| e) Cuáles son tus escritores preferidos. | k) ¿Qué notas -de números anteriores- recordás (porque te gustaron, te molestaron o porque te sirvieron para algo)? |
| f) Películas favoritas. | l) ¿Leés otras revistas? ¿Cuáles? |
| g) Músicos preferidos. | m) ¿Leés algún diario? ¿Cuál? ¿Leés alguna sección o suplemento en especial? |
| h) ¿Qué pondrías en la próxima tapa de la V.? | |
| 1- Otra chica. | |
| 2- El rostro de un tipo. | |
| 3- Un tipo desnudo. | |
| 4- Una pareja hetero. | |

Click! CORREO

ESCRIBEN LOS LECTORES

¡Amáanos, Odiáanos, Escribíanos!

En el número que viene vamos a publicar, finalmente, las cartas de los lectores. Recuerden que cumplimos cinco años así que nos gustaría que nos ayuden a hacer el balance de lo realizado en este lustro. Las cartas, postales, regalos y todo lo que se les ocurra pueden mandarlos a: **Salta 921, P.B. 'E', 1074 Capital**.

Aprovechamos para enviar algunos mensajes: A novio enojado de suscriptora: Tranquilo, tu carta aparece (sin ninguna censura) publicada en el próximo número. D'accord?

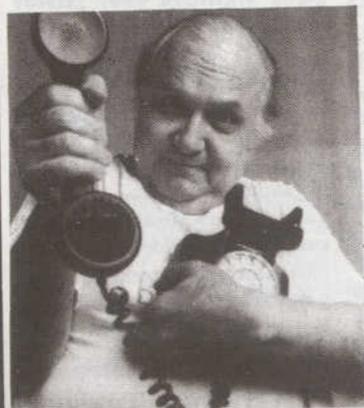
A lector que comenzaba su carta con "A de Absatz": Se nos traspapeló tu carta. Te pedimos disculpas y, por favor, enviála de nuevo que nos encantaría publicarla.

A Adriana Pace: Esos números atrasados están disponibles en el quiosco de Corrientes 1787 (esq. Callao, delante de La Opera). Por cualquier cosa comunicáte con la revista.

A Ricardo Kloster: Ya publicamos un cuento de Simenon en el número 7. Tal vez publiquemos más en los números próximos.

Lectores V de Vian 9

¡A VER SI LLAMAN!!



DIANA ARBISER
FOTOGRAFÍA



305-3659/815-2013

EL REGRESO DEL AUTOR DE EN EL CAMINO

Kerouac vuelve

NOTA Y PRODUCCIÓN GENERAL: PEDRO B. REY

En el camino fue la novela faro de los jóvenes de los '60 y '70. Después de muchos años de olvido, el fantasma de Kerouac vuelve a salir a la ruta gracias a los buenos oficios de biografías, homenajes y el anuncio de la filmación de su gran novela. Presentamos un texto de Kerouac sobre el arte de la composición, una introducción de P. B. Rey a su obra, un minucioso artículo de la novelista norteamericana Joyce Carol Oates y una bibliografía completa del padre del beatnik, que es como decir el padre de casi todos los hijos de este fin de siglo.

«Kerouac carece de disciplina, de inteligencia, de honradez; nunca sabe exactamente lo que es una novela. Su sentido del ritmo es inseguro y su concepción de los personajes, inexistente. Es pretencioso como una puta rica y sentimental como un chupete. Y sin embargo, creo que tiene mucho talento. Su energía literaria es enorme. En sus mejores momentos, su amor por la lengua tiene una fuerza de éxtasis. Para juzgarlo mejor, hay que olvidar que es novelista y verlo como un bardo o un pintor al estilo de Pollock.»

La definición pertenece a Norman Mailer, el ya mítico autor de **Los desnudos y los muertos**, que con su tono arbitrario y agresivo de siempre trata de dar en el blanco y explicar de una vez por todas el enigma Kerouac. ¡Qué mejor que imaginarlo como una suerte de Jackson Pollock de la prosa, lanzando tinta sobre la página con la jeringa de su Underwood!

Jean Louis Lebris de Kerouac, más conocido como Jack Kerouac, sigue siendo -a pesar de muchos de sus mediocres epígonos, a pesar de su ambigua fama- una llaga difícil de lavar en la piel de la literatura norteamericana. Como si todavía hoy, a casi treinta años de su desaparición, la crítica no hubiera logrado comprender literaria, además de sociológicamente, no ya su valor, sino la influencia de un escritor que, a pesar de no ser necesariamente vanguardista, evade con tanto ahínco las convenciones formales.

No cuesta nada concordar en que la mayoría de sus novelas son irregulares, algunas casi patéticas (ver la nota de Joyce Carol Oates, lapidaria al respecto) y que su misticismo nos parece en esta época de una ingenuidad adoles-

cente. Tampoco hay que olvidar cómo se malinterpretó su obra -y hasta se la obvió- para recrearse en la invención de un mito. A Kerouac lo idolatraron muchos malos lectores; a sus biógrafos no les importaba más que adornar el relato de su vida; la crítica, que tan mal lo trató en su tiempo, casi no produjo después de su muerte estudios decisivos.

Lo que sí se suele olvidar es el sentido que el propio Kerouac atribuía a su obra y cuáles eran sus objetivos. Hay expresiones y actitudes que pertenecen a una época. Hoy por hoy sería poco confiable un autor (tal vez, justamente, porque Kerouac ya lo hizo) que pregona escupir sobre la página lo primero que se le ocurre y que «la sensación que uno experimente encontrará la forma que le conviene.» Sin embargo, su proyecto novelístico era mucho más ambicioso que una entrega sin condiciones al azar y al automatismo.

Kerouac, al que le gustaba considerarse un descendiente directo de Proust y Joyce, veía su propia obra como una suerte de saga autobiográfica. Le gustaba denominarla «la leyenda de Duloz»; otros, póstumamente, la apodarían «la leyenda de Kerouac». Esas novelas -doce de las que escribió- debían ser publicadas alguna vez en un único tomo. No en el orden de aparición, sino en correspondencia cronológica con cada etapa de su vida.

Declaradamente autobiográficas, son fragmentos de experiencias vitales reformuladas a través de una prosa vigorosa. El sueño de Kerouac era que los personajes recuperaran en esa edición definitiva los nombres de los modelos de carne y hueso. Dean Moriarty y Cody Pomerany volverían a llamarse Neal Cassady; Carlo Marx, Adam Moorad, Alvin Goldbook recuperarían

su Allan Ginsberg original; Old Bill Lee o Fran Carmody volverían a la piel de William Burroughs y, finalmente, Sal Paradise, Leo Percepted y Ray Smith, entre otros, serían por fin Jack Kerouac. En una palabra, la literatura, que siempre corre el riesgo de ser letra muerta sobre la página, se convertiría en la historia de una vida.

De no haber mediado su precoz depresión y su muerte prematura, la obra de Kerouac tendría hoy otra cara. Sería, con sus altibajos y mesetas, una suerte de infatigable novela río -tan individualista, pero menos egocéntrica que las trilogías de un Henry Miller- de nuestro convulsionado siglo XX y no el producto desprolijo y caótico, y tan fácil de malinterpretar, que nos legó. No lo consideraríamos simplemente como el escritor de una única novela brillante -entre muchas otras novelas brillantes de esa época crítica- que puso sobre el tapete las necesidades de una generación. Hubiera sido, en una palabra, un escritor mayor.

Adelantándonos a su inminente canonización gracias a los buenos oficios de Francis Ford Coppola -que finalmente filmará **On the Road**, promesa de road movie por excelencia- y el advenido fetichismo de algunos -el actor Johnny Depp, que aspira interpretar a Sal Paradise, pagó hace unos meses diez mil dólares por el sudoroso sobretodo del gurú beatnik- no es una mala ocasión para rescatar y discutir los pros y contras de este novelista que, de seguir vivo, tendría hoy unos 73 años.

A pesar de todo, la obra de Kerouac sigue en el camino y amenaza con recuperar su antiguo dinamismo. Sólo habrá que ver qué clase de estatua le levantan (o con qué clase de héroe lo confunden) sus novísimos adeptos de este siglo.

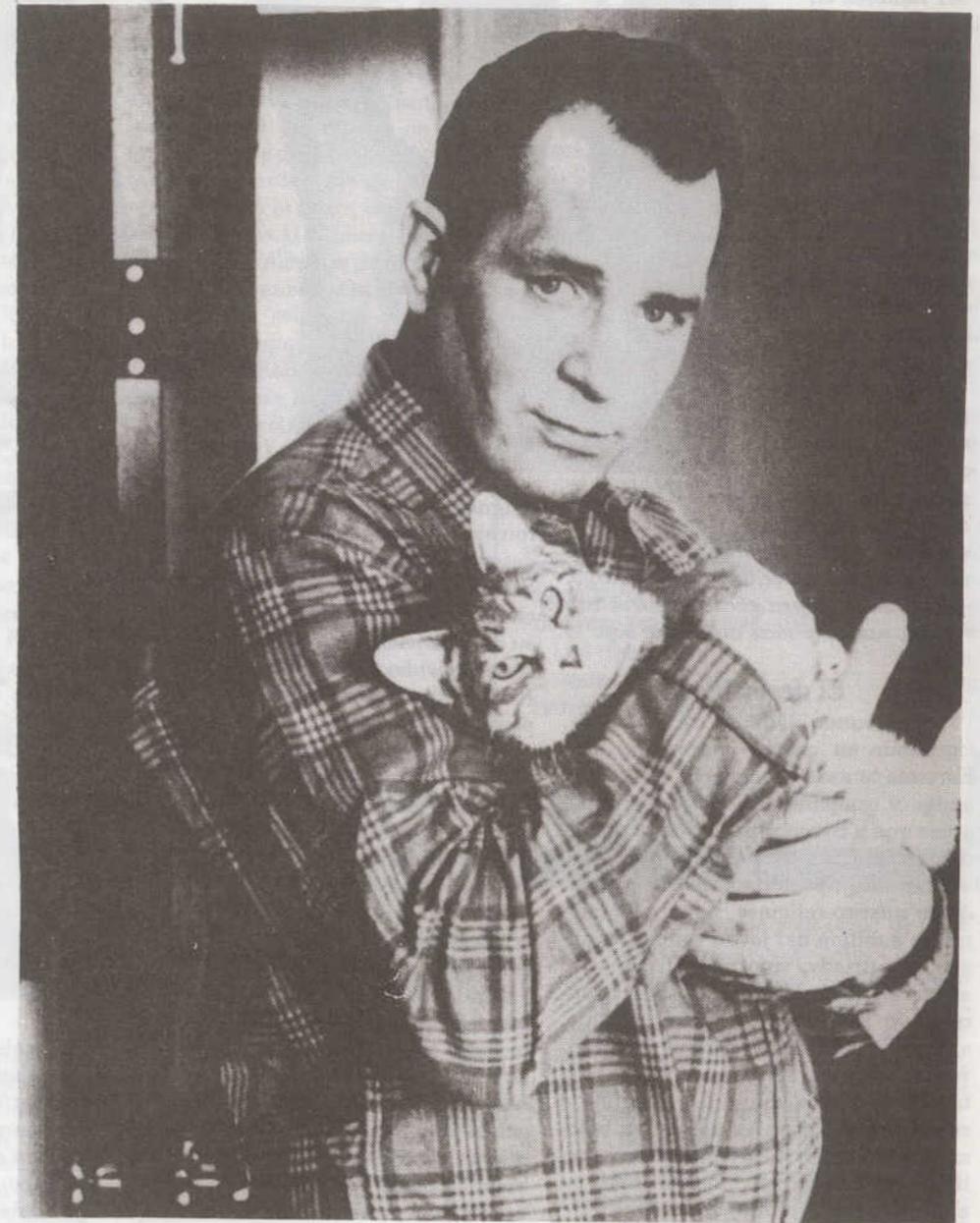
Al borde del camino

POR JOYCE CAROL OATES

Los dioses vuelven célebres a aquellos que quieren destruir. Así como una mañana de marzo de 1812, en Londres, el joven, descarado y prodigiosamente dotado George Gordon, más conocido como Lord Byron, se despertó célebre, la trayectoria de su brillante y fatídica vida esbozándose ante sus ojos, una mañana de septiembre de 1957, en Nueva York, Jack Kerouac, descarado, prodigiosamente dotado, pero no tan joven (tenía entonces 35 años) descubrió al despertar que se había convertido en una celebridad literaria y que el curso de su vida, menos brillante pero igual de fatídica, se dibujaba delante suyo. Así bautizado, ya no hay posibilidad de retornar al oscuro capullo del anonimato.

La publicación de los dos primeros cantos del **Childe Harold's Pilgrimage** fue lo que permitió la meteórica ascensión de Byron. Para Kerouac lo fue la publicación de su segunda novela, **On the Road**, que se benefició del impensado respaldo del *Times* bajo la forma de una de esas afortunadas reseñas que pueden determinar no sólo la carrera de un artista sino también el curso ulterior de su vida. Mientras que otros críticos no quisieron ver en ella más que desechos infraliterarios, el del *Times* saludó, antes que «una auténtica obra de arte», un acontecimiento histórico. Más aún: «La expresión más magníficamente ejecutada, la más clara y la más importante de la generación que Kerouac mismo bautizó como "beat" hace algunos años.» ¡Extravagante! ¡Demencia Zen! Excepto algunos iniciados, pocos eran aquellos que podían apreciar la deliciosa ironía de esa reseña, que era también un acontecimiento histórico en su género: era la obra de un joven, Gilbert Millstein, que reemplazaba temporalmente a Orville Prescott, crítico decididamente conservador, de vacaciones en ese entonces y que habría sin duda abominado de **On the Road**, si es que hubiera siquiera condescendido a leerla.

Tanto el **Childe Harold's Pilgrimage** como **On the Road** son peregrinajes, por supuesto: el primero es un relato, en estancias spenserianas, de las peregrinaciones de un joven profundamente egocéntrico y romántico por países exóticos tales como Portugal, España, Albania y Asia Menor; el segundo cuenta, en una prosa rapsódica, frontal, en primera persona, los viajes de otro joven que recorre los Estados Unidos a dedo en la delirante compañía de Dean Moriarty (el abominable Neal Cassady). El **Childe Harold** de Byron es un cristal transparente a través del cual el poeta de 24 años de edad le más profundo de su pensa-



miento y de su corazón con una bravura que deja de manifiesto un agudo sentido de la puesta en escena. El **Sal Paradise** de Kerouac es un escritor en ciernes que parece confundirse con el propio Kerouac: obsesionado por las palabras, desbordando de ganas e impaciencia por «cumplir con nuestra noble y única función en el espacio y el tiempo; es decir, el movimiento». Los dos peregrinos son minas de ardor novelesco y juvenil, emblemas de épocas muy diferentes, aunque emparentadas. **Sal**

Foto superior: Hal Chase, Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs en la Universidad de Columbia (Nueva York, 1945).
Foto inferior: Kerouac y Lucien Carr también en Columbia (1944)



Paradise es el más crudamente adolescente, si no juvenil, y está poseído por un entusiasmo whitmaniano irresistible, indomable, que desborda largamente la página:

«¿Qué es ese sentimiento que nos inunda cuando dejamos a la gente en un auto y la vemos encogerse a lo lejos en la llanura hasta finalmente desaparecer? Es el mundo demasiado vasto que nos pesa, y es el adiós. Sin embargo, vamos con la cabeza gacha al encuentro de una nueva y loca aventura bajo el cielo.»

El desorden

«Vagabundo y ángel encarnizado», siguiendo su propia expresión, Jack Kerouac se asemeja a Percy Shelley, el amigo y compañero de ruta de Byron, antes que a Byron mismo, por su manera de mezclar narcisismo e idealismo, alimentado apasionadamente por un deseo místico-religioso: no el neoplatonismo sublime del joven romántico inglés expatriado, sino el budismo a la americana que circulaba por San Francisco en los años '50 y '60, aunque, originario del Canadá francés y católico venido a menos, Kerouac conservó hasta el fin de sus días una imaginaria cristo-teísta. En un estado de embotamiento alcohólico descripto en su novela de 1962, **Big Sur**, Jack Duluo, su alter ego, alucina una cruz.

Entre Byron y el novelista simplemente byroniano, hay, bien entendido, diferencias. Byron, como Shelley, iba a forjar una brillante obra de poeta después de sus precoces inicios: por el contrario, la prosa de Kerouac no parece haber evolucionado en lo más mínimo. Hasta el final de su carrera, no iba a re-encuentrar más que episódicamente las cumbres líricas que había alcanzado en **On The Road**. Pero todos compartían la misma creencia sobre el desorden de todos los sentidos al servicio de su arte. Byron y Shelley fueron genios de la

lengua inglesa, pero casi no tuvieron el genio de la vida. Byron murió, desgastado, a los treinta y seis años; Shelley, en un accidente de navegación que revelaba tal temeridad que su desaparición, a los 29 años, linda con el suicidio. Si no un genio, Jack Kerouac fue de esos prodigios (un poco como Jack London) en los que parece que los talentos son antes que todo una especie de vigor imaginativo, de temeridad física, de energía juvenil y de desprecio adolescente de la autocensura y de las coacciones sensatas y fastidiosas de los mayores.

En su prosa a raudales -millones de palabras hipotérmicas-, Kerouac dilapidaba sus dones de escritor como dilapidaba su simiente en relaciones tan efímeras como la vida de algunos insectos. No creía ni en la corrección ni en el remordimiento. Juzgando a partir de sus «novelas verdíacas» y sus cartas, parece que Kerouac no habría podido escribir con semejante entusiasmo y ausencia de inhibición sin dosis regulares de alcohol y drogas. En su novela de 1968, **Vanity of Duluo** habla con un tono lúgubre de las «drogas, de la morfina, de la marihuana, de la abominable Benzadrina que nos tragamos... arruinando los inhaladores para retirar el papel empapado y enrollarlo en pequeñas bolas envenenadas que hacían sudar y sufrir... Mis tiempos habían comenzado a vaciarse. Me perdía en alucinaciones depresivas producidas por la Benzadrina». Desde mediados de los años '40, Kerouac tuvo que ser hospitalizado por una serie de tromboflebitis ligada al abuso de esa última droga



Cualesquiera que hayan sido los costos de su composición, la leyenda Beat consagró a **On The Road** como una experiencia extática: primer triunfo de aquello que Kerouac denominaba «prosa espontánea», la «nueva literatura» que debía tornar obsoleta toda la vieja literatura. Escrita en un solo párrafo continuo sobre un rollo de papel de teleimpresora que Kerouac había instalado en su máquina de escribir, la completó en un maníaco acceso de energía que duró veinte días. El autor-derivative no tardaría en pulverizar ese célebre record de composición, escribiendo **The Subterraneans** de un tirón en tres días y la adaptación escénica de **On The Road** en una sola noche. (¡Imagínense si hubiera tenido un procesador de textos!) Su vigor de futbolista -había jugado fútbol americano en la Universidad de Columbia- le permitió soportar

ese training aunque, acto seguido, perdía hasta cinco kilos en una sola sesión de escritura y salía vacío, deprimido, incluso suicida. Mientras envejecía prematuramente, su vida y su arte estuvieron marcados cada vez más por violentos cambios de humor.

Dos preciosas antologías, **The Portable Jack Kerouac** y **Jack Kerouac: Selected Letters 1940-1956** (Viking), ambas editadas por Ann Charters, dejan pensar que nuestra reacción a la escritura de Kerouac se reduce esencialmente a nuestra reacción frente a sus emociones -y a sus personajes, los «vagabundos celestes», los «vagabundos del Dharma» y los otros, que llevan sus emociones a un grado de intensidad febril. El gran amor de la vida de Kerouac (si bien, aparentemente, no fue consumado) fue Neal Cassady, hijo de un lumpen de los bajos fondos de Denver. A los 21 años, si le creemos a la biografía de Kerouac escrita por Dennis McNally, **Desolate Angel** (1979), Cassady había robado 500 autos y había pasado quince meses en prisión. Escritor en ciernes, como Kerouac, era todavía más expansivo aún en su grandilocuencia. Mujeriego inveterado, era también un infatigable juerguista. ¡Y qué proezas físicas! Corría los cien metros en menos de diez segundos y se masturbaba cinco o seis veces al día. Cassady conoció a Kerouac en 1947 y lo arrastró a la ruta en 1949 en un Hudson nuevo modelo que los llevó de Nueva York a Nueva Orleans y después a San Francisco. Dean Moriarty, su alter ego novelesco, es un «reventado» que por nada del mundo uno querría encontrarse en una ruta en medio del campo. A veces Moriarty conduce desnudo y les pide a sus pasajeros que también se desvestan. Parece perpetuamente borracho o dopado, o las dos cosas al mismo tiempo, no desdeña robar y se pasa todo el tiempo gritando.

El ángel desolado

«La única gente que me interesa son los dementes, aquellos que tienen la demencia de vivir», explica Sal Paradise.

Después de **On The Road**, la casi totalidad de las novelas de Kerouac, en particular **The Subterraneans** (1958), **The Dharma Bums** (1958), **Visions of Cody** (1959, publicada póstumamente en 1973), **Doctor Sax** (1959), **Big Sur** (1962), **Desolation Angels** (1965) y **Vanity of Duluo** (1968) son comparables a las experiencias metaficcionales de los años '60 y '70: explican tanto sobre la creación como sobre los temas que anuncian. En cada novela, el alter ego de Kerouac viaja en compañía de delirantes amigos Beat y de mujeres fabulosas, en un recorrido vertiginoso en busca de sensaciones fuertes, de Seattle a Tánger, y se rememoran los acontecimientos en la «pura alegría de la confesión», como dice Kerouac en su

ensayo sobre **Los orígenes de la alegría en la poesía**.

La mayor parte de los extractos de novelas y textos en prosa recogidos en **The Portable Jack Kerouac** contienen pasajes inspirados -un lenguaje lírico demarcado por cortos motivos melódicos de jazz- junto a otros que no lo son en absoluto. Kerouac es capaz de una prosa centelleante, pero también de una prosa tan ramplona como el ruido de un camión que descarga su cargamento de grava: resultado inevitable de la «especie de neoarqueo-poesía de la Demencia» Zen tan cara al autor que consiste en «escribir todo lo que a uno le pasa por la cabeza». (La nouvelle **Good Blonde**, inicialmente publicada en **Playboy**, y el ensayo **On the Road to Florida**, sobre un viaje emprendido en compañía de su amigo el fotógrafo Robert Frank, son la excepción a esa logorrea habitual: de estructura clásica, son de hecho muy legibles). Pero decir que la obra de Kerouac es desigual revela altruismo.

Entre los fuegos de artificio resueltos con talento citemos el episodio del miedo infantil en el «siniestro bibliobus» de **Doctor Sax** o aquel de la sobredosis de opio en compañía de Bull Hubbard (alias William Burroughs), el «junkie» que brilla con siniestra luminosidad en **Desolate Angels**. En **Big Sur**, somos sorprendidos por un pesadillesco intermedio de humor negro, en el que una tal Billie, loca de dolor, amenaza con matarse junto a su hija si Jack Duluo, totalmente alcoholizado, rechaza amarla. O también por la terrorífica lucidez de una auténtica epifanía zen en un refugio de Raton Canyon, donde Duluo intenta meditar para recuperar un poco de la inocencia perdida previa a ser el «Rey de los Beatniks».

«Pero recuerdo haber visto un montón de hojas, arrebatadas repentinamente por el viento, caer en el río y, luego, arrastradas por una corriente rápida, descender hacia el mar. Sentí entonces un horror sin nombre: «¡Oh, Dios mío, todos somos barridos hacia el mar, sepamos lo que sepamos, digamos lo que digamos». Y un pájaro apoyado en una rama retorcida se echó a volar de pronto, sin que lo oyera».

Encontramos asimismo en **Big Sur** la evocación presciente de un héroe literario avejentado:

«No». Casi estoy gritando. «Quiero decir: estoy tan molido que no tengo ganas en realidad de ver a nadie» -y en ese momento me sentía horriblemente culpable porque me acordaba de Henry Miller. Nos habíamos citado con unos

Bibliografía de Kerouac

Novelas

- . The Town and the City (firmada John Kerouac), 1950.
- . On the Road, 1957.
- . The Subterraneans, 1958.
- . The Dharma Bums, 1958.
- . Doctor Sax: Faust Part Three, 1959.
- . Maggie Cassidy, 1959.
- . Extractos de Visions of Cody, 1959.
- . Trissessa 1960
- . Book of Dreams, 1960.
- . Big Sur, 1962.
- . Visions of Gerard, 1963.
- . Desolation Angels, 1965.
- . Satori in Paris, 1966.
- . Vanity of Duluo: An Adventurous Education 1935-46, 1968.
- . Pic, 1971.
- . Visions of Cody, 1973.

Poemas

- . Mexico City Blues, 1959.
- . Hymn, God Pray for Me, 1959.
- . Rimbaud, 1960.
- . The Scripture of the Golden Eternity, 1960.
- . A Pun for Al Gelpi, 1966.
- . Hugo Weber, 1967.
- . Someday You'll Be Lying, 1968.
- . A Last Haiku, 1969.
- . Scattered Poems, 1971.
- . Heaven and Other Poems, 1977.

Varios

- . Lonesome Traveler, 1960.
- . Old Angel Midnight, 1976.

días de anticipación y en lugar de estar ahí a las siete como habíamos quedado (...) nos emborrachamos y a las diez lo llamamos desde San Francisco y el pobre Henry se contenta con decirnos: «Bueno, es una pena que no te pueda ver, Jack. Estoy viejo, son las diez y ya es hora de que me vaya a acostar (...)»

Portable Jack Kerouac

Ann Charters ha compilado un **Portable Jack Kerouac** perfectamente legible y una colección de **Selected Letters** de interés desigual. La antología habría ganado en fuerza si hubiera incluido el texto íntegro de **On The Road** y hubiera descartado los poemas. De hecho, algunos de los pasajes más poderosos de **On The Road** y, particularmente su caída memorable, han desaparecido. El conjunto podría haber sido más atractivo. Charters, a la que debemos una biografía de Kerouac, le es demasiado fiel, o es demasiado diplomática para rendirse ante las evidencias: un volumen como éste constituye

una edición aséptica, del tipo que Kerouac en vida despreciaba soberanamente.

La colección de **Selected Letters** se detiene desgraciadamente en 1956, poco antes de la publicación de **On The Road** y, si presenta menos interés, es esencialmente porque la ficción de Kerouac se nutrió tan íntimamente de su propia vida que leer su ficción es conocer ya la vida bajo una forma mucho más acuciante, destilada. Es más, a pesar de su evocación rapsódica de la existencia, de la escritura y el budismo, las cartas no muestran una inteligencia penetrante, menos todavía una imaginación particularmente original, aunque a veces se desprenden destellos de emoción en estado bruto. Hay cartas enviadas a miembros de su familia, a su primera esposa, Edith Parker, a sus editores y a conocidos del mundo de las letras (entre ellos Alfred Kazin, al que Kerouac parece haber asediado con manuscritos y peticiones) y también a algunos modelos de sus personajes de ficción. La mayor parte de las cartas están dirigidas, sin embargo, al pequeño círculo de personas a las que Kerouac estaba ligado.

Las cartas más calurosamente expansivas (y las más extensas) son sin duda aquellas destinadas a Neal Cassady, a quien Kerouac revela todo lo que tiene en el corazón como si se tratara de un doble, preanunciando novelas nostálgicas como **Doctor Sax**, **Visions of Gerard** y **Maggie Cassady**. Kerouac se propone incluso tipear a máquina, por la pura pasión de la escritura, las voluminosas «patas de mosca» de Cassady. «Es el trabajo en sí lo que me gusta. Tengo ganas de ver las frases bien prolijas, dactilografiadas sobre páginas perfectas, bajo una luz tamizada, una prosa salvaje que describe el mundo tal como me ha pasado por el cerebro, y de echarle una mirada».

Epistolares

Las cartas más interesantes son aquellas a Allen Ginsberg, al que Kerouac admiraba como poeta e intelectual, aunque no reprimía los deseos de sermonearlo. En una esquela aparentemente amigable, deja que súbitamente asome su hostilidad:

«6 de septiembre de 1955

La calidad de mi amistad por ti es infinitamente más pura de lo que será alguna vez la tuya... No hay nada que deteste más que la condescendencia que empiezas a mostrar cada vez que doy rienda suelta a mis inclinaciones afectuosas hacia ti. Es por eso que me pongo rabioso. Me da la impresión de dilapidar una reserva de amistad de excelente calidad en un pequeño megalómano desgraciado.»

O un imbécil sentimiento de superioridad:

14 V de Vian Kerouac

«14 de julio, 1955

No estudies griego ni prosodia en Berkeley. Olvida a esa baratija de Pound. Pound es un poeta ignorante (¡cuántas veces te dije que el porvenir está en el Budismo, en Oriente!). Los griegos y los estilos poéticos no son más que juegos de chicos. Los griegos son una banda de ignorantes. Saltaría a la vista hasta al primer imbécil recién llegado... Me gustan Dickinson y Blake... Pero también ellos son ignorantes, simplemente porque no saben que todo está vacío, completamente vacío en las diez mil direcciones infinitas de la luz imparable... te lo ruego, Allen, despierta...»

«Todo lo que necesito es un vaso... bebo eternamente. Bebe siempre y no morirás jamás. Saca a pasear a un perro y no te morderá jamás; bebe siempre antes de tener sed y no la conocerás jamás.»

¿Beat generation?

Para un artista cuya obra gana en fuerza y autoridad interior, el fracaso puede ser nutritivo; el éxito, particularmente el éxito prematuro, puede ser devastador. Desde mucho tiempo habituado a las vicisitudes y a la camaradería de una existencia literaria marginal, Kerouac comenzó a resquebrajarse casi inmediatamente después de la publicación de **On the Road**. Su canonización, en tanto portavoz de la nueva generación Beat, le valió una identidad indeleble, que lo seguiría hasta la tumba, e incluso más allá. Sus borracheras se multiplicaron. Sus amistades se arruinaron. Sus relaciones se volvieron siempre más desesperadas y efímeras. (Fruto del alcoholismo crónico, su impotencia no ayudaba a mejorar las cosas). Las relaciones con sus editores, siempre difíciles, comenzaban a degradarse como consecuencia de su egolatría, porque ¿de qué utilidad podía serle un editor, aunque fuera tan brillante como Malcolm Cowley, a un escritor compulsivo, convencido de que «todo sale como viene, y es literatura en su estado más puro»? Celebrado por los medios por el espacio de una temporada, Kerouac sería durante el transcurso de los años siguientes el blanco de incansables críticas virulentas, malintencionadas y burlescas. Tenía, sin embargo, sus fans -los acólitos volados de **On the Road**- que lo seguían a todos lados, a los que no toleraba y despreciaba. Nuestra visión de Kerouac, que él fue el primero en legarnos, es la de un hombre que envejece ante nuestros ojos como en una película de terror. En los tiempos de la famosa entrevista dada a la *Paris Review* nos las vemos con un Kerouac amargado e incoherente que había revisado (es decir, repudiado) su propia historia emocional:

«¡La generación Beat! No era más que una fórmula que utilicé en 1951 en

el manuscrito de On The Road para describir a los tipos como Moriarty que atraviesan el país en coche buscando asuntos raros, amiguitas y líos. Después los izquierdistas de la costa Oeste se la adueñaron y le dieron un sentido distinto: «Motín Beat», «Insurrección Beat» y otras sandeces. El único deseo que tenían era que un movimiento de jóvenes se apoderaran de sus propios fines sociales y políticos. Yo no tenía nada que ver con eso. Yo, yo había sido futbolista, estudiante, marinero.»

Parnaso yanqui

Políticamente reaccionario, anti-intelectual, desconfiado respecto de una nueva «generación Pepsi de analfabetos que se contorsionan» e incluso de la agitación contra la guerra de Vietnam, Kerouac se refugió en su estrecho departamento de St. Petersburg, en Florida, con su madre y Stella, su tercera esposa. Su vida fue una serie de llamados telefónicos nocturnos y avinados, de días pasados delante de la televisión y de arrebatos de trabajo en un manuscrito titulado provisoriamente **The Beat Spotlight**. En febrero de 1968, se enteró de que Neal Cassady había muerto, a los 41 años, de un cóctel mortal de tequila y seconal. Kerouac lo sobrevivió por poco tiempo y murió en octubre de 1969, a los 47 años. Bebía, garabateaba en sus cuadernos de notas, se alimentaba con latas de atún y, en los días de abatimiento, veía *The galloping Gourmet*.

La prueba de que Jack Kerouac ha construido «una obra» es que, a pesar de sus debilidades, merecía, como él mismo, un mejor trato por parte de los «críticos» literarios de su tiempo, inclinados a censurarlo. Muchos comentaristas, que no se habían siquiera tomado el trabajo de hojear sus textos, menos aún de leerlos con simpatía, se contentaron con tratarlo desdeñosamente como «beatnik». **The Portable Jack Kerouac** puede jugar un papel decisivo en la reevaluación de su lugar dentro de la literatura norteamericana de mediados del Siglo XX: un arte de gran diversidad, en el que abundan las «subas» y «bajas», y que cambió definitivamente el curso de nuestra ficción. Custodiado por **The Sheltering Sky** (El cielo protector, 1949), la novela de culto de Paul Bowles, y **Rabbit Run** (Corre, Conejo, 1960), de John Updike, ese período se distingue por relatos de fuga y de cáustico rechazo de la vida cotidiana. Entre las dos encontramos obras tan diversas como **The Catcher in the Rye** (El cazador oculto), de J.D. Salinger; **Lolita**, de Vladimir Nabokov; **Howl**, de Allen Ginsberg; **The White Negro** (El negro blanco), de Norman Mailer y **The Naked Lunch** (Almuerzo desnudo), de William Burroughs. Clásico de su tiempo, **On The Road** tiene reservado su lugar junto a ellas.

PRIMER CONCURSO DE NARRATIVA V DE VIAN

Los cuentos seleccionados

Estos son los diez cuentos seleccionados en el Primer Concurso V de Vian de Narrativa. Les recordamos que el ganador fue Eduardo Muslip y su «Arácnido en tu pelo», que hubo tres finalistas (Jorge Arias, Jose M. Brindisi y Betina Keizman) y otros seis seleccionados (Juan Ameijeiras, Ariel Bermani, Eduardo Muslip -hizo doblete-, Patricio Pron, Patricia Suárez y Ricardo Vocaturo).

Arácnido en tu pelo

POR EDUARDO MUSLIP

-Vivís en el lugar ideal: soportás tormentas espantosas, te rodean miríadas de insectos, tenés que moverte sólo en auto.

Cécile hizo silencio. Había tres cosas por las que tenía una aversión inmanejable: los insectos, los autos, las tormentas. Su sin duda dichoso matrimonio con un americano la había llevado desde Buenos Aires a ese desdichado rincón de la Florida saturado de insectos, autos y tormentas. Pero eso no era información nueva, y la síntesis que su hermano le ofrecía por teléfono -para peor, en una llamada que ella había efectuado- no podía ser tomada más que como una agresión estúpida e inútil. Mitigó su enojo el hecho de que él le ofreciera la palabra «miríada»: hacía más de dos años que no la escuchaba, expuesta al español de noventa y tres palabras de los numerosos hispanoparlantes de la zona.

-Pero no tengo una miríada de soluciones.

Después de su respuesta, fue su hermano el que hizo silencio. Cécile deseó que él realmente se sintiera culpable, y no que el silencio se debiera apenas a un ejercicio consciente de la retórica de la culpa.

Hablaron un rato más, y Cécile cortó, algo molesta y deprimida. Su marido, después de intentar

comentarle los últimos problemas soportados en el banco donde trabajaba, le preguntó si podía sacar el canal meteorológico; en el 98 iban a pasar un recital de Bowie. A causa de la larga conversación telefónica, Cécile no había podido registrar los últimos informes: le pidió unos minutos más. Quería saber si, efectivamente, el núcleo del huracán Holliday se había desplazado, según se preveía, en dirección nornoroeste -hacia las Bermudas- o si había girado hacia Florida -hacia Cécile-, lo que, si bien no era probable, constituía una posibilidad que no debía en absoluto descartarse. Treinta y cinco minutos después del pedido de Brian, sonó el teléfono; era Gladys, una amiga de Cécile, que llamaba para informar acerca de los últimos padecimientos generados por un amor no correspondido. Brian aprovechó la distracción para cambiar el canal. El recital de Bowie en Singapur había empezado

hacia más de una hora.

The glass spider is descending to the world, anunciaba Bowie, y Cécile, mientras escuchaba a su amiga sin demasiada atención -la inestabilidad afectiva de Gladys ya era una rutina-, pensó cuál habría sido el destino de la araña que, el mes anterior, había aparecido en el auto -un Daihatsu- dos

veces por semana. Caminaba por el parabrisas, bajaba hacia la zona de la guantera, o subía hacia el techo, y luego se perdía, a pesar de las afanosas búsquedas de Brian. El arácnido volvía a aparecer tres o cuatro días después, o a la semana siguiente, caminando por el parabrisas y perdiéndose otra vez. Mandaron el auto a lavar tres veces, pero había sido inútil. La solución pareció advenir cuando inundaron el auto con insecticida Raid blue. Desde entonces -un mes atrás- la araña había dejado de presentarse. Cécile se preguntó cuál sería el promedio de vida de una araña tipo. Miríadas de arañas, en renovación constante, invadían todo el Estado. El eficiente servicio de desinsectización que el condominio tenía contratado había permitido que sólo ingresaran, el año anterior, una cucharacha, y, me-

ses atrás, un sapo, que había aparecido sobre la alfombra del living. Cécile interrumpió a Gladys cuando ésta se lamentaba por no tener el pelo largo, pleno, sensual. «Estoy segura -gemía Gladys- de que si yo tuviera el pelo como la mujer de quien él está enamorado, todo sería diferente». Cécile odiaba su propio pelo: muy delgado, frágil, de un impersonal castaño claro. Logró cortar la comunicación, y su mirada atendió a Bowie. Este cantaba los últimos temas; Cécile dejó el teléfono en el piso y se arrellanó en la cama. Su pereza luchaba con el deseo de saber el promedio de vida de la araña, cuando la palabra «miríada» volvió a su mente. Se preguntó cuál sería su significado exacto. Se usaba en el sentido de «muchos», o muchísimos, o más que muchísimos. Pensó que la palabra «muchísimos» era insuficiente, limitada, por lo menos para adjetivar a los insectos, y, más aún, a los insectos de la



Florida. Tal vez «miriada» indicara una medida de cantidad, miles de millones o más que billones o algo así.

El recital de Bowie había terminado, Brian se había dormido, y ella ya llevaba una hora mirando otra vez el canal meteorológico -serían las dos y media- cuando se levantó y consultó un viejo diccionario que había traído de Argentina.

«MIRIADA f. Número grande e indeterminado, millarada: miriadas de estrellas.»

La definición no la sorprendió. Pensó que la expresión «miriadas de insectos» hubiera sido más acertada que «miriadas de estrellas». Volvió a acostarse. Evaluó que, a pesar de los esfuerzos de Brian por aprender español, jamás apreciaría el mérito del uso de la palabra «miriada». Parecía una palabra con patas, con delgadas antenas de insectos. «Millarada» no podía ser realmente un sinónimo, aunque tal vez sí: al leerla, no pudo evitar pensar en un ciempiés. Pero era indudable que miriada era una palabra infinitamente más bella, sutil, que «millarada». Cécile pensó que debía consultar el diccionario inglés para ver los equivalentes de esos términos, pero no encontró voluntad para salir nuevamente de la cama.

-No puedo creerlo -dijo Cécile, inmóvil en el asiento, la mirada fija en el parabrisas.- Está allí otra vez.

Brian siguió manejando su Daihatsu con naturalidad, como si no hubiera escuchado. Cécile sabía que él la había oído y que sin duda también había percibido la araña que se desplazaba por el parabrisas, en la parte superior, de izquierda a derecha, siguiendo un paso lento, cuidadoso, ligeramente errático. En realidad, Brian sólo manejaba naturalmente cuando quería representar la escena de persona que manejaba naturalmente; la posición que naturalmente tendía a adoptar era demasiado vertical, rígida en exceso. No le gustaba conducir, pero el modo de vida de la Florida y los miedos de su mujer lo obligaban a pasar largas horas diarias al volante.

-No puede ser la misma. En el Estado hay más de una araña.

-Miríadas.

-¿Qué?

-Miríadas. Un número grande e indeterminado.

Millaradas.

-Millaradas. Qué hermosa palabra. Esa araña será otra de esas.

-Sí, claro. Aunque se pudo haber ocultado. Pero no, claro. Debe ser otra.

Cécile terminó la frase muy débilmente. Una u otra eran la misma, podría haber agregado, pero sentía que ya no tenía voz para seguir hablando. No obstante, preguntó, casi inaudible:

-¿Cuál será el promedio de vida de una araña?

La postura de Brian volvió a la crispación natural.

-No sé. Es obvio que no puedo pedirte que hagas nada -dijo Brian, mientras la araña empezaba a caminar hacia abajo-. Nos detenemos en cualquier parte e intento matarla.

Ambos sabían que lo más probable era que no encontrarán dónde detenerse hasta que llegaran a destino, un restaurante italiano al que iban con alguna frecuencia. Nunca habían comprendido, y sin duda nunca comprenderían, la compleja red de autopistas del sur de Florida, a pesar de que debían utilizarla siempre y de la ayuda de los mapas. Brian evitaba los accesos laterales, si no sabía hacia dónde lo llevaban; como nunca los utilizaba, no podría decidirse por ninguno. Además, cuando los tomaban por error, se perdían sin remedio, y demoraban al menos media hora hasta que retomaban la autopista habitual. Tampoco se animaba a detenerse en la banquina.

La araña empezó a caminar hacia el ángulo inferior derecho del parabrisas. Las piernas de Cécile retrocedieron y ascendieron hasta apoyarse en el asiento. El insecto siguió bajando hasta dejar de ser visible, debajo de la zona de la

guanterera.

-Sin duda, se perdió. Otra vez se perdió -dijo, con lentitud, Brian.

Cécile lo miró de perfil. Ella conocía ese tono de su marido, él quería decir que, por la pusilanimidad de ella, los problemas continuarían.

En efecto, la araña no pudo ser vista nuevamente. Al llegar, Brian pidió una linterna al cuidador del estacionamiento y se dedicó a observar con minuciosidad el interior del vehículo por diez o quince minutos. Ella fumaba en silencio a un costado del auto. Terminada la búsqueda, cerraron el Daihatsu y entraron en el restaurante. Allí los esperaba Gladys; la encontraron con un hombre gordo de unos treinta y dos años. Usaba grandes gafas cuadradas con montura de metal. Gladys comentó que él era meteorólogo. La felicidad de Cécile fue inmensa: empezó a hablar y a exigir respuestas al amigo de Gladys. El informó que fuera de su horario de trabajo jamás hablaba de esos temas. Cécile se sintió herida y casi no dijo una palabra durante el resto de la cena.

Los días y semanas siguientes fueron apacibles. Los ciclones evitaban sistemáticamente acercarse a la región. Los azules mapas de la zona del Caribe indicaban líneas punteadas que no llegaban a Florida. El Sunday, por ejemplo, se perdió en las Bahamas, arrasando apenas un islote próximo a Nassau. El Strawberry, después de azotar el extremo norte de Haití y un rincón de la República Dominicana, había tenido la cortesía de dirigirse en dirección norte, hacia la nada, castigando sólo un par de barcas de emigrantes haitianos, de los que casi no hubo sobrevivientes; de hecho, nadie se habría enterado de su partida de no haber sido por su naufragio: oh paradoja, enterarse de la existencia de alguien por su desaparición. La falta de tormentas se sumó a la ausencia de insectos; parecían haber desaparecido de todo el Estado. En un momento, Cécile fue feliz: caminaba con Gladys dentro del centro comercial («mall») más próspero de Fort Lauderdale; el cielo era un rectángulo celeste, articulado por el alto y limitado techo vidriado, la temperatura era tan perfecta que incluso podía perderse el concepto mismo de temperatura. Por otra parte, la falta de referencias exteriores del mall podía hacerle suponer que estaba en un centro comercial de Buenos Aires, Nueva York o París. Miró a Gladys con afecto; ésta observaba con deseo y cierta angustia un vestido carísimo de Kenzo. Cécile lo pagó con su tarjeta. Un tanto perpleja, su amiga aceptó el regalo.

La rutina de trabajo y estudio se hizo también casi perfecta. La secuencia de viajes a la oficina donde ella trabajaba, a la universidad, y luego a su casa, fluía sin mayores ripios. Por otra parte, Cécile empezaba a animarse a manejar cada vez con mayor frecuencia: una o dos veces por semana iba, sola, al centro comercial. Los fines de semana se quedaba estudiando, o iba con Brian a la casa de algún matrimonio amigo, o a la de Gladys, que estaba siendo abandonada por un actor que sucedió al profesor de gimnasia que se había superpuesto con el meteorólogo. El cosmos parecía estar en equilibrio. El desorden retornó una noche pesada, calurosa hasta el oprobio, en que el matrimonio volvía de cenar de la casa de alguien. Evaluaban la posibilidad de vender el Daihatsu -Cécile se mostraba reticente a gastar más dinero en un nuevo auto-, cuando la araña empezó a caminar, en la parte media del parabrisas, de derecha a izquierda, siguiendo un paso rápido, desprolijo, marcadamente errático.

Después de un momento de silencio, se escuchó la voz de Cécile.

-Vamos a venderlo. Oh, sí, sí, tenemos que venderlo.

Brian nunca había percibido un tono más esperanzado en la voz de su mujer. El uso de un conmovedor tono esperanzado para una puerilidad semejante lo irritó terriblemente. El saberse terriblemente irritado por algo tan trivial como el comentario de Cécile lo obligó a contenerse, lo que aumentó

su irritación. Se removió en el asiento. La araña empezó a caminar por la zona cercana al espejo retrovisor. Luego, con rapidez, se desplazó por el techo -el cuerpo de Cécile se deslizó hacia abajo, hasta casi apoyar la cabeza en el asiento- y desapareció en la parte trasera del vehículo.

Serían las siete y media p.m. cuando Cécile dejó la oficina y se sentó en el auto. Tenía treinta y cinco minutos de viaje; había un viento espantoso. Ese día había debido manejar desde la mañana; no resistiría dos viajes más, por lo que decidió no ir a la universidad sino volver a su casa. La tensión por el viaje que emprendía la distrajo de su cansancio; su cansancio, además, la distraía algo de los nervios naturales de la situación de manejo.

Observaba la ruta uniforme, los faros de los automóviles que iban en dirección contraria, las luces traseras rojas de los que, a su derecha o a su izquierda, la superaban. Notó que estaba muy cerca del acceso que conducía a la casa de Gladys; pensó en visitarla. Hacía quince días que no la veía; la última vez que Cécile la había encontrado ella estaba mal, más obsesionada que de costumbre, por alguien que no había llegado a presentarle. Sólo le dijo que no quería hablar con nadie, ni salir de su casa. («No quiero ocuparme con nada, no quiero ver televisión, no quiero leer. No quiero hacer nada que me distraiga de pensar en él, todo el tiempo en él.») Las explicaciones de Gladys fueron para Cécile tan enervantes que decidió no llamarla por un tiempo; extrañamente, Gladys tampoco había intentado comunicarse. Cécile estuvo a punto de girar hacia la casa de su amiga, pero en el último momento decidió no tomar el acceso, sobre todo por no hacer con el auto algo levemente irregular. Temía que los otros automovilistas percibieran que estaba incurriendo en algo no previsto, por lo que se podía reforzar la siempre temida posibilidad de un accidente. Manejaba con lentitud -con la máxima lentitud legalmente permitida- por lo que era muy raro que fuera ella quien necesitara dejar atrás a otros. Recordó escenas filmadas con autos en viejos teatros argentinos: una cámara tomaba, de frente, el cuadro de dos o más personas, mientras detrás se veía el falso fondo de una calle con otros automóviles que, como en el caso de ella, invariablemente superaban al de los actores.

Cécile advirtió que estaba empezando a distenderse. La tranquilizaba la regularidad del paisaje, de los autos que superaban al suyo, de la disposición del alumbrado de la autopista, de las rayas blancas que marcaban su carril.

Se sentía casi bien, y hasta deseaba que la llegada se demorara, cuando asomó una perturbación: quería hacer pis. Los primeros minutos fueron tolerables, mientras sabía que los siguientes dejarían de serlo. En efecto, a los pocos minutos empezó a sentir que no soportaría mucho tiempo más. Aún faltaba un buen rato para llegar a destino. Tal vez debía acelerar, pero se dijo que era preferible mojar las ya maltrechas butacas del auto y no perder el control del manejo. Imaginó el modo de relatar a Brian lo sucedido (le pasó algo

horrible. No pude resistir las ganas de hacer pis. Moje el auto.») Resolvió que chocar era más tolerable. En realidad -previo, alarmada- tal vez el accidente producido por la pérdida de control ante el aumento de velocidad le produciría asimismo la pérdida del control de los esfínteres. Se imaginó apretujada entre los fierros retorcidos del auto, mortalmente herida y meada, o, peor aún, apenas herida y mortalmente meada. Horroroso. Tal vez fuera mejor entrar dignamente, con estudiada y natural indiferencia, a su departamento, ignorar natural y estudiadamente la estúpida mirada de Brian, ir a limpiarse y a cambiar de ropa, y comentar a posteriori el suceso, con liviandad y un humor ligero, o con ligereza y un humor liviano, mientras se servía un café y calentaba veinticinco segundos en el microondas una donut y media. Aunque era posible que esa actitud provocara en

Brian una actitud perpleja e irritante, que la llevaría finalmente a variar el tono hasta ensayar una explicación que estaría muy cerca de la disculpa, o que sería una plena disculpa.

Debía hacer algo; supo que debía modificar la situación que estaba viviendo y decidió poner un cassette. Le costó algún esfuerzo mover su mano derecha -estaba enérgicamente aferrada al volante, con una fuerza que recién advirtió al intentar desprenderse-, oprimió un botón, y la voz de Bowie invadió el auto. Cécile tuvo la idea de abrir una ventana -Bowie era demasiado para el ínfimo espacio interior del Daihatsu- pero prefirió que la violencia, la plenitud de la música, no se diluyera en el húmedo y trivial aire de la Florida.

The glass spider is descending to the world, anunciaba Bowie, pero Cécile veía la araña que cubría el ventanal íntegro del aula donde las insignificantes adolescentes de un barrio semipobre de Buenos Aires observaban a una profesora absurda manejar términos incomprensibles, como si hablara una lengua extranjera. Y escuchaban con indiferencia la creciente lluvia que caía más allá de las ventanas, a diferencia de Cécile, que, desde el sonido de la primeras gotas, había dejado de atender a la clase para detenerse a esperar el fin de la tormenta.

Los recuerdos se hicieron más palpables cuando la lluvia empezó a golpear con violencia el cuerpo frágil de su Daihatsu.

Era una de las cotidianas tormentas vectoriales de Florida. La profesora, mientras agitaba el pelo teñido de un impecable e insensato dorado, explicaba unos gráficos donde se describían las tormentas vectoriales. Cécile recordó la imagen que iba construyendo a partir de lo escuchado en la clase. Inmensas nubes de vapor ascendente, producido por el calor denso de las zonas tórridas, subía, alejándose de los caldeados pantanos y selvas de color verde oscuro. Ascendían hacia espacios donde el cielo iba cambiando de un azul verdoso hacia un celeste claro, frío, y allí las nubes de vapor se iban comprimiendo, o concentrando, o condensando, para formar inmensas zonas blancas que, por su propio peso -¿o por el frío?, empezaban entonces a descender hasta que se transformaban en un torrente vertical incontrolable que sumergiría, entre otros lugares, los pantanos y las autopistas de la Florida.



Las líneas blancas que limitaban los carriles se iban transformando en manchas borrosas. Cécile debió pensar en su pie en el acelerador, en los autos que la seguían y superaban, en las borrosas líneas blancas, en los carteles elevados -asombrosamente legibles- que atravesaban la autopista y que, sin duda, indicarían su lento pero inevitable acercamiento a destino. Sería oportuno no encontrar a Brian, o que Brian se viera diferente. Envidió a Gladys y a su errático itinerario amoroso. Deseó que, esa noche, Brian fuera más robusto, más alto, más peludo, con voz más grave, y que la esperase hundido en su sillón de cuero oscuro tomando un whisky. Se sobresaltaría levemente cuando escuchara el sonido de la llave en la cerradura, se acercaría hacia ella, y la recibiría con un abrazo amplio, apretado, cálido, protector. Ella sentiría un cambio inmediato en sus brazos, su pequeño cuerpo contracturado recuperaría con rapidez el calor, la vitalidad, la distensión y una nueva tensión, no la tensión de alambres retorcidos como la que sentía en ese momento en su espalda, sino que sus fluidos internos se agitarían con violencia y su pelo sería más firme y más largo y lograría moverse con comodidad y desprecio en ese asiento de ese jodido automóvil en el que se sentía destruida. Pensó que iba a llorar, pero sus esfuerzos para contener o generar el llanto murieron en un gemido agudo y sin sentido cuando vio desplazarse, de derecha a izquierda, en la parte inferior del parabrisas, una araña mediana. Bowie se preguntaba quién amaría a Aladdin Sane cuando fue interrumpido por el dedo cuidadoso de Cécile en el pasacassettes.

La araña empezó a desplazarse hacia arriba, hacia la zona del espejo retrovisor. La mano izquierda de Cécile voló hacia el insecto. Los restos de la araña se dividieron entre el vidrio y la palma de la mano de Cécile. Segundos después, los carteles indicaron el acceso a su casa. La lluvia arreciaba. Caminó desde el estacionamiento hasta la puerta de entrada con lentitud. No le importaba mojarse; sentía que tampoco la atemorizaba la tormenta. Tampoco le importó que la puerta estuviese trabada, y que Brian tardara tanto en abrirla. Y

tampoco dio señales de registrar la presencia inquieta de Gladys. Sin saludar, se dirigió hacia el baño.

Cuando reapareció, Brian y Gladys estaban sentados; la observaban sin decir nada. Gladys se levantó y desapareció en el pasillo. Cécile parecía no advertir a uno ni otro; se dispuso a prepararse un té. Brian empezó a hablar con su irritante voz neutra. Cécile no deseó hacer el esfuerzo de escucharlo.

-Hoy me pasaron cosas terribles. Me gustaría, esta noche, estar sola.

Hubo un momento relativamente largo o corto de silencio; Gladys reapareció, y se quedó quieta, de pie, con la cartera en la mano.

Minutos después, Cécile estaba sola en la casa. Se sentía excitada; prendió un cigarrillo y abrió una botella de vino blanco. Puso a Bowie en el equipo y se recostó en el sillón.

Empezó a sentirse algo deprimida. Estaba sola en esa casa miserable, ese prolijo cubo refrigerado perdido en el lugar más aburrido del universo. Quién podía quererla a ella: una insípida sudamericana no demasiado sudamericana que ni siquiera sabía manejar un auto con naturalidad, que no miraba una hormiga sin sentir cierto nerviosismo. El único tema que conocía era el de los problemas climáticos, y un meteorólogo gordo la había rechazado. Fue hacia su cama, tomó el teléfono y discó el número argentino de su hermano. Apenas le había relatado el aplastamiento de la araña, cuando sintió que no deseaba en absoluto comentar las escenas con Brian; su hermano pediría excitados detalles que alargarían la conversación, y ella no tenía ganas de describir, puntualizar, evaluar. Aún era temprano, pero el día había sido ya demasiado largo y debía dormir. Tal vez las cosas no estuvieran tan mal; en las últimas horas, se había encarnizado con ella todo lo que podía espantarla, y su cuerpo había resistido sin desintegrarse. Debía dormir antes de que volviera la angustia. El día siguiente empezaría a tomar decisiones. En su horizonte se asomaba una miríada de nuevas posibilidades. Lo seguro, en principio -pensó, semidormida- era que, si Brian no volvía, ella se quedaría con el Daihatsu.

Identikit

1. Eduardo Muslip.
2. Buenos Aires, 16 de mayo de 1965.
3. Soy profesor universitario y secundario.
4. Fogwill, Uhart, Puig, Borges... Tolstoi, Pushkin, Gogol... Machado de Assis, Eça de Queiroz... Thackeray, Jane Austen, Saki, Wilde... Stendhal, Balzac, Flaubert, Maupassant, Gide... Lu Sin... Hawthorne, McCullers, Flannery O'Connor, Salinger, Lardner, Scott Fitzgerald... Valle Inclán, Marsé, Muñoz Molina, Llamazares... Ana Lydia Vega...
5. Restos diurnos, El libro de arena, El primo Basilio, Ana Karénina, Fera de Vanidades, Rojo y negro, Los monederos falsos, Antiguos relatos vueltos a contar, La letra escarlata, El corazón es un cazador solitario, El guardián en el centeno, Una casa en el fin del mundo, Últimas tardes con Teresa, Pasión de historia...
6. Siempre disfruté la literatura, aunque la imagen del «escritor» me resultó, en principio, tan ajena como la de estrella de cine, líder político o empresario exitoso. Después todo cambió.
7. De noche, o siempre que estoy solo.
8. Estoy haciendo una novela. Es algo así como el diario personal de un adolescente.
9. Kathy Galdeano, Adriana Panich, Alma Rodríguez, Male Simoni, Alejandro Sapognikoff, Hebe Uhart, Ricardo Santoni, Gonzalus Berra.

10. Los ciclos de cine de Hebraica, Cosmos, Lugones; la música de Calamaro, García, Cerati, Bowie, Melero, Primal Scream, Curve (mayormente gracias a Alejandro Natán), la Biblioteca Básica Universal del Centro Editor (gracias a mi padre); el cine inglés de terror en las trasnoches de canal 7; la muestra del Guggenheim y del Moma en Bellas Artes (gracias a Stella Sidi). Letras en la Uba: las clases de Panesi, Warley, Viñas, Sarlo, Ludmer. Un colegio secundario digno de la Inquisición, Malvinas, el Juicio a las Juntas, el sida. La indiferencia pública y las pasiones privadas de los «noventas».

11. Conga, de Melero; Heroes, de Bowie; Screamed, de Primal Scream; Clics modernos, de García; Doble Vida, de Soda; Amor amarillo, de Cerati; Colores santos, de Cerati-Melero; Volando de vida y Mundo, de Raúl Porchetto.

12. Montenegro, Abel, Grupo de familia, Muerte en Venecia, Viridiana, Querelle, Blow out, Un fantasma en el paraíso, The grifters, El huevo de la serpiente, Ropa limpia, negocios sucios, Messidor, Matador...

13. Mi hermana vive en Florida y hablamos regularmente por teléfono. Creo que le debo no sólo la historia de «Arácnido en tu pelo» sino también el tono con el que está contada. Yo había leído *Las dulzuras del hogar* de Flannery O'Connor y quise escribir un relato con una estructura y lenguaje similares a los de sus cuentos; creo que conseguí lo primero. En



Foto: DIANA ARBISER

cuanto a «El auto fantástico», se trata de una historia que se me ocurrió cuando tenía dieciséis o diecisiete años, y que recién pude escribir el año pasado. Hace unos meses leí un cuento que me gustó muchísimo, «El caso Bérgiañi» de Alan Pauls, y deseé que ese cuento y el mío tuvieran algo en común.

Sin salida

POR JORGE ARIAS

Mordió con lenta voluptuosidad la medialuna, saboreó la masa tierna, ligeramente grasosa, y luego mojó apenas los labios en el café con leche; estaba frío, tuvo que dejarlo, mirando con una mueca, decepcionado, las otras tazas, donde supuso que estaría igual. Lástima, pensó, al menos podría haberse desayunado como la gente, se consoló untando con manteca una tostada que paladeó con deleite, era casera, sin el inevitable gusto a humedad de las enlatadas; era crocante y sabrosa; la masticó despacio, reconociéndole méritos a la mujer joven, o a la abuela, quien fuera la cocinera y también la tejedora, porque alguna estuvo atareada hasta un rato antes con ese chaleco a medio hacer que ahora levantó de una repisa, una prenda donde se combinaban los colores y tipos de punto. Un trabajo de paciencia, de cariño, se dijo, y recordó a su madre, horas y horas con la vista fija en el ir y venir de las agujas; oyó el leve roce metálico, oyó los saltitos del ovillo en la canasta cuando ella tiraba del hilo de lana. Todo a un ritmo infalible, maravillosamente eficaz. Pensó que si recorría la vivienda podría confirmar aquella especie de magia transformadora de las cosas que suele hacer del ama de casa una artesana. Tenía tiempo, así que salió de la cocina y pasó al living, tratando de no tocar a ese chico que, en el suelo, entre juguetes desparrramados y con los ojos abiertos parecía abandonarse a un sueño triste.

En el living no se le escapó el revelador detalle de los patines; tres pares, como para que nadie tuviera excusas y entrara directamente, ensuciando el parqué lustrado con esmero. Por supuesto, ahora había un poco de polvo aquí y allá, descuidos de él y sus amigos. Pero casi no se notaba, o, mejor dicho, casi no tenía importancia en medio de tanta pulcritud, porque estaba convencido de que la dueña de casa lo hubiera detectado de inmediato. La imagina al poner el grito en el cielo, buscando culpables al tiempo que se empeñaba en lustrar todo de nuevo. Debía ser de esas mujeres obsesivas con la limpieza y el orden. El no lo veía mal. Así fueron y eran las mujeres que reverenciaba, sus abuelas, alguna tía, su madre antes que ninguna. De pronto, quizás por evocar a las que ya no estaban, un feo gusto le vino a la boca, algo áspero, frío, que se negaba a bajar por su garganta. También se le nubló un poco la vista. Se dijo que no era nada, que estaba pensando demasiado.

Necesitaba aire fresco. El living daba a un patio pequeño, lleno de plantas, donde el sol de la mañana ganaba espacios lentamente. Al salir, curioso, acarició con las yemas de los dedos unas hojas aterciopeladas, todavía húmedas de rocío o por el fumigador que la anciana utilizaba cuando llegaron. La tía, tan blanca la anciana, tan frágil, sin duda estaría feliz

allí, entre sus helechos, sus malvones, su Jazmín del País, su Corazón de Estudiante. Aspiró una bocanada de aquel aire vegetal, denso y nutritivo, y levantó la vista al cielo, el pobre rectángulo de cielo que podía ver desde allí. Pero de nuevo fue aquel nudo en la garganta, el mismo velo cegador que le hacía perder el equilibrio. Mañana mismo pediría hora con un clínico de la obra social, se dijo, debía ser algo circulatorio, o más bien digestivo; venía trabajando mucho últimamente, comiendo a cualquier hora y de lo más barato que podía conseguir al paso por la calle; el sueldo no daba para buenos restaurantes.

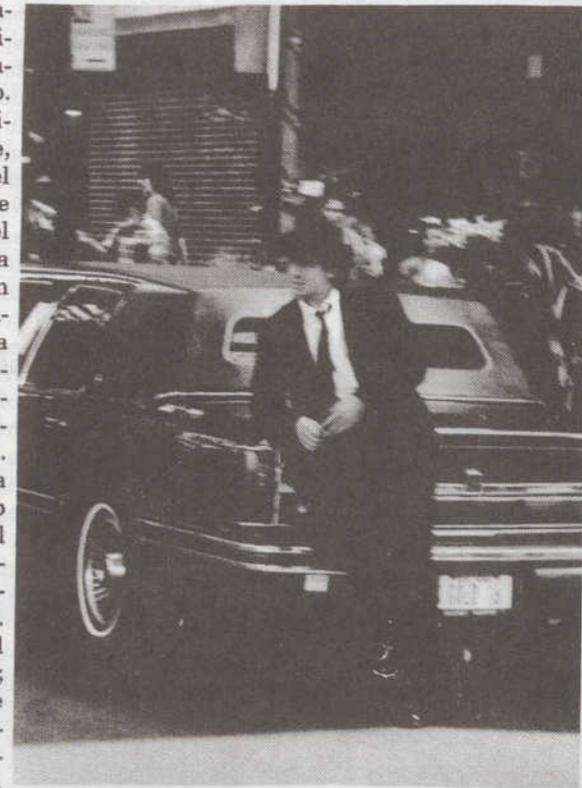
Después de todo no le hizo bien salir al patio, sería que a él no le gustan mucho las plantas, sí los animales, en especial los pájaros y los perros, en cambio detestaba a los gatos. Gustos y rechazos que heredó de su padre.

Entonces escuchó el jilguero, apenas un trino suave, un gorjeo, aunque reconoció al pájaro, ¿lo había oído antes? Quizás era el recuerdo de su padre lo que ahora lo hacía reparar en aquel sonido ligero y armonioso, templado, que cortaba a filo el silencio de la casa. ¿Dónde estaba? Lo buscó. No parecía hallarse muy lejos. La claridad en el fondo de un pasillo lo condujo a un lavadero, bajo la luz de una claraboya estaba el pájaro enjaulado.

Un jilguero igual a los que treinta años atrás iban a cazar con su padre a los bosques de Ezeiza. Bosques fragantes, recordó, luminosos, y aquel cielo estridente que lo aturdiría cuando en la copa de algún árbol se oía el canto característico. Siempre admiró a su padre por diferenciarlo, él sólo escuchaba el bosque animado, miles de pájaros, decenas de especies, la vida desatada sobre sus cabezas y ellos dos con las tramperas, listos para restarle voces a la fiesta.

No se diluían los recuerdos cuando sin saber bien por qué maldijo a quien le ordenó quedarse allí hasta que vinieran a limpiar, maldijo esas vueltas sin sentido que se había puesto a dar por la casa, y maldijo también a ese jilguero que no se callaba, que se había largado a cantar con todas sus fuerzas. Pensó que no le vendría mal subir a los dormitorios y recostarse unos minutos, lo necesitaba, con urgencia precisaba cerrar los ojos y librarse en alguna medida de la intimidad de esas habitaciones.

En el primer dormitorio el trabajo no había sido muy limpio, la puerta tenía un agujero en el lugar de la cerradura, y adentro era un revoltijo de sábanas entre la cama y el suelo. En la semipenumbra la escena tenía una dramática serenidad. Le pareció un cuadro, la contempló un rato ensimismado y recordó pinturas que a veces no le quedaba más remedio que mirar, cuando lo ponían de custodia con algún personaje de



turno, de esos que cada tanto inauguraban o iban de visita a exposiciones y museos. Se tiró en la cama convencido de que ese muchacho, tendido en el suelo boca abajo, formaba parte de aquella imágenes incomprendidas y tediosas.

Y el jilguero seguía cantando, lo oía como si estuviera dentro del dormitorio. Empezaba a odiarlo, lo tensionaba y podría decirse que lo predispuso para el sobresalto, el susto que le dio una melodía repentina, infantil, estúpida. Bajó de la cama y miró alrededor. Lo descubrió tirado junto a la mesita de luz: un despertador musical, un simple artefacto programado para despertar en ese momento a quien ya no tendría más compromisos. El juguete lo había conmovido, sin pensarlo dos veces lo destrozó de una patada. Cuando dejó ese dormitorio lo enfurecía todo, desde las sábanas que se enredaban en sus pies hasta el jilguero. Buscó calma en la habitación contigua.

No debía usar el teléfono, ni abrir ventanas, ni encender el televisor o la radio; órdenes estrictas, silencio y espera, alerta a cualquier extraño que pudiera presentarse. Ya no lo soportaba, para colmo aquí no había lugar donde acostarse. La cama de dos plazas era nueva, más chica que las de antes, como si en el país se hubieran vuelto todos flacos. Sonrió al pensar que si bien aquel hombre y aquella mujer estaban en línea, alguna vez debieron terminar en el suelo al hacer un movimiento desmedido. Pero la sonrisa se convirtió en mueca, ahí estaba de vuelta el umbral del ahogo y la ceguera, miedo a quedar indefenso contra qué. Una garra blanda y fría bajó por su espalda. Deseó poder levantar una cortina, abrir una persiana. La luz que se filtraba por rendijas y mirillas era sucia, contribuía a volver más opresivo el ambiente que él hubiera preferido ver más alterado. Los muebles y las paredes estaban casi intactos, todo como a punto de recuperar su ritmo habitual, su mecánica cotidiana, oyéndose otra vez las voces, quizás el zumbido de una pava con agua hirviendo en el fuego, y sonaría también la radio, y habría ruido de tazas, de cubiertos.

Por cierto que ahora mismo le parecía estar escuchando todo eso.

Era una locura, sacudió la cabeza, se tapó las orejas con las manos y cerró fuerte los ojos como temiendo que a esos ruidos imposibles siguieran imágenes semejantes.

Inmóvil, avergonzado de sí mismo pero aún expectante, al acecho, desconfiado en un sitio donde nada podía ser acechado ni despertar recelo. Si al menos el jilguero se callara, estaba desquiciándolo aquel trino constante. Prendió la luz de un velador y recorrió el dormitorio con la vista. Volvió a observar a la pareja. Ninguno tenía una expresión que revelara la violencia, sólo aquellas manchas rojizas que habían dejado de crecer debajo de sus nuca alteraban la imagen de lo que podía ser un sueño prolongado. El hombre y la mujer parecían cautivarlo cuando de nuevo oyó ruidos abajo, o provenientes de afuera, se dijo, sí, seguramente venían de otra casa donde corría el agua de una canilla, y se cambiaban frases y palabras mezcladas con bostezos y alusiones a lo bien que se estaba en la cama, a la suerte de los que podían seguir durmiendo. Pero eso era inconcebible, lo sabía, por algo habían elegido esa casa en medio de un parque, en

aquel barrio poco edificado.

Bajó despacio la escalera. A medida que lo hacía los ruidos se atenuaron. Ahora sólo oía el jilguero. Entró en la cocina y esta vez no pudo evitar llevarse al chico por delante. Tumbaleó, el roce de aquel cuerpo lo había estremecido. Se sintió un imbécil y gritó un insulto contra ese pájaro que seguía igual que si festejara su confusión. Entonces, sin saber bien por qué extrajo su arma. Por unos segundos sopesó el metal, que aún conservaba el calor de su propio cuerpo. Luego empuñó el revólver y extendió los brazos adelante, tomando la misma posición que en un polígono de tiro. Fue girando sobre sus talones apuntando, recorriendo con la mira los objetos, los rincones, cada punto del espacio donde intuía deslizamientos del silencio y del vacío hacia una dimensión hostil, increíble.

El revólver estaba amartillado, un ambigua sonrisa tradujo en su cara la idea que se hizo del daño que sus seis balas podían causar, seis disparos de aquel calibre cuarenta y cuatro eran capaces de pulverizar cuanto pudiera amenazarlo, si es que algo lo amenazaba. Pero repetirse esas palabras no le resultaba del todo convincente, una vez al menos debía disparar. Elegir un blanco tentador no era difícil. Miró la

mesa servida para el desayuno y apuntó justo al centro. Veía las tazas, los platos con dulce, el plato de tostadas, las medialunas, todo lo que minutos antes creyó oír en movimiento. Aquello había maltratado sus nervios, desafiado su voluntad, recordó, por eso gritó de satisfacción y de rabia cuando apretó el gatillo. El impacto partió la mesa en dos, desparramando cuanto había sobre ella por toda la cocina. Una oleada de bienestar le recorrió el cuerpo, al tiempo que con una mano despejaba el tenue humo acre que quedó flotando en el ambiente. Sonrió, había sido como apurar un trago de buen licor, y lo saboreó, ya entonado. ¿Por qué no elegir otro blanco? Le quedaban cinco balas, tenía cuatro para divertirse hasta que volvieran los otros; una la reservaba para el jilguero, a quien ni siquiera el estruendo del disparo hizo callar.

Y se dispuso a tirar de nuevo, se concentró en el reloj de la pared, le acertaría en el eje de las agujas, sería un buen ejercicio, y lo libraría de la impresión de estar oyendo ruidos en el primer piso. Pasos lentos, pesados. El reloj voló en pedazos, diseminó astillas de acrílico y metal tras la renovada cortina de humo que comenzaba a saturar la cocina. Volvió al living, miró arriba, a lo largo de la escalera, hasta la puerta entornada del dormitorio del muchacho. Apoyó una rodilla en el suelo y tiró contra aquella puerta que apenas sí quedó sostenida por sus goznes. Mantuvo la posición y buscó otro blanco. Se detuvo en el sofá. Pensó que no tendría explicación para el destrozo cuando llegaran sus compañeros. Sintióse débil y ridículo cuando hizo volar una nube de plumas a través del agujero chamuscado que dejó el cuarto disparo en el respaldo del sofá. Le quedaban dos balas y serían para el pájaro, se dijo, no lo demoraría más, aunque ahora algo parecía desplazarse por la cocina, aunque arriba se repitieran, imposibles, los mismos pasos de antes.

Fue a buscar al jilguero. Llegó al lavadero y el pájaro cantaba como saludando la luz de la mañana, una luz blanca que le claraba la mirada en un haz cónico y compacto. Artilló el



revólver y apuntó, casi ceremoniosamente. Gatilló con placer, luego dudó si repetir o no el disparo. Al fin se limitó a observar los resultados. La jaula en el suelo, retorcida como un bollo de papel, y ni rastros del jilguero. Impacto directo, supuso, y dejó caer sus brazos, escuchando su propia respiración.

No pasó mucho hasta que lo vio, ahí estaba de nuevo el jilguero, sobre una pila de ropa puesta en una mesada. Quiso levantar el arma pero descubrió que ésta había multiplicado su peso en forma insólita. El jilguero saltaba, aleteaba, sin cantar, y de repente quedó inmóvil, como súbitamente embalsamado.

Cuando por fin pudo apuntarle se le ocurrió que el pájaro miraba a sus espaldas, algo detrás de él, que hacía instantes había oído movimientos en la casa. Y tenía una sola bala.

Identikit

1- Jorge E. Arias.

2- 16/3/58, Buenos Aires (Malos tiempos, Buddy Holly y Gene Vincent habían muerto; Jerry Lee y Chuck Berry irían a prisión, y Elvis se probaba el traje de etiqueta).

3- Leer y escribir (mucho más leer). Habrá quien asegure haberme visto cumplir el horario corrido de ocho horas en una dependencia del ANSES, pero sólo es gente poco perceptiva.

4- La lista de los escritores que me gustan es larga (por qué no), heterogénea (por qué no), y caótica (inevitable). De todos modos, Borges y Bioy Casares estarían bien arriba; luego, en el estante de mi biblioteca que tengo más a mano se alinean, en promiscua vecindad, Céline y Voltaire, Bukowski y Kafka, Cortázar y Art.

5- Las importantes no son necesariamente las que hoy juzgaría mejor. Pero insoslayablemente serían las obras de los autores citados anteriormente.

6- Milagrosamente en la clase de literatura

de cuarto año del secundario; el profesor aprobaba a todos, no le daba bola al programa y nos leía cuentos de autores argentinos donde había sexo. Cuando leyó "La Madre de Ernesto", de Abelardo Castillo, supe que quería ser escritor.

7- Ojalá pudiera organizar mi vida en función de la literatura. Por ahora no tengo momentos ni circunstancias especiales.

8- El cuento que estoy escribiendo, el que estoy planeando. Una eterna novela.

9- Ahora no los tengo. Los tuve cuando concurrí a talleres literarios. De uno guardo un muy buen recuerdo, lo coordinaba Juan José Hernández.

10- La dolorosa derrota de una valiosa juventud en los setenta.

11- Sonatas de Mozart; cantatas de Bach; primeros movimientos sinfónicos de Beethoven; el último Duke Ellington. Y todo el rocanrol del mundo (se sabe que es un vicio; pero me gusta).

12- Todas las de Josef Von Sternberg con Marlene Dietrich; casi todo Polanski; **Providencia** de Alain Resnais; **Paris-Texas** de Wenders.

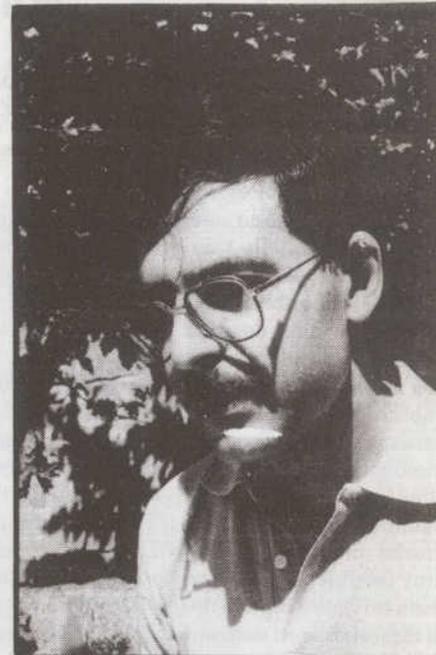


Foto: MÓNICA HASENBERG

Suscribíte y recibí un regalo



Suscribíte a **V DE VIAN** y recibíla donde vos quieras. Con tu suscripción te regalamos números atrasados y libros.

También podés regalarle la suscripción a algún amigo, familiar, pareja o a quien se te ocurra y se la llevamos el día que vos decidáis. Basta de regalar siempre CDs y libros. Ahora podés ser original y regalar una suscripción de la mejor revista culturalmente incorrecta.

Valor de las suscripciones:

Cuatro números: 24 pesos. (Regalo: tres números atrasados)

Seis números: 35 pesos (Regalo: cuatro números atrasados y un libro de aparición reciente)

Dos suscripciones de seis números: 60 pesos (Regalo: los cuatro números atrasados y un libro para cada una de las suscripciones)

Llamános
240-1851

(Lunes, martes y jueves de 10 a 12,30 hs)

Cuando no me quepa más odio

POR JOSÉ MARÍA BRINDISI

para Juan Bernabé,
viejo, peludo y querido

El perro enfermó de pronto, sí: eso lo recuerdo. Algunas otras cosas. El sol que abrazaba la tierra como si estuviera creándola; el camino siempre igual, lo mismo lo que habíamos pasado que aquello que se veía a lo lejos y que parecía no llegar nunca; el polvo en mi cara, en mi ropa, impregnado al cuero del volante; sus pequeños aullidos.

Manejé más de diez horas sin detenerme, mirando el asiento de atrás cada vez con más frecuencia para comprobar que no se había muerto. Sabía que no podía faltar mucho. Me habían dicho que llegar a Montana me llevaría cinco o seis horas, y por otro lado ya empezaba a preocuparme la falta de combustible. Pensé que quizá había entendido mal, o que ellos (los dueños de un puesto de frutas en medio del camino) habían hecho el cálculo en base a un promedio de velocidad mucho mayor que el que yo estaba empleando. No me pareció muy factible, porque a pesar de lo viejo que estaba el Citroën creía no haber bajado de los 70 kilómetros por hora, y además la diferencia era demasiado grande como para que se tratara de eso. Pensé que quizá me habían dicho cualquier cosa o habían querido burlarse de mí. Después se me ocurrió que era probable que no se hubiesen movido de ahí en toda su vida, que quizá ésa era su función: despistar a los viajeros, hacerlos desaparecer en medio de ese desierto como si un huracán se los hubiese devorado para siempre. Pensé también que quizá no existían, que sólo yo los había visto y que volverían a aparecer una y otra vez y a decirme la misma frase. Yo no les reprocharía nada. Los escucharía, daría las gracias, otra vez aceptaría ir en busca de ese pueblo.

Casi soñé despierto con eso: los tipos en el medio del camino, uno con sombrero y el otro desprotegido, las voces apagadas, el olor de la frutas a punto de desintegrarse. Otra vez los escuché y por unos minutos les hice caso y creí que recién comenzaba, que en cinco horas llegaríamos y que después todo nos sería más fácil. Pero apenas miré atrás vi que los ojos del perro me suplicaban. No sabía qué tenía ni cómo se había enfermado, no sabía si darle aire o cerrar todas las ventanillas o simplemente detener el auto y ponerme a rezar. Entonces me di cuenta de que ya no solo temía por él, sino que mi propia suerte también estaba en juego. Tenía la sensación de que no pararía de manejar hasta la noche y que allí se terminaría todo. Me dije que cualquier cosa era preferible a eso. Y entonces le pedí a Dios que un camión, uno más grande que cualquiera que yo hubiese visto en mi vida, apareciera del otro lado y chocara contra nosotros y nos convirtiera milagrosamente en polvo. Pero no eso, no esperar en medio de la nada con un perro moribundo a punto de convertirse para mí en una especie de fantasma. Cualquier cosa era mejor que eso.

Cuando llegó la noche me dije que lo mejor era descansar un poco. Supuse que para el perro cada minuto era importante, pero yo había cabeceado ya varias veces e incluso una de

ellas me salí del camino y estuvimos a punto de volcar. No tenía opción. Los brazos se me acalambaban y sentía fuertes puntadas en las rodillas y la cintura. Así que lo único que podía hacer era dormir un poco. Tres o cuatro horas, pensé. Tapé al perro con mi campera y antes de cerrar los ojos terminé uno de los dos paquetes de galletitas que me quedaban. Iba a poner música pero preferí no gastar la batería innecesariamente. De todas formas, recuerdo que cuando perdí la conciencia me pareció estar escuchando algo así como un coro de ángeles que cantaban en mi oído dulces y estúpidas melodías. Habría elegido ese momento para morir, pero sólo me quedé dormido. La noche se cerró sobre nosotros.

Desperté con el sol en la cara. No sabía exactamente qué hora era, aunque me pareció que no habrían pasado las ocho. Mis brazos y piernas estaban como atontados, como si todavía no quisieran responder a mis órdenes. Tenía el cuello endurecido. Cuando quise levantar la cabeza no pude evitar que se me escapara un grito. Después sí lo hice, con bastante esfuerzo. Me enderecé un poco en el asiento. Pasé un brazo atrás, y cuando lo destapé vi que sus ojos no dejaban de mirarme. Todavía dudando, intentando no llorar, lo moví un poco para ver si reaccionaba. Después volví a cubrirlo. Salí del auto y me senté en el piso y entonces sí, como un chico, como un imbécil, dejé que las lágrimas me vencieran: me maldije cien veces, le pedí perdón cien, doscientas, quinientas veces en voz alta, hasta que mi voz pareció quebrarse y ya no pude siquiera seguir susurrando. Después volví al auto y sentí que sus ojos que agujoneaban la espalda, y entonces los recordé. Corrí la campera, los cerré, volví a taparlo. Otra vez le rogué que me perdonara.

Encendí el auto, y tal vez eso hizo que me sintiera un poco mejor. Hacía demasiado calor, tenía hambre y sed y estaba cansado, pero a pesar de todo fue como si algo, de pronto, se desprendiera. Como si el hecho de que se hubiera muerto me hubiese liberado de una carga, de una parte importante de la pelea que estaba perdiendo. Ahora, me dije, nada vale demasiado. No se trataba de mi vida, sino de la pelea, los obstáculos, la carrera. Lo que pasara con mi vida ya estaba decidido. Así que de pronto sentí que me desprendía y que podía ver todo desde afuera, alejado de mi cuerpo, como si me hubiese convertido en una especie de sombra o de fantasma. Me dije que todo eso no podía estar ocurriendo de verdad y que debía ser sólo una proyección, un delirio, un sueño. Así que lo creí: quise creer que podía ser un fantasma, que la ilusión era capaz de manifestarse de esa forma.

Pensé: *quizá sólo soy un fantasma y mi destino es apenas el de un fantasma*. No había otra razón que justificara que hubiéramos penetrado así en un desierto como ése. Había una ruta, sí, por ella nos movíamos; sin embargo, estaba seguro de que podíamos detenernos y esperar meses y meses y que ningún auto volvería a pasar por ese lugar.

Pensé: *si soy un fantasma, nada puede pasarme, nadie puede tocarme, nada puede alcanzarme realmente*. Dos horas más tarde creí tener una visión. Creí que se

había empezado a confundirme, a representar para mí aquello que yo le pedía a Dios. Pero me equivocaba. La había visto desde lejos, y lo primero que traté de pensar era que se trataba de un árbol; un árbol extraño, es cierto, desmesurado y de un ancho imposible, pero para mí, primero, apenas fue eso. Después tuve que admitir que había una pared, que aquello otro que emitía reflejos debía ser una ventana. No me volví loco, pero me asusté. Me permití pensar que todavía podía aguantar un poco más.

Cuando llegué a la casita una vieja me observaba desde la puerta. Estaba sentada en un banco, a la sombra, y cuando me vio ni siquiera atinó a pararse ni se movió un centímetro. No parecía estar haciendo nada en especial. No tomaba nada, no leía, no miraba al sol. No jugaba a las cartas ni escuchaba una radio. Parecía como si la hubieran puesto ahí varios siglos atrás y ninguna cosa fuera capaz de moverla.

No se sorprendió, tampoco, cuando me acerqué hasta ella. Nada más me miró y aceptó el saludo que le hice con la cabeza. Después le pregunté dónde estábamos.

- Ah, eso... -dijo. Me dedicó una pequeña sonrisa y agregó: - Bueno, en realidad no lo sé muy bien. Hace demasiados años que no voy a ninguna parte. Eso sí: no debemos estar muy lejos de Las Rosas. De eso estoy casi segura.

- Debe referirse a Montana -le dije. - Ya no es muy importante, pero hacia allá me dirigía. Supongo que debo haberme desviado o algo así.

- No, no, Las Rosas. Ese es el pueblo. Debe estar a unos kilómetros. Yo hace mucho que no voy. Unos sobrinos me traen siempre la comida y las pocas cosas que necesito, y vienen desde allá. Una o dos veces por semana. Así se llama, querido: Las Rosas.

- ¿Está segura?

- No estoy muy segura de nada, querido. Soy demasiado vieja para eso. Sería casi soberbio o estúpido estar segura de algo. Pero hay dos cosas que casi sé: Las Rosas está cerca, y ese lugar, ¿cómo dijo?

- Montana.

- Montana. Nunca lo oí nombrar.

Me di cuenta que seguirle haciendo preguntas no me llevaría a ninguna parte. Después de todo, el perro ya estaba pudriéndose. No había nada que hacer, así que ahora Las Rosas significaba lo mismo que Montana o cualquier otro lugar. Iría a Las Rosas, lo enterraría, dormiría un día o dos. Había preguntado por el pueblo que estuviera más cerca y me habían dicho Montana, pero ahora daba lo mismo; iría a cualquier lugar, a donde fuera, siempre que en ese lugar hallara una cruz, un poco de tierra, una cama, las voces de algunos hombres tomando y confiándose sus vidas.

Después de eso tuvimos un diálogo extraño. Quizá debiera haberle preguntado algunas cosas, pero no lo hice. Nada me importaba demasiado, así que no me interesaba mucho saber ninguna cosa, por más inexplicable que me pareciera. No me hice preguntas, no se las hice a ella. Acepté la sopa y los sandwiches; me preparé algunos más para el camino. Le compré combustible, agua y cigarrillos. No le hablé del perro. Me fui, treinta o cuarenta minutos después de haber llegado, pero cuando estaba al volante, cuando me alejaba, tuve todo

el tiempo la sensación de que nos había estado siguiendo con la vista hasta que ya no pudo, hasta que desaparecimos.

Llegué a Las Rosas cerca del mediodía. No era tan cerca como la vieja me había dicho, pero básicamente había tenido razón. Ahí estaba, frente a mí. Unos pocos edificios de cemento, unas casas, algunos bares. Rodeando todo eso, bajo el calor insoportable, cerca de doscientas carpas se extendían sobre la llanura, ubicándose por todas partes pero principalmente hacia el este, en el cruce de los ríos. Tenían una obvia ascendencia india, pero se notaba que las últimas dos o tres generaciones habían perdido su pureza. No todos parecían iguales, no sólo como hombres distintos que eran sino como si la mezcla de razas se hubiese dado de una forma caótica y azarosa.

Lo primero que hice fue acercarme a unos muchachos. Eran cinco y tendrían entre quince y veinte años. Les pedí que se encargaran del perro y que le dieran una sepultura decente, clavando una cruz encima de la tumba. Accedieron. Antes que se lo llevaran (envuelto en mi campera), elegí a uno

para darle unos pesos y que él mismo se encargara más tarde de repartirlos.

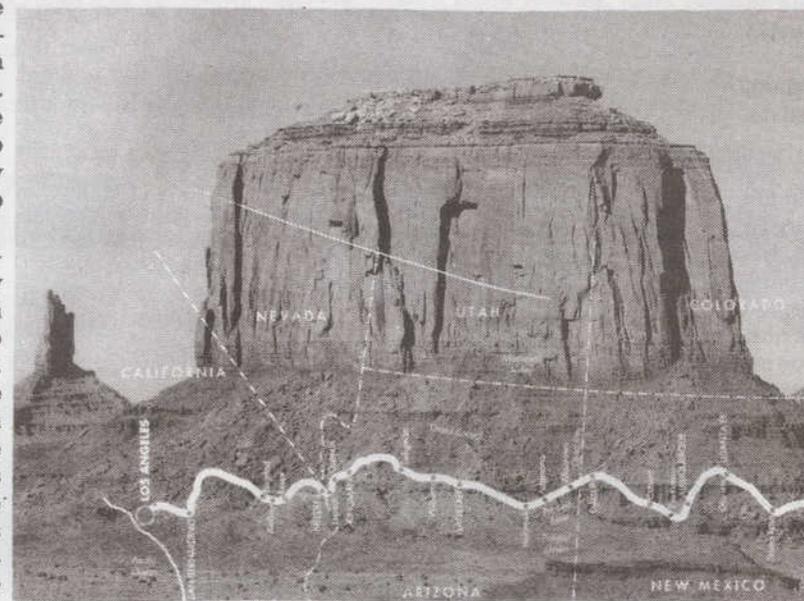
Busqué un hotel y dormí el resto de la tarde. Creo recordar que mi sueño fue invadido por toda clase de pesadillas. No descansé bien, no lo suficiente ni mucho menos, pero me sentía mucho mejor que cuando había llegado.

Cuando salí del hotel era casi de noche. Me senté en la escalera de la entrada buscando

un poco de aire y tratando también de limpiar un poco mis pensamientos. Encendí un cigarrillo, otro, uno más. Cuando pregunté habían pasado cuatro horas.

Recién me di cuenta del hambre que tenía cuando entré a un bar y pedí de comer. Era muy tarde ya y no éramos muchos, pero de todas formas me resultó llamativo que la mayoría de los que estaban en el lugar fueran mujeres. También me llamó la atención que todas fueran tan feas, que ni siquiera una me diera ganas de mirarla una segunda vez. El dueño me trajo enseguida un plato de sopa, y en lugar de volver a su lugar, acercó una silla y se sentó cerca mío, no en mi mesa, pero obviamente buscando mi compañía y mi conversación. Lo miré. Subió las cejas como invitándome a probarla, mitad sonriendo y mitad esperando que le diera mi veredicto. Tomé una cucharada. Era de un verde espeso, pero tuve que admitir que el gusto era muy bueno. La tomé con ganas, acompañándola con algo de pan y una jarra de vino. El tipo, que no había dicho nada, me sacó bruscamente el plato apenas terminé y otra vez hizo un gesto, mitad sonrisa y mitad que lo esperara, que ya volvía. Volvió con unas rodajas de carne y unas papas, todo eso rociado con lo que parecía ser una salsa de verduras. Esperé otra vez que lo probara. Lo hice, y todavía era mejor que la sopa. Le hice un gesto de aprobación con la nariz, un movimiento que únicamente un tipo como ése podría haber entendido.

- Me alegro, me alegro -dijo. Después se sirvió un poco de vino, no de mi jarra sino de una más chica que había traído



para él.

- Salud - me dijo, aparatosamente.

- Salud.

Terminé el plato y volvió a llevárselo, pero esta vez más lento y poniendo más cuidado en todo lo que hacía. Se asomó desde la cocina y me preguntó si quería café. Acepté. Vino con dos tazas. Me dio la mía y ocupó otra vez su lugar. Recién en ese momento le presté atención. Era un tipo bastante repugnante. Tenía tres o cuatro dientes bien separados uno del otro y se peinaba el pelo con agua, todo tirado hacia adelante. Pensé que no debía pesar más de cincuenta kilos y que su aliento debía ser capaz de quemar un árbol de un solo golpe.

Empezaba a sentirme un poco incómodo, así que para conversar de algo le pregunté lo primero que me vino a la cabeza.

- ¿Conoce un pueblo que se llama Montana?

El tipo sonrió otra vez con esa sonrisa que ya le conocía tan bien, pero esta vez no era mitad y mitad sino que simplemente era una sonrisa, un gesto calmado y perezoso que no quería decir nada (o que al menos no quería decir sólo una cosa).

- ¿Montana? Sí, claro. Sí. Por supuesto. Usted iba para allá -dijo.

- ¿Cómo lo sabe?

- Ah... Así es siempre -dijo y de pronto se largó a reír como un caballo, haciendo ruido y dando patadas contra el piso. Después me miró y empezó de nuevo, pero cuando vio que me levantaba me frenó con la mano y trató de serenarse.

- Disculpeme, señor. Le pido disculpas. ¿Sabe qué pasa? Que cada vez que me entero que lo hacen no puedo creer lo que son esos chicos. Una y otra y otra vez, y la gente sigue llegando. Son increíbles, señor, de verdad. Le pido que me disculpe, pero esos chicos...

- No sé de qué mierda me habla.

- ¡Ah, señor! ¡Señor, disculpeme otra vez! Me refiero a los chicos de la ruta, a esos que seguramente lo mandaron a este pueblo. Le mintieron, señor, lo hacen con todo el mundo... Es una historia larga y quizá me llevaría días contarla, así que nada más le voy a contar esto.

Se sirvió media copa de vino y tomó un trago. Un trago ínfimo, nada más que mojando los labios.

- Se habrá dado cuenta de que Las Rosas está alejado de todo. No sólo de la ruta, sino de cualquier otro lugar. Nos hemos ido quedando solos, y pareciera que cada vez estamos más lejos. A nosotros no nos preocupa: somos felices, tenemos nuestras cosas y no somos pocos, como también habrá visto. Aquí la gente se quiere y aprende a compartir cada cosa. Tenemos una biblioteca, una cancha de fútbol, un salón de baile. Es suficiente para nosotros y todavía un poco más. Y el salón de billar, señor; los sábados a la noche se reúne a jugar todo el pueblo, y ya es una costumbre que lleva más de cincuenta años. Una costumbre absurda, dirá. Pero lo dice porque usted no estuvo ahí. El caso es que cada vez nos alejamos más, pero a nosotros eso no nos importa, y de todas formas no tendríamos adónde ir... No nos importa, de verdad. Pero los más jóvenes, los que tienen menos de veinticinco... Ellos ya no piensan tan así. Creen que vamos a desaparecer, que en cualquier momento nos vamos a esfumar en el

aire. Quizá tengan razón, y así hemos sido felices todo este tiempo. Pero para ellos no es igual. Y como el mundo no se acerca a ellos, de alguna forma han decidido ir a buscarlo. Es una de las cosas que hacen para atraer a la gente. No son todos, pero hay un grupo de unos treinta que se divierten con eso. Chicos y chicas, más o menos, por partes iguales. Los chicos se turnan en grupos de a dos y se instalan unos días en el cruce de las rutas, donde usted debe haberlos encontrado. La mayoría de los coches siguen de largo, pero algunos se detienen y preguntan. El pueblo más próximo, como usted sabe, es *Montana*. Así que cuando alguien les pregunta, lo mandan al otro camino, al que viene hasta acá. El viaje es muchísimo más largo, pero inexplicablemente siempre llega alguien. Es difícil regresar, generalmente, porque es un camino de tierra y está destruido, entonces supongo que algunos siguen adelante con la esperanza de que el pueblo aparecerá en cualquier momento. Así llegan hasta aquí. Como usted, por ese camino angosto y viciado que ya se ha vuelto casi un pantano. Así llegan. Se quedan un día, descansan y luego se van. A veces juegan a las cartas con los muchachos, toman juntos, les hacen preguntas...

- ¿Y por qué no se van?

- ¿Quiénes? ¿Los chicos? Bueno, eso es simple. Las familias no se lo permiten. Aquellos que lo han intentado han recibido un castigo terrible, así que ya casi ni lo intentan.

- ¿Y los de la ruta?

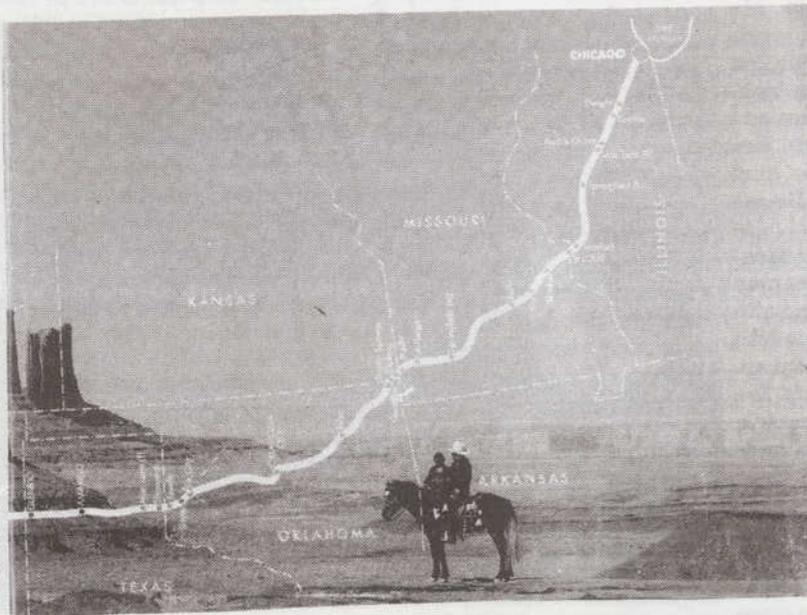
- No, señor, no. Los encontrarían. Los han amenazado con matar a sus

amigos y cosas peores, además. Imagine lo que le digo. No es que lo vea mal, todo lo contrario. Debe ser así. Yo mismo he amenazado a mi sobrino con torturar a su madre y le he contado cada una de las cosas que iba a hacerle si él escapaba. Así debe ser, señor. Si no nos quedaríamos solos, y ahí sí seríamos los últimos. ¿Se da cuenta? Ahí sí que dejaríamos de existir.

Pensé que el tipo estaba loco. Tuve ganas de matarlo, pero sentí que apenas levantara la mano una navaja me atravesaría el cuello de lado a lado. No veía a nadie, excepto a las mujeres, pero sabía perfectamente que eso pasaría.

- ¿Y las chicas? -le pregunté. - ¿Qué hacen ellas?

- Ah, señor, ellas son mucho peores, y yo estoy seguro que eso que se dice tiene bastante de cierto. Eso de que el diablo es tres cuartas partes hembra y un cuarto macho. Para mí eso es cierto, señor. Algunas se conforman con tomar con ellos y bailar y jugar a las cartas, como los hombres. Se sientan a escucharlos y se emborrachan... Pero hay algunas... - hizo un gesto leve, señalándome a las tres o cuatro que había en el lugar-. Algunas no se conforman con eso y los van a buscar a la noche -bajó todavía más el tono de la voz-. No tanto por revolcarse, creo yo... Más bien lo que buscan es quedar embarazadas. ¿Me entiende? Para que no desaparezca el pueblo, para que no se pierda. Y no crea que siempre les va mal. Hay algunas que lo lograron. Son horribles, usted lo ve (no sé qué nos ha ocurrido con esta generación), pero hay algunas que a pesar de eso lo logran, señor.



Quiso seguir hablando, pero yo fui más rápido. Le dejé de la cena sobre la mesa y salí lo más rápido que pude, dejándolo solo con su sonrisita y con los monstruos que lo rodeaban. No le di tiempo a saludarme, siquiera, pero cuando ya estaba afuera me pareció oír su voz, su cantito, su reverencia.

No le había creído todo (no podía hacerlo), pero como no quería que me fueran a buscar decidí irme a dormir al auto. Me alejé unos trescientos metros, y a la mañana siguiente, apenas amaneció, conseguí todo lo necesario para volver a la ruta. Me pregunté con desprecio si era posible que todavía siguiera siendo un fantasma.

No sé si lo era, pero todo lo que vi después no era de este mundo.

Vi la cabeza de mi perro, junto a un árbol, y recordé enseguida a los chicos que había visto asar carne, la tarde anterior, desde la escalera del hotel. Recordé al que se me acercó: no tendría más de ocho años; me ofreció un pedazo y le dije que no y también le di las gracias.

Vi una mujer atada a un poste, a la que cuatro hombres cortajeaban con cuchillos.

Vi a un hombre prendiéndole fuego a una carpa con gente adentro.

Vi a otro hombre obligando a un viejo decrepito a pelear contra él.

Identikit

- 1- José María Brindisi.
- 2- Buenos Aires, 12 de diciembre del '69.
- 3- Tengo un taller literario, trabajo para un par de revistas y hago textos publicitarios, entre muchas otras cosas.
- 4- Mi admiración, demasiados: Walsh, Stevenson, Joyce, T. S. Eliot, Vallejo, Quiroga, Auster, Fitzgerald, Barth, Poe, Rulfo, Proust, Salinger, Léon Bloy, Chéjov, Nabókov, Saer, Vonnegut, Kerouac, Borges, Chandler, Dick, Melville. Mi envidia, sin duda: Faulkner.
- 5- Quizá los que cambiaron mi manera de pensar en distintas épocas. *Lolita* (Nabókov), *En el camino* (Kerouac), *Luz de agosto* (Faulkner), *Matadero cinco* (Vonnegut), *Los oficios terrestres* (Walsh).
- 6- A los 14 o 15 años. Cuando supe que iba a ser bueno.
- 7- Prefiero de noche, entre las 2 y las 6 de la mañana. Si estoy terminando algo puedo dedicarle todo el día, y en general escribo cuando tengo tiempo y ganas.
- 8- Uno solo quizá demasiado ambicioso. Me reservo el secreto.
- 9- Juan Pablo Boggiano lee cada cosa que termino, incluso los manuscritos (lo que no es poco).
- 10- La caída del Muro. No mucho más que eso.
- 11- Lista interminable también. Podría empezar con: *Selling England by the pound* (Genesis), *Led Zeppelin I* (Led Zeppelin), *The good son* (Nick Cave), *Achtung Baby* (U2), *El jardín de los presentes* (Invisible), *Over* (Peter Hammill), *Ella & Louis* (Ella Fitzgerald y Louis Armstrong), *Outlandos d'amour* (The Police), *Sheik Yerbouti* (Frank Zappa), *Heroes* (Bowie), *Sig'n O' the Times* (Prince).
- 12- Idem anterior. *Mientras la ciudad*
- 13- Prefiero que se defienda solo.

Pero cuando había dejado atrás el pueblo, cuando ya era apenas un punto en la lejanía, llegué a un puente que ya había atravesado en mi viaje de ida y que hasta ese momento había olvidado. No llegué, en verdad, sino que todavía estaba a más de cien metros, pero ya la veía. Una mujer espléndida, o mucho más que eso, la mujer más hermosa que había visto o soñado en mi vida o que jamás vería aunque llegara a vivir dos mil años: tenía un camisón blanco, mínimo, la piel bronceada y el pelo rubio y largo y resplandeciente. Debajo del puente corría un arroyo, y yo podía oír el sonido del agua y casi sentir que esas dos cosas eran todo lo que había en el mundo.

Detuve el auto antes de llegar al puente. Bajé desesperado, casi a punto de llorar, y cuando abrí los brazos y empecé a correr hacia ella lo vi, lo escuché, lo sufrí: un rayo se desprendía del cielo, y en menos de un segundo la había desintegrado y se la había llevado donde ya no podía tocarla.

Me sonreí a mí mismo y apoyé los brazos sobre mi cabeza. Entré al auto y pensé: si soy un fantasma, *nada puede pasarme, nadie puede tocarme, nada puede alcanzarme realmente.*

Así que encendí el auto y subí al puente, pero cuando llegaba a la mitad algo me detuvo. Abrí con temor la puerta, me agaché. Saqué una mano, tomé la prenda de seda y volví a cerrar.

agosto '94

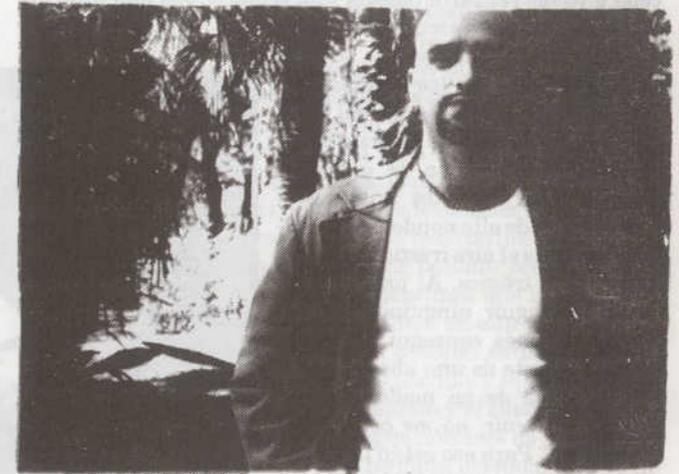


Foto: LUCÍA VASALLO

duerme (Houston), *Apocalypse Now* (Coppola), *The Indian Runner* (Sean Penn), *Notorious* (Hitchcock), *Los 400 golpes* (Truffaut), *Sed de Mal* (Welles), podrían ser algunas.

13- Prefiero que se defienda solo.



ZULÚ BAR

Café - Lawrence - Ajedrez - Bukowski - Sandwichs - Baudelaire - Picadas - Vian - Cerveza - Jazz - Cigarrillos - Tango - Panqueques - Zappa - Chocolates - Superpanchos

Todos los jueves a las 20 hs. (aprox.) lectura de poemas. Traé los tuyos o los que te gustan.

Monroe 4185 (a dos cuadras de la sede de Drago del CBC).

Bajo el cono de sombra

POR BETINA KEIZMAN

Las cucarachas aparecieron de un día para otro, como los malos pensamientos. Me levanté a la noche y encontré una enorme, negrísima, haciendo equilibrio en el borde de la bañera. A la mañana siguiente repartí por la casa unos cebos en forma de casita con techo a dos aguas. El vendedor me explicó que ni siquiera debería verlas, caerían en la casita y yo las retiraría pasada una semana. Así que puse las casitas en lugares oscuros, en escondrijos, y volví a espiar a Ingrid. Con los largavistas soy capaz de diferenciar los objetos que hay sobre la mesita, debajo del helecho colgante: está la cabeza de la muñeca de porcelana, la colección de piedritas, dos fotos antiguas y una imagen de ella donde la clavícula filosa le da el aire iracundo de una gran actriz trágica. Al principio no podía distinguir ninguna de estas cosas. Después conseguí los binoculares a costa de una absurda visita a la casa de mi madre. "Tanto tiempo sin venir, no me acuerdo ni de tu cara". Para eso están las fotos. "Es que estuve muy ocupada, mamá". "Se te nota cansada. ¿Estás comiendo bien?". Como carne, ensaladas, pescado, verduras, comida de latas muy poco. "Por supuesto". Una hora después pude salir con el trofeo en el bolso. Es uno de esos binoculares gigantes que se usan para las carreras de caballos. Mi madre comentó algo impreciso en relación a mi padre y al dibujo que tiene grabado en la parte inferior, una rosa de pétalos entreabiertos. Ningún burrero en la familia, que yo sepa, así que su procedencia es un verdadero misterio.

Ese día volví rápido a casa, sentía la cartera pesada y estaba satisfecha. Apenas llegué definí la imagen y vi la oreja de la muñeca convertida en el caparazón de un caracol monstruoso. Hasta entonces la muñeca me había parecido pálida, no esta nueva figura ruborizada con una picadura de viruela en la mejilla derecha. El viento le agitaba el ruedo del vestido como en una respiración y desde la cocina llegaba nítido el sonido del agua goteando y se fundía en el aroma del departamento, la mezcla de cera, perfume y desodorante de su piel. Ingrid todavía no había llegado.

Nunca pensé en espiar a alguien, tan fútil y cinematográ-

fico. Conozco su nombre porque se lo escuché decir al hombre del kiosco que le sonríe obsecuente mostrando los dientes manchados de tabaco y le ofrece un saludo que se derrite, pegajoso, inclinando la cabeza hacia un costado.

Pero ahora me preocupan las cucarachas. Hablo con Marcos y le explico que son muchas y salen de los lugares más imprevistos, del único par de zapatos de fiesta que tengo, por ejemplo, el que tiene una flor rojiza de un tul barato pero que para un zapato está bien, y por lo visto también para una cucaracha porque salió de entre los pétalos, y las patitas y el sintético del tul tenían un aire de familia que me impresionó. Le explico a Marcos que ya probé con todo, cebos asquerosos y aerosoles que prometen ser fulminantes. Me da algunos consejos: exterminadores, me sugiere, pero no tengo plata. Deben cobrar carísimo, le explico. Una vez cuando era chica me desperté en medio de la noche sintiendo en la panza unos pasitos pegajosos de araña. Moví la mano, atrapé algo y lo lancé al piso. Al encender el velador descubrí una cucaracha negra corriendo por el límite del zócalo. Recuerdo que olí la mano y sabía a algo indefinido, parecido al olor del yodo en el mar. Marcos no me contesta, quizás porque sabe que es una mentira, pero cuando le digo del olor lo siento en la nariz y en la boca, y ya no estoy segura de que no haya sucedido. De hecho es cierto que vivíamos en una casa que tenía ratas, corrían por la mesada de la cocina con las colitas rígidas y la rapidez inverosímil de

un juguete, y mi madre organizaba eternamente una guerra sin cuartel contra ellas y todas las alimañas que nos esperaban tras los rincones, siempre.

Qué haría Ingrid. Es atrapante deslizarse por la rutina de los otros. Cuando habla por teléfono balancea despacio el pie derecho y tantea con la mano libre la cabecera del sillón. Si la charla se alarga se saca los zapatos y se acaricia las plantas, se pasa las uñas con un rasguño ceniciento.

Al principio supuse que Ingrid llevaba una vida sin demasiados compromisos. No tenía horarios regulares, seguramente trabajaría en forma independiente. Me imaginaba entonces que hacía tarjetas o papelería artesanal (que

antes de conseguir los binoculares), algo acorde con esa libertad que concebía para ella; me representaba a mí misma disfrutando de esa vida suelta. A la noche venía el de pelo largo. "Antes me gustaban esas cosas, pero después de mi última decepción", con mi voz recreo la voz de Ingrid, un poco más grave y severa.

Por lo de las cucarachas, lo mejor es hablar con el portero. Lo encuentro pasando lustre a la placa de la entrada -no hay ningún edificio donde los dorados brillen tanto como en éste- me explico con palabras cortas, pero por supuesto que con eso no alcanza, tengo que dar detalles, los desagües y esas cosas. Antes de cerrar la puerta del ascensor arreglamos que su conocido -un muchacho serio- vendrá más tarde para hablar conmigo.

Vuelvo a mi puesto frente a la ventana. Todavía no llegó. A veces me parece perfecta la vida que lleva, la quisiera para mí. En la época en que el barbudo vuelve a visitarla la sé viviendo una apasionante historia de amor. El es fotógrafo y ha hecho una colección de retratos suyos. He llegado a imaginar perfectamente uno de ellos. Ingrid tirada en la cama, las piernas estiradas y cubriéndose el nacimiento del cuello con una almohada. Otras veces supongo que está sola y entonces sospecho que su marido ha muerto. Hay algún lugar en la ciudad donde tiene una casa vacía que ocuparon juntos. Soy ella entrando en la casa -telarañas y mucha tierra- todavía una inscripción en el vidrio del ventanal: "Mi amor, enseguida vuelvo". Lloro pensando en él y lo recuerdo perfectamente jugando con su vaso en mi vaso. Un brindis, Ingrid, qué vida.

Acostumbro pensar estas cosas cuando está a punto de llegar. Después mi idea se cruza con ella misma pero, asombrosamente, Ingrid siempre sale victoriosa de estos malabares, perfecta en cada papel. Vuelve acompañada de una mujer. Una amiga, seguramente. Es el teléfono. Marcos me pasa la dirección de una empresa de desinfección. "Bien barata". Desde donde estoy las miro conversar. Creo que se parecen; las dos tienen ese tipo de labios saltones como repujados sobre la piel, carnívoros. "Sí, voy a llamar. Gracias. Después te cuento". Se están riendo. Ingrid muestra todos los dientes y la otra se cubre la boca con un gesto de vieja. Después empieza a hablarle y por la postura que adquiere, inclinada hacia adelante, me doy cuenta de que intenta explicarle alguna cosa. La mirada de Ingrid se escapa por sobre el hombro de la otra, vagabundea hasta mi sala y, como si pudiera verme, sus ojos se funden en mi mirada. Estoy segura de que está triste, por llorar. Su hermana -tan

parecida- se para a sus espaldas y la acuna en un abrazo. Hasta cuando sufre es intensa, con esos labios tan imprevisibles.

Ya debe estar por llegar el buen muchacho que mandó el portero. Por suerte Ingrid se irá en un rato. Los martes vuelve tarde y sale nuevamente... Una reunión de amigas, decido. La sigo cerrando un poco los ojos para que la imagen se vuelva blanquinegra y más cálida. Se separa de su hermana en la puerta, Ingrid toma un taxi en la esquina de la avenida. Tendrá una voz modulada, casi áspera, cuando indique la dirección.

Entra en el bar, y me equivoqué, no era un grupo de amigas, es un hombre que parece más joven que ella. Conversan, casi inaudibles, y se miran. El le sonríe constantemente con una de esas risas insinuadas que empiezan en el costado de los ojos. De a ratos se quedan callados. Así pasan casi dos horas y cada uno volverá a su casa... También para mí pasaron las dos horas. Cuando apago la lámpara, una de las cucarachas se anima a salir y se detiene justo en la frontera de la luz; estiro los dedos imaginando su caricia deslumbrante de quinina. Controlo el asco y la miro en el mismo instante en que la casa de enfrente se enciende y ella entra. No exuberante, como la espero, sino con un paso nervioso que le atraviesa el cuerpo. Cierra la puerta y en el movimiento cortante de los labios reconozco un insulto. Se descalza y busca algo fresco para tomar. Vuelve con el vaso lleno y derrama un poco del contenido en la puerta de la cocina. Solamente tengo que estirar la mano y buscar los binoculares. La cucaracha retrocede cuando ve sobrevolar mi brazo. Ingrid se deja caer en el sillón y se hunde en las formas blandas. Sostiene el vaso con la izquierda y deja vagar la derecha. Se acaricia las piernas, ha levantado las rodillas a la altura de los hombros y vuelve a deslizarlas despacio. Se acaricia los pechos atravesando los pezones con las yemas temblorosas que llegan hasta las lágrimas que le defraudan la cara. La mano vuelve a zambullirse en ella y rema hacia abajo. Su expresión adquiere una placidez estúpida, que se ahonda en la medida que abre las piernas y se mueve entre ellas, la mirada perdida hacia adelante y el cuerpo deslizado del sofá, arqueado, y no sé si la agitación sale de lo profundo de sus manos o de su cara, pero termina abismándose en un lamento que se desliza por ella hacia el piso, hacia mi casa donde también la cucaracha se atreve y se me acerca, tan quieta, fuera de su cono de sombra, hacia la luz.

Buenos Aires, octubre 1994/1995

Identikit

1. Betina Keizman.
2. Buenos Aires, 17 de junio de 1966.
3. Soy docente.
4. La lista es larguísima, tanto en lo que respecta a la admiración como a la envidia. Como muestra, los que figuran en mi siguiente respuesta.
5. Constantes relecturas: Los *Nueve cuentos* de Salinger (excepto dos). *Bartleby*, maravilloso. Algunos cuentos de Dinesen y O'Connor. Todo Carson McCullers. La emoción en la lectura de *Cae la noche tropical* de Puig. *Lolita*. Ayer, hoy y siempre, las *Alicias de Carroll*. La última vieja revelación: *El corazón de las tinieblas* de Conrad.
6. Pregunta incontestable.
7. Antes, en cualquier lugar. Desde que me,



convertí en una esclava de la computadora, generalmente en mi casa. Cuando: no con la frecuencia que quisiera.

8. Un libro de cuentos, una novela, que puedan sostenerse honrosamente a mi lectura crítica un año después de su redacción.

9. Algunos amigos escritores.

10. ¿Influyeron?

12. Podría nombrar casi tantas películas como libros. *La pasión de Juana de Arco*, *El sacrificio*, *La conspiración de los boyardos*, *Rouge*, etc, etc, etc.

13. Me gusta este cuento aunque no deja de ser una "despedida". Muy representativo de un estilo y de una época de mis trabajos. Estoy en busca de nuevos rumbos.

Foto: DIANA ARBISER

Tres contra uno

POR JUAN AMEIJERAS

Tengo la misma cocina de siempre: la Longvie blanca sin manija; así que cada vez que voy a sacar o meter algo en el horno tengo que cubrirme las manos con un repasador o me despellejo viva.

Ahora reconozco la razón de mi cuñada, que me puso en aviso en su momento de que este hombre, por más buen partido que resultara, no sabía vivir. No me explico para que se deslomó la vida trabajando, si cuando prosperó la atmosférica siguió su amor por el sacrificio y la existencia miserable. Cuando estábamos de novios me prometió un chalet de dos pisos en el centro de Quilmes; después fue el desastre de los camiones y me trajo a Turdera. Jamás escuchó de mi boca un reproche, y si hay que decir verdades en aquel momento sus razones tenía: los dos Bedford estaban viejos y fundidos, y tuvo que pagar un fuerte arreglo con la Municipalidad cuando de buenas a primeras se le perforaron los tanques, y regó todo el centro con la olorosa inmundicia.

Entre una cosa y otra pasaron diecisiete años y yo, cabecita loca, no tenía mucho tiempo para pensar en aquel entonces. Mi esposo rozagante me abordaba para los amores a cualquier hora en cualquier parte, era tan angurriente con sus sandwiches de matambre como con mi pavito, y perfectamente capaz de saciar sus dos antojos al mismo tiempo. Así lo encargamos al Eduardito en el lavadero, y al Angelito, pobrecito, sobre el inodoro.

Aquella vez que me agarró contra la tabla de lavar, supe que me estaba haciendo un hijo. Cuando lo enteré festejé un asado de tres días con los muchachos del barrio, no apto para mujeres casadas, y menos en estado de preñez. Quedó totalmente olvidada aquella discusión con insultos y golpes, que tuvimos cuando se enteró de que el ginecólogo es un médico que te revisa el bajoviente con una linterna específica para el caso. No me solicitó para sus asuntos durante los nueve meses, se las arreglaba con una mocosa de la casa pública, por miedo a que en sus embestidas me fuera a dañar el hijo.

Cuando estaba de seis meses ya le había comprado la pelota número cinco, un camión atmosférico de plástico y el equipo completo de Nueva Chicago. Estaba seguro, o más bien había decidido que naciera varón. Su hijo llevaría su mismo nombre, y cuando le crecieran pelos en el pecho, se ocuparían juntos del desagote.

En las horas que le quedaban sin hacer nada se sentaba a la fresca de la parra, a planear el futuro del nene. Soñaba con agrandar la empresa hasta que alguna vez, todas las cámaras sépticas del país fueran desahogadas por Eduardo Vaca e Hijo, como ya había mandado escribir en el tanque de los camiones.

Cuando tuve las primeras contracciones llegamos al

hospital más rápido que desenfreno de diarrea estival, en el mejor atmosférico de la flota, y lo largué ahí nomás, a la hora y media de haberme internado. Mi marido gritaba y saltaba como un loco cuando le confirmaron su sentencia: era un machito. Pero cuando lo vio, de piel azul y pelo rojo, llegó a insinuar que no era hijo suyo. Por suerte mi cuñada, siempre tan oportuna, recordó a una sobrina de la prima de la nona, que era pelirroja, y relacionando descubrimos la existencia de una considerable cantidad de colorados en la familia.

El Eduardito nos llenó la vida de satisfacciones; aunque él proteste porque nos salió colorado y lampiño. Cuando se convenció de que los pelos en el pecho no le iban a nacer por más que lo mandara a afeitarse diez veces por día, lo hizo socio suyo, y el nene trabajó a su lado como una bestia, sangre de su sangre. Al jardín de infantes no lo mandamos porque él dice que los sacan maricones, como al hijo de la Gladis, que ahí aprendió el odio a la pelota y el gusto por las muñecas y los juguetos de té. Pero de primero a séptimo grado me hizo la envidia de las otras madres, abanderado con diploma de honor, y llegó a jugar en la tercera de Nueva Chicago.

Con el Angelito la cosa fue distinta. La gitana dice que nos salió mogólico porque lo hicimos en el baño; en todo caso no es culpa mía, como dice él, por comer tanto dulce de quinoto. Yo estaba sentada en el inodoro, cuando entró hecho un loco, y me dio vuelta interrumpiendo mis necesidades para hacer las suyas. Duele la verdad. Pero con el Angelito comenzó la desgracia; él nunca pudo asumir que nos saliera mogólico, desde el principio me detestó como a la única culpable, parece que estaba seguro de que a él no le falla la leche. Jamás volvió a besarme por razones de su deseo. Nunca más tuvimos un beso en los labios. Si alguna vez hacía que me besaba era golpeándome la mejilla y empujando fuerte, o sobre la frente, como se despiden a los muertos.

Apenas llegamos del hospital hizo todo como si buscara que me suicide. Compró un sofá cama de pinta bastante atorranta y lo instaló en el living. De ahí en más las noches que vino a dormir pueden considerarse acontecimientos raros. Igual cuando estaba era para contarme disparates horribles que me dejaban con una bronca que me chiflaba en los oídos, y aunque no reventaba me llenaba toda de cólicos y gases, y se encerraba en el living con llave, se tiraba en el sofá y devoraba unas tortas de vainillas con dulce de leche que no sé de donde mierda sacaba.

Comparados con la bosta inmensa en que se transformó mi vida, estos primeros golpes podían verse como un ange-



lito de ojos celestes, rizos dorados y blancas alas de telgopor al que se le escapan algunos peditos; porque además de los cuernos que me ponía ostentadamente, las deudas que recaudaba en el juego y que cubría el Eduardito siempre, se le dio por mamarse. Más de una vez me lo tiraron borracho a la puerta, y me pegué unos sustos bárbaros tropezándome con su cuerpo casi desalmado cuando salía a baldear la vereda. El Eduardito se hizo cargo del desagote y repartió proporcionalmente las ganancias con el padre, aunque las malas lenguas insinúan que lo estafaba.

Con el Angelito la cosa fue distinta. Creo que en parte por esa manía que tenía él de encerrarlo en el galpón y fajarlo con una correa cada vez que se hacía sus cositas encima, o si se babeaba, que era la mayor parte del tiempo. La tragedia mayor fue cuando lo encontré muy animado, con su jeta de bebé bigotudo hundida tras los ojos, refregándose en claras intenciones pecaminosas con la Paquita. Yo le dije que era el instinto, pero igual lo ató de pies y manos, lo bañó en agua helada, y culminó a manguerazos la obra siniestra que la naturaleza había emprendido.

El Angelito se encerró tres meses en el galpón y casi no comía. Adelgazó doce kilos y andaba escurrido entre las sombras como un espárrago de pesadilla. Ni siquiera mi vieja podía hacerlo comer. Yo, que nunca lo entendí del todo, traté de convencerlo, hasta lo invité a los entrenamientos de la tercera de Nueva Chicago.

Los muchachos siempre le hacían bromas al Angelito; hasta que una mañana los plomizos amanecieron con los frentes de sus casitas embadurnados de mierda. Nunca disfruté tanto cobrame una herida, y en vez de hacer cuarenta cuerdas hasta el arroyo, le redecoré el frente a más de cuatro giles, que de mi hermano jamás se volvieron a reír.

A la vida tolola de mi vieja no la entiendo. A la amarreta de mi viejo tampoco. La vieja se la gastó cebando mate y puliendo azulejos, descontando las piñas sin cargo que mi viejo le repartía con la sequedad profesional con que te venden la hostia. Mi viejo que me odia por ser colorado, me fajaba por las dudas de que hiciera algo y él no se enterara,

Identikit

- 1- Juan Ameijeiras.
- 2- En Morón, en el año setenta.
- 4- Me gustan Beckett, Shakespeare, Arlt, Dostoievski.
- 5- Relatos de Becket, las tragedias de Shakespeare, El Jugador, El príncipe idiota, La casa de los muertos, de Dostoievski. El amor brujo de Arlt. Ficciones de Borges. La Caída en el tiempo de Ciorán.
- 6- En la escuela primaria, lo único bueno que anotaba la maestra en el boletín era "Qué bien que redactas".
- 7- Siempre de noche.
- 8- Publicar Latidoscopio, mi primer libro de poemas. Trabajo actualmente en un nuevo tomo de cuentos, llamado Cuentos sellados y en otro de poemas Solo paso. Extraliterario: filmar Cielo Ciego, guión cinematográfico de 100 minutos.
- 9- El conejo Rabito y El gato con botas.
- 10- Recuerdo la marcha contra el indulto.
- 11- Blue Valentine de Waits, Discipline de Crimson, Mozart.
- 12- Paris-Texas de Wenders, Fany y Alexander de Bergman, El hombre elefante de Lynch.
- 13- Nació contemplando la cocina de mi madre.



Foto: DIANA ARBISER

ya sea por habilidad mía o encubrimiento de mamá; hasta que lo ayudé a avisarse de que estaba bastante crecido, y en cualquier momento le hundía la cabeza en el tanque de algún camión hasta inflarlo de soretas. Sé que nunca me quiso porque soy colorado.

El Eduardito dice que el padre nunca lo quiso por ser colorado; pero la juventud exagera, cuando crezca todas las cosas le parecerán distintas y va a darse cuenta de que el padre lo quería todo lo que podía querer. Se llenaba la boca contando los goles que hacía cuando jugaba de número nueve en Nueva Chicago; de lo rápido que era para vaciar pozos y llenar mujeres. Decía siempre, que a no ser por el color del pelo, era lo más parecido a él que había sobre la tierra.

Mi papá no me quiere. Mi hermano sí. Mi mamá también. A mi papá voy a matarlo.

Mi papá se enojó mucho y me dio una paliza cuando me encontré jugando con la Paquita como me explicó mi hermano que se hace con las nenas. La Paquita no es una nena. Es la perrita de Clarita que es la vecina. Me bajó tres dientes y me aplastó la nariz.

A mi papá voy a matarlo.

No fue idea mía. Fue de mi hermano y de mi mamá. Mi hermano me dijo que lo atara como él me ató a mí, que le moliera el esqueleto a garrotazos, después lo corto en pedacitos sin manchar nada, lo meto en el tanque de un camión y chau, él lo tira con la caca al río. Mi mamá me miró callada la boca.

No sé que hacer con el Angelito. Desde que el Eduardito le dijo en chiste que lo matara al padre no hace otra cosa que practicar con cuanto gato cae en sus manos. Los cuelga de la sogá del fondo y los despelleja vivos. El Angelito estuvo en mi vientre y es una criaturita de Dios, pero me atraganta el miedo que siento en el cuerpo.

Si el Angelito se lo carga a mi viejo yo argentino; laburo como todos los días y lo dejo entre la mierda del arroyo. Al Angelito lo pongo de socio y a la vieja le compro una cocina nueva. Mi viejo es un animal.

A mi papá voy a matarlo.

PARADISO EDICIONES

Ensayo
La realidad satírica (doce hipótesis sobre Página/12)
 Horacio González
Ciudades, teatros y balcones (un ensayo sobre la representación política)
 Eduardo Rinesi

Narrativa
La frontera más secreta
 Carlos Dámaso Martínez
Insomnio
 Marcelo Cohen
Diálogos en los patios rojos
 Roberto Raschella

Zama literatura nueva
Las páginas del enano
 Luciano Castro
Adiós pequeña
 Marcelo Damiani

Psicoanálisis
La práctica del psicoanalista
 Mario Pujó
El malestar y la traición. Ensayos
 Isabel Steinberg

Continuación DeL Fuego

POR PATRICIO PRON

«LXXXVII. El hierro cura lo que los remedios son incapaces de curar. Y el fuego cura lo que no alcanza a curar el hierro. Lo que no se cura con remedios, con el hierro ni con el fuego, debe considerarse como incurable.»

Hipócrates, «Aforismos»

-contáme de las cosas que ardieron.

-los pájaros. eran dos -los perros ladran quemados por el fuego que consume el marco de la ventana-. los vimos al salir del bar ése. el de la caña paraguaya. y las indias apetecibles. con las piernas sudadas abajo. de las polleras. eran dos. tenían las cabezas ígneas. con el pico. se arrancaban plumas como si fueran brasas. que iniciaban fuegos. aislados donde caían. acordáte. los pájaros no se detenían... como guiados. por una pulsión sexual. ciega -el marco de la ventana se prolonga en la calle y en los perros tirados-. la calle y en los perros tirados-. la calle de tierra. se iluminaba. intermitentemente. por los chispazos. a nosotros. borrachos. el fuego nos parecía irreal. una mentira. de la caña paraguaya. y de las indias. que ya nos habían sacado. todo.

el silencio, pesado como un mapa que se despliega y cruje en los ladridos de los perros en la ventana, se rompe.

-todo el tiempo se paró. para ver quemarse. a los pájaros. hasta la madrugada... se quedaron. detenidos en el vuelo. mirándose. como si fuese necesario terminar. para recomenzar. todo. apenas oscureciese. se separaron. dejaron. el aire lleno de chispas. y a nosotros. que volvimos. con las indias. que se abanicaban. aburridas. sentadas con las piernas abiertas. y sudadas. en el bar de la caña. ¿te acordás de la caña paraguaya?

-contáme de las cosas que ardieron -lo empuja el hombre del bastón, mirándolo, a la contestación real. los perros rehacen las rondas interminables donde esperan

reencontrarse con algo-

-el bar -dice-. el gallinero. que estaba atrás... las gallinas corrían. quemándose. las indias también. sacaban de las piecitas la ropa. el hijo. o las virgencitas. de los altares improvisados. de los que tanto. nos habíamos reído. ¿te acordás? -calláte -las rondas se deshacen a la inversa de cómo se armaron-.

-había perros. que corrían. y se refregaban. contra el piso. ya. se empezaban a quebrar los tirantes. del techo. en llamas. veía a las indias correr. con el atado. en una mano. y los hijos en la otra. a las gallinas. y a los perros. y solamente me reía. ahora -señala la ventana-. no entiendo. pero en ese momento la risa. parecía estar justificada. y hasta ser necesaria. después no me acuerdo más.

-acordate -inquiére. los perros aprueban con un silencio grave que deshacen después en gemidos aislados-.

-creo que ahí aparecía. desde el fondo del bar. el tipo ése. gritaba y se tambaleaba. todo mojado de caña. después...no hay más nada -los perros intuyen algo que se repite cíclicamente en la memoria, pero ahora con más fuerza, y no gimen- ...sí. nos despertamos. en medio de la ceniza. con los troncos y las casas negras. todavía en pie... como una pampa humeante. del bar quedaban los cimientos. y las botellas y los vidrios. quebrados. tirados en el piso. enterrado. en los escombros y en el fuego. había quedado un perro...estaba echado. como pidiendo agua. el tipo de la caña -todo parecía soñado. mentido. pero no. porque de un sueño. puede decirse cualquier cosa. menos que es mentira, le parece que piensa el otro-. estaba tirado a un costado. del perro. parecía que se reía -los perros rehacen las rondas-. las indias empezaban a volver. con las gallinas. los hijos. y las virgencitas.



6- Creo que no hubo un inicio. Sí hubo una serie de experiencias y de lecturas que me formaron como tipo que en algún momento comenzó a escribir. O en todo caso escribir es un laburo que se inicia como una novedad con cada hoja en blanco.

7- Escribo por la mañana.

9- Patricia Suárez, Pablo Romano, María Fernanda Aranda, Mariano Guida, Carlos de Isla.

10- Todos.

11- Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band de Los Beatles. Circuladô vivo de Caetano Veloso. En lunfardo de Edmundo Rivero. Travelling Wilburys ídem. Doo Bop de Miles Davis. Todo Raúl González Tuñón del Tata Cedrón. In Utero de Nirvana. Isla del Tesoro de Liliana Herrero. Casa Babylon de Mano Negra. Téster de Violencia y Artaud de Spinetta. Chaco de Illya Kuryaki and the Valderramas. World gone wrong de Bob Dylan.

12- Un perro andaluz de Buñuel y Dalí. Apocalypse Now de Ford Coppola. Blade Runner de Scott. Betty Blue de Beineix. Zelig de

Allen. Hombre mirando al sudeste de Subiela. Barton Fink de Coen Brothers. Batman returns de Burton. Kafka de Soderberg. Brazil de Gillian. Catch 22. Ese oscuro objeto del deseo de Buñuel. La carpa del amor de Aristarain.

13- Este texto abre una novela que también se llama Continuación del fuego y que es la crónica de dos hombres que se mienten historias para ocultar una historia mayor, omnipresente, que es la de la novela. El recurso del fuego es tan viejo como las historias que resuenan en el texto o la idea de que la memoria es tan frágil que vuelve a todo ficción o engaño

Autos

POR ARIEL BERMANI

Durante el verano de 1979 participé de las carreras de autos que Gaby organizaba en el fondo de su casa. Todavía, cuando veo escritas la palabra «autos» y la palabra «coches» o las escucho, me vuelve la imagen de aquella casa a medio hacer, sin revoque, sin puertas para las habitaciones y el baño, con un grandísimo terreno atrás, pasto, ladrillos apilados, y esa loza que era para nosotros el autódromo de Burzaco. Me acuerdo de cada uno de los pilotos. Gaby con la sonrisa a la que le faltaba un diente, Pelusa tan tímido pobrecito, Andy flaco, alto, lleno de granos, Neo que después se hizo boxeador y que ahora está preso por matar, y Clarita, la hermana de Gaby, moviéndose, bailando Queen o Palito Ortega para que su pollera nos concediera el milagro de espiar una bombacha adherida a la carne.

Creo que lo único que aprendí en materia de automovilismo es lo que me enseñó Gaby en aquel verano: nunca hay que apuntar sin dirección, nunca hay que presionar porque las ruedas se tuercen, nunca pasarse con la masilla (ni mucha ni poca), nunca tirar a chocar, romper, hay que jugar con la cabeza fría, sin apuro, sin violencia, que se enloquezcan los otros y se maten entre ellos. Era bueno Gaby con su cochecito entre los dedos, agachado, rodilla en tierra, cerrando un ojo para

estudiar las curvas y la posición de los rivales, sabía qué movimiento hacer en cada tiro y ganaba casi siempre de punta a punta. Los demás estábamos ahí para mirarlo ganar y para pelearnos, para jurar que se acabó, que los voy a mandar a todos a la concha de la lora y de todas maneras volver a la tarde siguiente, acaso con un coche más liviano, espiar a Clarita que tomaba sol con medio culo al aire, escuchar las historias de minas que contaba Neo (él, a los trece, ya se las había cogido a todas) o joder al Pelusa, molestarlo hasta que lllore.

A mí me decían Bochini. Fue Neo, el mismo día en que lo echaron de la primaria por sentar de un trompazo a su maestra, el que me puso el nombre. En la puerta de la escuela, fumando, haciendo anillos de humo, nos esperó a Andy y a mí para contarnos lo de la expulsión. Yo seguía contento por el partido de Independiente (el domingo habíamos ido a la cancha con mi viejo y después a tomar helado, el helado más grande de toda mi vida) por eso ni bola que le di. Neo se puso loco, me levantó apretándome el cuello con las dos manos y me dijo Bochini, ¿querés que se te caigan las uñas?

Neo iba a cuarto cuando lo echaron. Para llegar a cuarto me tardé siete años.

Andy y yo, además de primos, éramos compañeros de banco en séptimo. Gaby había hecho dos años en el industrial (es decir, dos veces primer año) y después del verano de las carreras hizo unos meses de comercial hasta que se cansó.

Ese verano fue terrible, por el calor. No se podía salir hasta después de la seis. Yo me entretenía con Bonanza y con Swat y también, a veces, con alguna de las novelas. Pero lo que más hacía era imaginar historias tirado boca abajo en la cama. Historias con extraterrestres comandados por Neo que invadían la tierra y entonces yo, Bochini, organizaba la

resistencia y lo agarraba a Neo del cuello y le decía ¿querés que se te caigan las uñas?, y todos aplaudían, Clarita más que nadie, y se me colgaba y me rodeaba con brazos y piernas.

Durante casi todas las tardes de ese verano el primero en llegar fue Neo. Lo despertaba a Gaby que dormía la siesta en el piso y empezaban con la cerveza. La forma en que Neo saludaba era siempre la misma. Uno le decía ¿Qué hacés Neo?, o ¿Cómo te va Neo? y él, guiñando un ojo, contestaba, agacháte que te meo.

Cuando Andy y yo nos metíamos en el autódromo ellos nunca estaban. Había que sentarse a esperarlos un buen rato. En ese rato aparecía el Pelusa. Hablábamos de las minas de la escuela y lo veíamos al Pelusa que se tocaba por abajo del pantalón. Era bastante feo, el po-

bre, pero más que nada era tímido. Tenía el cuerpo alargado, era un cuerpo que no le respondía, que hacía cosas ajenas a su voluntad y su conveniencia. El pelo parecía pasto amarillo y reseco. Nunca caminaba con la espalda erguida y la cabeza levantada, nunca miraba sin parpadear, vivía llevándose todo por delante y cayéndose. «Lo que pasa es que es puto», explicaba Neo cuando discutíamos el tema, mientras le miraba las piernas a Clarita que bailaba muy cerca aquello de «yo tengo fe yo creo en el amor». «No es puto es mogólico», decía Gaby que también le miraba las piernas. «Es así porque en la casa no tienen para comer», decía Andy concentrado en la limpieza y el cuidado de su auto. «Pobre...», lo defendía yo y Neo me cortaba con su clásico «Bochini, ¿querés que se te caigan las uñas?», y después, tirando el humo de su cigarrillo por la nariz, «vos también sos puto».

Neo y Gaby llegaban al autódromo con olor a cerveza y a cigarrillo y con Clarita atrás que los miraba con esos ojitos idiotas que ponía cada vez que se enamoraba. Ella empezaba a bailar y nosotros la nueva carrera de veinticinco vueltas.

Gaby volvía a marcar la pista con cuidado apretando la tiza hasta gastarla. Andy, callado, planificaba. Neo se acostaba de cara al sol y cerraba los ojos. Pelusa y yo, espiando a Clarita, esperábamos.



Identikit

1- Patricio Pron

2- Rosario, diciembre 9 de 1975.

3- Periodismo.

4- Fernand Combet, Jorge Luis Borges, Hermann Melville, Leopoldo Marechal, Witold Gombrowicz, Macedonio Fernández, Juan Rulfo, Joseph Conrad, Roberto Arlt, Henry Miller, Héctor Oesterheld, Michael Burt, Juan Domingo Perón, Franz Kafka, Alejo Carpentier, Joseph Heller, Tomás Eloy Martínez, George Bataille, Salman Rushdie, Dios.

5- «El» libro es Bartleby de Melville. Luego: Adán BuenosAyres de Marechal. Walden o la vida en los bosques de Henry David Thoreau. SchrummSchrumm o la excursión dominical a las arenas movedizas de Fernand Combet. Así hablaba Zarathustra de Nietzsche. Museo de la Novela de la Eterna de Macedonio. El castillo de Kafka. Ficciones de Borges. El corazón de las tinieblas de Conrad. El Eternauta de Oesterheld y Solano López. Trampa 22 de Heller. Los Trópicos de Miller. La hora de los pueblos de Perón. Los libros que todavía no he leído.

El primer tiro siempre le correspondía a Gaby. Arrodillado, cerrando un ojo, dejaba pasar unos segundos antes de empezar. Su coche volaba en la recta y se frenaba justo antes de la primera curva. Entonces había que despertar a Neo y verlo acercarse con un coche destrozado cuyas ruedas temblaban y se perdían por el camino. Su tiro se iba irremediablemente afuera, a cualquier parte. Buscaba el coche y lo devolvía a la pista con la punta de la zapatilla, lo hacía rebotar en la pared o en las piernas de alguien o lo perdía en el pasto.

Andy entornaba los ojos cuando iba a tirar. Su coche era el más cuidado, el más lindo. Apuntaba con precisión y se acomodaba muy cerca de Gaby. Después se pasaba la lengua entre los labios, se sacaba el pelo de la cara y escupía.

Yo cambiaba de auto en cada carrera. Me esforzaba. Tiraba con cuidado midiendo la velocidad, la potencia, la altura pero me quedaba a mitad de camino, volcaba o me iba de la pista.

Cuando llegaba el turno de Pelusa todos, incluso Clarita que parecía tan concentrada moviéndose al ritmo de «qué vas a hacer esta noche, vamos te invito a bailar», suspendíamos cualquier cosa para verlo. El Pelusa, las piernas abiertas, el culo parado, el cuerpo inclinado hacia adelante, apretaba con dos dedos uno de los autitos que le prestaba Gaby, echaba el brazo hacia atrás y hacia adelante varias veces acercándolo a la pista, haciendo que las ruedas toquen apenas la superficie de cemento y lo dejaba rodar con fuerza, una fuerza que no le conocíamos. Sus tiros no estaban tan mal. Se acomodaba segundo o tercero pero lejos. Tenía una sonrisa de dientes blancos y saliva que usaba en esos casos.

La carrera continuaba respetando las ubicaciones establecidas por el primer tiro. Gaby giraba en la curva, Andy y Pelusa salían de pista, yo me acercaba a la pelea por la punta, Neo volvía a entrarle al autito con la punta de la zapatilla y a estrellarlo.

Cuando Clarita se aburría de haber dejado de ser el centro de atracción, ya que con el baile y la pollera no alcanzaba, se ponía a cantar. Su melodía favorita no era precisamente una canción sino un jingle publicitario del gobierno. «No te borres que te necesitamos, cantaba, si te quedás y confiás vas a ver que ganamos». Pero en ese punto de la carrera nadie se acordaba de ella, ni de sus piernas blancas, largas, ni de sus tetitas marcando la remera de

Mickey. Gaby nos empezaba a sacar vueltas, Andy y yo peleábamos centímetro a centímetro el segundo lugar, Pelusa moqueaba lejos y el coche de Neo, ya sin ruedas, quedaba olvidado en un costado mientras su dueño se ocupaba de hacer girar el dial de la radio buscando una música que no sea la voz de Clarita pero lo único que había era la sucesión de malditos comunicados militares, de jingles y de marchas.

La noche nos agarraba en las últimas vueltas. Para ese momento Neo y Clarita habían desaparecido. Gaby encendía la mínima luz que alumbraba apenas la lucha cabeza a cabeza por el segundo puesto.

El Pelusa era el primero en irse, apenas terminaba la carrera. Andy, Gaby y yo nos dedicábamos a discutir lo que había pasado esa tarde y después hablábamos de fútbol y de minas y dábamos una vuelta por el barrio. En realidad no había gran cosa para hacer, se podía jugar al pool, ver televisión, escuchar música en la pieza de Andy, visitar chicas.

En casa todos se acostaban temprano. Cada noche yo me preparaba un sánduche bien cargado o comía, fríos, los restos de la cena familiar. Me tiraba en la cama con la luz apagada y pensaba en Clarita entrando en la oscuridad y desnudándose para mí.

A veces, antes de dormirme, imaginaba una de mis jugadas favoritas que bien podía ser ésta: alguien me cruza la pelota desde la otra punta, yo la bajo con el pecho, la dejo muerta en el botín derecho y levanto la cabeza, troto con la pelota pegada al pie, hamacándome, esquivando rivales, uno, dos, tres, me tiran patadas que esquivo, enfrente al arquero, lo gambeteo, quedo solo y me pongo de espaldas al arco para hacerlo de taquito y me arrodillo y levanto los brazos.

Foto: WILLY RONIS

Nunca me voy a olvidar de la última carrera. Esa vez hizo más calor que nunca. Estábamos sin remera, el pantaloncito húmedo pegado a la piel, las rodillas negras. Gaby se equivocó en los primeros tiros por eso Andy lo seguía de cerca. Pelusa andaba con la baba que se le caía más que nunca (se babeaba cada vez que se ponía nervioso), Clarita en bikini, yo cansado del autódromo, de Gaby, con ganas de volver a casa temprano.

En la vuelta quince Andy lo pasó. A Gaby le empezó a

temblar el labio superior y le cambió el color de la piel, se puso blanco. Nos quedaba muy poco sol. En la vuelta diecisiete yo también lo pasé. Cuando estábamos casi en la veinte Gaby perdió el control y le salió el peor tiro de su vida. Nos alejamos. Pelusa lo alcanzó. En la vuelta veintidós, cabeza a cabeza, los cuatro nos rozábamos.

Neo había abandonado enseguida y se dedicaba a bailar con Clarita, apretar ese cuerpo blanco con sus larguísimo brazos. Vi las manos de Neo en esa espalda, en ese cuello, los labios de Clarita que lo buscaban con gula, los dientes y las lenguas, los dedos de Neo, y me tocaba el turno, estábamos en la vuelta veinticuatro, tiré nervioso, sin pensar, pero de todas maneras pasé a Gaby apenas por unos centímetros y Andy se fue de la pista y el Pelusa nos alcanzó. Era el turno de Gaby en el momento en que Neo bajó sus manos hasta el culo de Clarita y ella echó la cabeza hacia atrás para ser besada en el cuello, los dedos de Neo, enormes, carnosos, negros, entraron en esa carne, esas nalgas, y el coche de Gaby, impulsado con una fuerza excesiva, salió de la pista. Gaby me dijo qué mierda te pasa pelotudo, qué estás esperando, y Pelusa también dijo algo pero en voz muy baja. Cerré

los ojos, apreté el cochecito, dejé caer todo el peso de mi mano y vi que una mano de Clarita se metía en el pantalón de Neo y vi que Andy me estaba mirando como diciendo forro dale tirá, y tiré y quedé perfectamente ubicado en la última curva y Andy también tiró y Pelusa y Gaby, mientras Clarita se arrodillaba sin ningún pudor y empezaba a pasar la lengua por el cuerpo de Neo desde abajo, desde los pies, y volví a tirar pero sin dirección y el coche quedó boqueando a unos metros de la recta, ahí nomás, y Andy y Pelusa fallaron pero Gaby se frenó pegado a mí y le vi la furia en los ojos y vi la cabeza de Clarita subiendo por las piernas de Neo y Gaby me decía dale la concha de tu madre por qué no ganás de una vez. Dale, dijeron Andy, Pelusa, dale, gritó Gaby, y le di pero con demasiada potencia, el autito volcó y se arrastró de costado hasta perderse afuera de la pista.

A Gaby la vida le volvió en el brillo de los dientes. Mientras se acercaba para tirar con estudiada cautela yo atravesé la casa corriendo y seguí corriendo hasta que me quedé sin aire. Todavía sentía el sol pegándome en la cara.

Agosto de 1994.

Foto: LUCÍA VASSALLO

Identikit

1. Ariel Bermán.
2. Nació en Lomas de Zamora, el 27 de septiembre de 1967.

3. Trabajo como bibliotecario.

4. Laiseca, naturalmente. Y también Raymond Carver, J.D. Salinger y Ernesto Hemingway cuando hace de Nick Adams. Rodolfo Walsh, que nos enseñó que la literatura es, entre otras cosas, «...un avance laborioso a través de la propia estupidez» -a mí también me atormenta ese chiste idiota de Rilke: Si usted puede vivir sin escribir, no escriba-. Rozenmacher, Conti, Gelman, Gandolfo, Marx, los cuentos de Kordon, Onetti.

5. Sospecho que por estas dos razones que considero de peso:

A: en casa no había libros,

B: consumí, durante mucho tiempo, algo así como diez horas diarias de tele,

mis primeros recuerdos importantes son audiovisuales. Historias donde Manolito Montoya se emborracha, Diego de la Vega conversa con una señorita, Laura Ingalls escupe, el sargento García dice «Oh, Don Diego» y Sigfrid el Grande los tiene encerrados a Smart y a la 99 en el cuartel de Kaos. Esos relatos estaban enseñando a varias generaciones de futuros narradores a presentar un personaje, armar diálogos, crear atmósferas, imaginar. Después, en la secundaria, llegaron Neruda, Cortázar, García Márquez. Y a medida que me fui convirtiendo en lector aparecieron *El pozo*, de Onetti, *El extranjero*, de Camus, *Libro del desasosiego*, de Pessoa, los *Diarios*, de Kafka, *Respiración artificial*, de Piglia.

6. En forma precoz, cuando tenía nueve años, mi vocación estaba resuelta: quería ser futbolista. Algo pasó. Fracásé y me quedé sin futuro. Creo que a los doce o a los trece, al darme cuenta de mi fracaso, empecé a imaginar a otros tipos fracasados en distintas cosas y sin darme cuenta salieron las primeras poesías y los primeros cuentos. Con el tiempo, pasé del papel y la tirona a la Olivetti de la

Olivetti a la computadora. Pienso que desde hace unos años -¿ocho?, ¿diez?- la cuestión de convertirme en un escritor empezó a definirse en forma más precisa. Ahora me imagino como un narrador con una poética definida, una estética, algunos proyectos.

7. Escribo siempre de noche -¿era Onetti el que se sentía orgulloso de no haber escrito ni una sola línea a la mañana?-. Presiono las teclas y veo en la

pantalla un conjunto de letras que van armando la frase y un conjunto de frases que van armando la página. Sans Serif 10 itálica a dos espacios.

Mi disciplina funciona por épocas.

8. Tengo un libro de cuentos que ya está listo y que se llama *Nunca confíes en la palabra de una mujer*, y otro por la mitad, *A mí me decían Bochini*. ¿Algún generoso editor querrá alguna vez publicarlos?, ¿aparecerá alguna vez mi cara en la solapa de un delgado volumen?

9. Desde hace años -¿ocho?, ¿diez?- mi compadre Fabián Valle lee con santa paciencia todo lo que escribo pero no usa lápiz. Su estrategia es cagarse de risa y hacer chistes.

10. Ahora me vienen a la memoria, en forma caprichosa, un conjunto de imágenes: La noche del 25 de enero de 1978, cuando le ganamos el campeonato Nacional a Talleres, en Córdoba. El capítulo en que Mary Ingalls se



queda ciega. Las peleas entre La Momia y el hijo de puta de Karadagián. La revista *Anteojito*, cada jueves. Los primeros años del centro de estudiantes en el glorioso Nacional de Adrogué. Las marchas de la resistencia. La militancia en uno de los partidos de la izquierda trosca nacional. Mis poesías de entonces. Muchos amigos que fui perdiendo. Dos o tres mujercitas. Aquel episodio nefasto: Tablada.

11. *Mujeres*, de Silvio Rodríguez. *Paco Ibañez en el Olimpia*. Todo lo que cantan Jaime Ross, el Canario Luna, Zitarrosa, Vinicius, Caetano, Chico Buarque. *Spinetta* en sus diferentes épocas: *Artaud*, *Kamikazo*, *El jardín de los presentes*, *La búsqueda de la estrella*. Los dos de La máquina de Hacer Pájaros. Manal. Los Abuelos de la Nada. *Clásicos*, de Horacio Molina. El Tata Cedrón. Tom Waits. Los caballeros de la Quema con sus dos incursiones en el mercado discográfico: *Manos vacías* y *Sangrando*. Dale aborigen, de Todos Tus Muertos.

12. *El Dorado*, *A la hora señalada*, *Duelo de titanes*, *La diligencia*, *Los imperdonables*, *Veracruz*, *Silverado*. Cuando veo esos westerns y hay en ellos cualquier cosa épica - como pistoleros muriendo valientemente- bueno, los ojos se me llenan de lágrimas.

13. El argumento es totalmente verdadero porque lo imaginé de cabo a rabo.

INTERCAMBIOS

REVISTA DE PSICOLOGIA Y CULTURA

DONIZETTI 527 (1407) BUENOS AIRES

INFORMES Y SUSCRIPCIONES: 683-3145

El Sr. y la Sra. Schwarz

POR PATRICIA SUÁREZ

Era el modo en que había llegado, el que habría desquiciado a cualquiera. Venía lentamente, por la ruta, bajo una lluvia interminable, la cabeza cubierta con un pañuelito de gasa a lunares verdes de una inutilidad absoluta, arrastrando la valija de cuero. Al paraguas lo perdió varios kilómetros atrás, se volvió sobre sí mismo, enloquecido, y salió dando tumbos, chapoteando en el barro, hasta enterrarse en una cuneta, fingiéndose una querida desmayada. Cuando el camión pasó, cortando la lluvia raudamente, ella intentó hacerle señas para que se detuviera y la levantara, la acercara a ese pueblo de techumbres rojas, cerca del horizonte; pero el conductor, entredormido, apenas si logró desviar el coche de su curso terrible, para no llevarse restos del cuerpo de ella, adheridos a las ruedas, camino a Buenos Aires.

Ella no se asustó ni se amedrentó, pegó patadas al vacío, en ese momento simbolizado por la lluvia, y le propinó golpes a la valija, unos cuantos, hasta que sintió el crujido de algo en su interior, como si un hueso se hubiera roto o hubiera despojado de astrágalo a la valija. Pensó cuál podría ser el astrágalo en cuestión, y concluyó que tal vez se trataba de un frasco de «Narcisos Negros». Advirtió que no le importaba, mientras se sonaba metódicamente la nariz, de un lado y de otro respectivamente, porque ya la gripe estaba ocurriendo en su organismo.

No la separaba demasiada distancia del pueblo, era sólo la lluvia que entorpecía su paso, la primera lluvia de marzo. Había venido a traer fresca unos días atrás, y loca de alegría, ella bailó en redondo en el centro del camino. Pero luego la lluvia continuó, como un rezo, atenaceándola por la carretera, embarrándose en las banquetas, azuzando a los cuises que cruzaban la ruta: pequeños terrones desprendidos de su lugar de pertenencia. Entonces sobrevino el castañeteo de los dientes, y algo como un espasmo de agujas y electricidad en el tuétano de los huesos. La lluvia le daba la sensación de ser un espectro, un ser tenebroso con pañuelo de gasa en la cabeza, a lo mejor, el pañuelo, de lejos, semejava una venda.

Entró en el pueblo sin darse cuenta de que el paisaje había cambiado, que ya no había sólo ruta y lluvia y más allá montañas; aunque la geografía, inmutable, brotara de improviso en la zona urbana (un chañar, una tuna, las montañas detrás de los tapiales).

A pocos metros de la ruta, sumido en la lluvia se leía el cartel: «HOTEL ANTIGUO BOSQUE DE VIENA», la pintura estaba resquebrajada, desteñida por tantos avatares del tiempo, tenía el aspecto de un nido abandonado en la última estación; debajo de él, se erguía altivo, en letra gótica: «REPOSTERIA ALEMANA. SCHWARZ E HIJA». Ella no dudó ni un instante, entró, de improviso, como una prófuga, su entrada, el golpe seco de la puerta, hizo temblar a las muñequitas alemanas en las vitrinas. No habría dentro más de tres mesas, todas en la penumbra. La luz azulada de la

heladera cargada de selvas negras y tortas de ricota y nuez, era la única iluminación del establecimiento. El Sr. Schwarz seguramente era el Sr. Schwarz, tan pulcro, tan recto, doblando el peso de sus años en las mangas de su chaqueta, arrollándolo en su lengua tozudamente germana- que venía de adentro de la casa, se detuvo, herido en su orgullo por la presencia de ella. (Ella era como un animal que se arrastra y deja su hilo de baba, certero, en el piso). Sin levantar la voz, el Sr. Schwarz llamó hacia la casa. La voz retumbó y se internó en una galería, una caverna, («mi reino y mi fortaleza», diría la Sra. Schwarz). Ella no comprendió lo que él pronunció. Vislumbró de ese gorjeo, palabras como TRAUM, WUNSCH, LIEBELEI, ELMA. Imaginó qué podría estar diciéndole a la Sra. Elma Schwarz, hablándole del amor. Entonces apareció la Sra. Schwarz, llena de luz en derredor. Cuando la vio, la Sra. Schwarz, juntó las manos, rió tímidamente y alzó los ojos al cielo. Tal vez se creía una madona. Se acercó a ella, y en su castellano pesado, a tropezones, le dijo, «Ud es igual a Mirna Loy». Ella sonrió, por cortesía, sin preguntarse quién podría ser Mirna Loy, dejándose mirar tenuemente por la Sra. Schwarz, Elma Schwarz. Esta dijo algo a su marido, obsecuente detrás de la heladera-mostrador. Ella percibió otra vez LIEBLING, STURM, UMRAT. El Sr. Schwarz sacó de la heladera un budín y lo sirvió en un delicado platito de porcelana. La Sra. Schwarz se lo alcanzó. Ella articuló «gracias», sin dejar de pensar cuánto hubiera preferido un simple tazón de café con leche y galletitas rococó. Comprobó



entonces que tenía ganas de un cospel y un llamado.

«Lástima que haya llegado tan tarde, Mirna. Porque puedo llamarla así, ¿no? Mirna, sí, Mirna. Si hubiera venido antes, sólo un ratito, hubiera oído la flauta de Fraulein Ida. Hace veinticinco años que toca el mismo lied de Schubert. No para un minuto. ¿Le gusta a usted Schubert, Mirna? ¿Sí? ¡Aah! Ella ha logrado prescindir hasta de la comida y del sueño con tal de seguir tocando Schubert con su flauta.»

El Sr. Schwarz la interrumpió en alemán, con algo como una interjección. La Sra. Schwarz le dio una orden y él trajo ropa negra de un desván. Olfía a rosa y a naftalina. Luego le dijo: «Póngasela, Frau Mirna. O va agarrar pulmonía.»

Ella la miró con desconfianza, pero la Sra. Schwarz se veía tan contenta que sintió pena de desairarla. Supuso que después, una vez que se hubiera puesto la ropa negra, podría pedirle que la dejara usar el teléfono. Se cambió en el baño para clientes, se reflejó pálida en el espejo en el que estaba escrito en gótica roja GUNDELSHEIN, tan abigarrado que parecía rojo de labio.

Cuando ella salió, de negro, -una blusa, un jumper hasta los tobillos, un bolsillo con los colores de Alemania- la Sra. Schwarz repitió el gesto del comienzo, las manos juntas, los ojos al cielo, un «joh!» se dibujó en su boca. El Sr. Schwarz

le trajo un vaso de té. Le dirigió una mirada desaprobatoria a la Sra. Schwarz y agregó una frase en alemán (la lengua se había cortado con gilletes, se deslizaba entre hojalata) de la que ella distinguió ELMA y una infinidad de síes y de noes. Ella se espejó en el fondo del vaso de té, entendió que la ropa que llevaba puesta era de luto. Entonces, por primera vez, el Sr. Schwarz le habló, «La lluvia no cesa desde hace una semana. Y el río, ya se está desbordando. El pueblo se fue a la montaña. Nosotros esperamos, acá, es más seguro.»

«Querría irme», replicó suavemente ella, imaginando el significado de las hojas de té dispuestas en forma de flor. «Oh, no, no, no, Frau Mirna. Se mojará», precisó la Sra. Schwarz. El Sr. Schwarz miró con odio a su mujer. Luego tomó a la chica del brazo, con fuerza y la sacó a la puerta del local. La Sra. Schwarz se desmoronaba en llantos e injurias angustiadas, en súplicas.

Caminó largo rato, bajo la lluvia otra vez, con la carne teñida del negro que liberaban las ropas. Se perdió, reencontró el camino, y todo era desierto y lluvia. Se resignó a no hallar un teléfono ni un cospel ni nada, se conformó susurrándose «Tal vez alguien piense en mí». Llegó al río, era un hervidero continuo, mas, debajo del murmullo y del repiqueteo metálico de la lluvia sobre el río, resplandecía la melodía de una flauta, «la música de Fraulein Ida», masculló para sí. Por un momento pensó en tirarse al río. Se preguntó qué sería más frío, ¿el agua o el corazón? Si se tirara al río, soñaría hasta ahogarse. Sólo se quedó allí, sobre una piedra, hasta que sobrevino la creciente de la montaña, arrastrando la vida a su paso.

Como no sabían su nombre, en su lápida figura bajo «Mirna Loy», según lo sugirió la Sra. Schwarz. El Sr. Schwarz hizo grabar en el bronce una frase de Rimbaud «Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales». Desde lejos, la música de Schubert emocionó a los pocos que se reunieron para hacer de séquito a la desconocida.

Identikit

- 1- Patricia Suárez entonces era mi novio. Yo decía
- 2- Rosario, Marzo de 1969. que los que nos atendían eran
- 3- Mmm nazis, pero, el que en ese enton-
- 4- Demasiados. Capote. Foto: PABLO ROMANO
- 5- Los que escribieron Marx, Freud y Dios.
- 6- Escribiendo una efectiva carta a los Reyes Magos, como a los 7 años.
- 7- Cuando ya no aguantaba más una idea en la cabeza. Con lápiz y papel.
- 8- Una novela, alguna vez.
- 9- Mejor no mencionarlos.
- 10- Lo ignoro.
- 11- Lo que escucho cuando estoy triste o cuando hace mucho frío: Jerry Lee Lewis, B. B. King, Janis Joplin, Elvis Presley.
- 12- El tesoro de Sierra Madre de Huston. Manhattan. París, Texas. Después de hora de Scorsese. El joven Frankenstein. Hiroshima mon amour.
- 13- En La Falda fui a una repos-



ces era mi novio me prohibió que insistiera con el tema hasta que nos termináramos de engullir el strudel -que por suerte pagó él. A los días apresaron a dos nazis en La Falda y yo siempre me pregunté si no se trataba de los reposteros

Bases Segundo Concurso de Narrativa V DE VIAN

1- Podrán participar todas las personas sin límite de edad. A excepción de:

a) Aquellas que hayan publicado narrativa en editoriales importantes.

b) Aquellas que hayan publicado en los dos primeros especiales ficción de V DE VIAN.

c) El ganador y los seleccionados en el Primer Concurso.

2- Para participar hay que enviar de tres a siete cuentos sin límite de extensión. Se deben enviar dos copias encarpetadas dentro de un sobre a **Concurso V de Vian, Salta 921, PB "E", 1071 Capital**. En la carpeta debe constar el nombre del autor y una dirección y un teléfono donde pueda ser ubicado.

3- No es necesario firmar con seudónimo pero quien lo desea puede hacerlo.

4- Pueden enviarse más de un juego de cuentos que participarán independientemente uno del otro.

5- El cierre de recepción de obras vence el lunes 5 de febrero de 1996.

6- Las copias enviadas no serán devueltas. Ni la revista ni los integrantes del jurado darán explicaciones de su elección si así lo desean.

7- La participación en este concurso es absolutamente gratuita. No debe enviarse dinero para ningún efecto. Tampoco se obligará a los seleccionados a comprar ejemplares de la revista ni habrá ningún tipo de pedido económico para la publicación de los cuentos.

8- Se seleccionarán entre ocho y diez cuentos de los cuales saldrá el Primer Premio que consiste en cien pesos, diez libros y la publicación del trabajo seleccionado. Los otros cuentos seleccionados ganarán un libro y la publicación del relato. A estos premios se podrán agregar otros más.

9- El jurado estará formado por integrantes de la revista y/o invitados cuyos nombres se darán a conocer oportunamente.

10- Los nombres de los seleccionados aparecerán en el número de abril de V DE VIAN.

11- Los relatos seleccionados se publicarán en fecha a determinar, muy probablemente en mayo o junio de 1996.

12- Mucha suerte.

El auto fantástico

POR EDUARDO MUSLIP

Abel vivía en Bahía Blanca, en un buen departamento de la zona céntrica. Era soltero, de treinta y cinco a cuarenta años, y ocupaba un alto cargo en la filial local de un banco importante. Como tenía relativamente pocos gastos, podía pagarse todos los años muy buenas vacaciones. A veces iba a Brasil, o a Estados Unidos, incluso había viajado una vez a Europa. Ese año modificaría sus costumbres: había decidido no salir del país, y recorrer el Sur por la zona que aún no conocía. Tomaría la ruta tres y cruzaría la Patagonia, pasando por los pueblos costeros: Viedma, San Antonio Oeste, Camarones, y otros. Lo esperaban dos mil kilómetros de desierto, y sabía que los pueblos que encontraría eran mínimos e impersonales, pero creía que era eso lo que necesitaba. Emprendería el camino de regreso al llegar a Río Gallegos; lo que no había resuelto aún era la ruta que usaría para volver.

Preparó el viaje con prolijidad. Mandó el auto al mecánico para que éste determinara, tras una revisión exhaustiva, si su ferrari oxímoron estaba en condiciones de emprender ese largo viaje. Ese año había comprado el peugeot lancia rojo óxido que había reemplazado al ford everest esmeralda que había comprado el año anterior para reemplazar al renault sierra crema con velocímetro digital que un tiempo antes había comprado. La revisión exhaustiva arrojó la necesidad de algunos carísimos ajustes sin importancia que decidió no efectuar; después de todo, el auto era un virtual cero kilómetro y no tenía por qué requerir ningún tipo de carísimos ajustes. Siempre había cuidado su automóvil; de hecho, lo usaba muy poco: sólo para viajar por motivos laborales a Puerto Belgrano, Médanos u otras ciudades cercanas; cuando debía ir a Buenos Aires compraba un boleto de ómnibus.

Partió de noche. Los primeros kilómetros de viaje fueron más placenteros que lo que había previsto. La oscuridad casi perfecta del exterior, el confort del interior, los puntos luminosos de colores del tablero de su mazda diez, lo hacían sentir en una especie de nave espacial que cruzaba el espacio inconmensurable; cada tanto, los faros de algún auto que iba en dirección contraria le recordaban estrellas fugaces, decididos asteroides sin destino, o naves que regresaban a la tierra desde alguna remota galaxia. Estaba perdido en los antiguos lugares del futuro en que había creído desde décadas atrás: en ellos, la Tierra era una esfera entre celeste y verde que podía ser abandonada y recordada con moderada nostalgia, y el progreso era pisar, o mirar desde una distancia prudente y con cierta indiferencia, planetas cada vez más distantes.

Todavía era noche cerrada cuando llegó a Viedma. Lo recibió el McDonald's más austral del mundo. Entró; allí tuvo su primera alucinación. En ese ámbito de radiantes luces blancas, sobre el aséptico, reluciente mostrador, vibraba un corazón rojo fluorescente.



Amanecía cuando ya había abandonado ese pueblo, y se dirigía hacia San Antonio Oeste. La grandiosa música de Genesis -el Genesis de Peter Gabriel, no el de Phil Collins- sonaba épicamente en el equipo de sonido de alta definición que el renault sinédoque traía incorporado. Allí Abel tuvo su mejor momento. Después intentaría prolongarlo escuchando los gloriosos Works de Emerson, Lake & Palmer.

El mapa indicaba que había una hostería entre Viedma y San Antonio Oeste; allí se detendría, y dormiría para seguir camino a la tarde. Le irritó descubrir que la hostería estaba mal indicada o que señalaba al edificio derruido que había superado media hora atrás.

Llegó a San Antonio Oeste al atardecer, con un cansancio atroz. No obstante, supo apreciar la imagen que el pueblo, a la distancia, ofrecía: un irrisorio conjunto de casas en la parte más baja de un inmenso valle socavado por la paciente e ineluctable acción del tiempo desde épocas remotas, sin duda anteriores al pleistoceno. Enormes estructuras tal vez calcáreas formaban figuras fantásticas; la luz horizontal de las siete creaba sombras inmensas, extrañas, inquietantes. Al fondo, se veía el mar, por primera vez desde que dejara Bahía Blanca, de un azul petróleo.

El pueblo parecía abandonado. El primer lugar en el que percibió cierto movimiento fue un local de videojuegos. Tenía una sed terrible; pidió dos fichas para la máquina expendedora de gaseosas. Unos chicos de camperas negras jugaban absortos frente a las pantallas; él sintió que estaba en una versión degradada de los locales del mismo tipo en Bahía. En ese ámbito tuvo una segunda alucinación. Observó los colores extraños con que las pantallas iluminaban los rostros pálidos. Los fantasmas plateados de una pantalla en la que se detuvo distraídamente tomaron el color de la piel iluminada de los chicos -roja, celeste, violácea-, y la forma de éstos; uno de los fantasmas pareció dirigirse hacia la salida, y se esfumó en el rectángulo blanco de la puerta.

Abel salió del local poco después que el fantasma. Siguió camino por la calle de acceso al pueblo; se detuvo en una estación de servicio y preguntó por una hostería. Había una a dos cuadras; dejó el auto en la estación para que lo revisaran, y se fue caminando hacia el lugar que le habían indicado.

Allí comió algo, y durmió por doce horas. Tuvo sueños terribles. Fantasmas de video cometían crímenes espantosos; una mujer bellísima, extendida en sillón de mimbre blanco, se transformaba en un pulpo violeta, que en un instante

agitado de tentáculos. En una playa totalmente paradisíaca, caminaba una pareja: atardecía y el sol se hundía en el mar. Veía las siluetas negras del contraluz de las personas, que caminaban tomadas de la mano, o besándose. Se acercaba a ellas y comprobaba que, efectivamente, no eran más que dos siluetas negras.

Se despertó con una jaqueca sin antecedentes. La luz de la mañana trascendía la apretada persiana. Bajó al bar y tomó un té y dos aspirinas, y la decisión de volver sin más trámite a Bahía Blanca. Fue a buscar el ford CD a la estación de servicio y lo dejó frente a la hostería.

Después volvió al cuarto y durmió una larga siesta sin perturbaciones. Cuando despertó, se sentía mucho mejor, y más decidido que antes a volver a su ciudad. Retornó al bar, pidió un té y un diario; le llevaron el té. Desde su lugar, podía ver su auto; percibió en éste un cambio. Era el peugeot high de siempre, pero había en él algo que lo inquietaba. Su mirada se dirigió hacia su entorno: muchas de las pocas mesas estaban ocupadas; se había detenido un micro y los viajeros habían bajado por un rato. Abel se distrajo con una mujer sentada en otra mesa. Era bellísima, de pelo oscuro, lacio, suave, tenue, ensortijado, brillante. La piel blanca, tersa, perfecta. Un aire de ausencia a pesar de que su presencia era insoslayable. El sol oblicuo entraba para iluminarla en su plenitud y menudear en su rubio pelo.

Abel buscó palabras que justificaran la posibilidad de acercarse a ella; cuando le habló, se sorprendió utilizando las palabras que había encontrado. Ella lo escuchaba y casi no intervenía; sólo lo interrumpió al percibir que los otros pasajeros ya volvían al ómnibus. La mujer viajaba hacia Bahía Blanca; él le ofreció llevarla en el auto. Ambos miraron hacia el exterior: el renault sendra cobre refulgió en la acera. Las maletas se desplazaron desde el micro mercedes benz verde tiza hacia el volvo scarlett.

Emprendieron el viaje de regreso casi al mismo tiempo que partía el micro. El mercedes benz blanco quedó rápidamente atrás, se transformó en un punto y luego nada en el horizonte trasero, reproducido con mayor nitidez por el espejo retrovisor de fibra óptica que por la mirada directa. Abel supo que debía poner una música ligera, distendida, que a la vez fuera huella de su formación musical: puso un CD del Pat Metheny Group.

Abel era feliz. Su corazón latía rítmicamente debajo de su camisa azul petróleo. Sin duda también ella era feliz, cuando él tuvo una tercera alucinación. Como consecuencia de ésta, realizó una maniobra irregular que llevó al auto a girar sobre sí dos o una vez y quedar con la zona de las ruedas hacia arriba. El sol brillaba en la dispersión de pequeños pedazos de vidrio que cubría la carretera.

Al despertar, lo primero que recibió Abel fue la luz del sol en la cara. Miró a su alrededor y vio su lancia pop en una posición inusual y sumamente lastimado. A unos veinte metros, inmóvil, estaba extendida ella. Empezó a sentir algo extraño en el aire, como una presencia opresiva y a la vez familiar; le llevó cierta concentración, y vencer el miedo que lo inmovilizaba, percibir que se trataba de la música del Pat Metheny Group, reproducida quién sabe cuántas veces por el resistente equipo de sonido de repetición automática del automóvil. Corrió a apagarlo, pero se desgarró con los vidrios rotos del borde de la ventana. Ayudado por sus dientes, rasgó un pedazo de su camisa escocesa y se lo ató en la mano herida. Después, se dirigió a ella. Notó que sólo estaba desmayada; consiguió despertarla. El accidente no parecía haberle producido heridas de importancia.

Sacaron, trabajosamente, las maletas del auto; poco después fueron recogidos por un camión que se dirigía a la ciudad. El chofer les informó que estaban a apenas dos kilómetros del acceso a Bahía Blanca. Llegaron a destino cansados y silenciosos.

Las primeras horas de Abel en su departamento fueron de quietud total: se extendió sobre la cama; suponía que conseguiría dormirse sin esfuerzo. Descubrió que, más allá del cansancio, no tenía sueño en absoluto, a pesar de que era la una de la mañana. Tampoco estaba tensionado; solamente había en él una ansiedad extraña; la imagen de ella ocupaba su imaginación de un modo total y sin embargo creciente. Quiso poner música pero no encontraba nada apropiado.

La llamó a la una y media. Lo atendió casi inmediatamente la voz inconfundible de la mujer. Comprobó que ella estaba en una situación muy similar a la de él: no tenía sueño, miraba de un modo perdido la ciudad desde su departamento piso diecisiete, procuraba interpretar la ansiedad que la sobrecogía.

El le dijo que iría a visitarla. Bajó a la calle, que estaba totalmente desierta. Caminaba en dirección a la casa de ella y, cada tanto, miraba hacia atrás, esperando ver algún taxi digno. Volaba por sobre las veredas oscuras: los hombres alados prefieren la noche. A los diez minutos, por fin pasó un chevette cumbre, después de dejar pasar un fiat 1500 picnic, un torino 74 family y un fiat 600 mar del plata. Llegó al edificio; lo dejó entrar la mirada neutra y soñolienta del hombre de seguridad. Ella le abrió la puerta del departamento. Las luces estaban apagadas; apenas entrevió la silueta negra del cuerpo de su amada definiéndose contra los ventanales desde los que se dominaba la ciudad y el cielo. Las luces estelares -predominantemente, las de la Vía Láctea- le recordaron la escena del accidente: el polvo de vidrio que brillaba quieto bajo el sol crudo del desierto. Se acercó a ella; allí, pálidamente iluminados por el cosmos, suave en la noche fluyó el amor y Abel poseyó por primera y última vez la imagen de la mujer.

En la quietud del cuarto resaltaban los números rojos del radiodespertador; marcaban las ocho. Su reloj pulsera indicaba la misma hora; aunque ya debía haber sol pleno, era aún noche cerrada. Un poco inquieto, trató de pensar dónde estaría el error, cuando el recuerdo de su renault vip destruido en la carretera lo hundió en una melancolía que no mitigó la fascinante imagen en negativo de la mujer sobre la sábanas claras de la cama.

Sigiloso, se vistió, salió del dormitorio, del departamento y del edificio. Tomó un taxi idéntico al que lo había llevado hacia el domicilio de la mujer, un siemens dark modem. Pensaba en la soledad de su automóvil deshecho y debió controlar las ganas de llorar. Cuando le dijo al taxista que quería salir de la ciudad, éste le informó que le cobraría el regreso; Abel hizo un gesto de indiferencia y volvió a sus cavilaciones.

El ford polímero brillaba en la oscuridad de la noche del desierto, cerca de otro automóvil, un taxi gordini loop. El taxista le preguntó si quería que se quedara esperándolo; Abel aceptó. Bajó del volkswagen bravo y se dirigió hacia las ruinas de su automóvil. No le agradó escuchar la música del Pat Metheny Group. Cuando miró hacia adentro, vio los dos cadáveres.

Se alejó, no muy espantado. Tal vez lo sorprendió encontrar a la mujer fumando tranquila o nerviosamente a un costado de la carretera. La luz lunar brillaba en la dispersión de pequeños pedazos de vidrio que cubría la carretera. Intentó hablar, ella se mantuvo en silencio; él odiaba cuando callaba porque estaba como ausente; era difícil verle el rostro en la oscuridad del desierto. Abel comentó que, a pesar de todo, debían agradecer el favor de la noche que habían pasado juntos; la mujer le dijo que no sabía nada de eso, que ella tenía que agradecer otra escena que no pensaba describirle. Abel señaló el taxi que estaba esperándolo y sugirió que podían compartirlo; la mujer, sin decirle nada, se puso de pie y se dirigió hacia el otro. Instantes después, los dos automóviles se dirigían hacia el sur, y fueron rápidamente dos puntos y luego nada.

(Ver Identikit y foto del autor en pág. 18)

Los rieles

POR RICARDO DANIEL VOCATURO

El hombre está parado mirando su sombra quebrada sobre la geografía del suelo gris, cruzado por las dos cintas de acero. Lo observo desde la ventana.

Se va a suicidar, pienso.

Está prolijamente vestido: un pantalón azul de buen corte, una remera de calidad, zapatos elegantes. Enciende un cigarrillo y tira el paquete vacío. No hay viento, el humo puede verse deshilachándose en el aire quieto. Me dan ganas de fumar, enciendo un cigarrillo. El hombre permanece con la vista fija en su sombra, o tal vez en el brillo de los rieles. Las barreras del cruce están abiertas, los autos pasan sin dudar, también la gente.

El mes pasado, allí mismo, el tren atropelló a una mujer. Dicen que era jubilada y sufría mucho. "Se suicidó la vieja", dijo alguien del grupo de curiosos que se arremolinaron para ver el desparramo de vísceras y sangre. Me fui, recuerdo, con la imagen de un bombero joven, indiferente, trayendo un brazo que tiró dentro de esas bolsas negras en las que juntan los restos.

Al otro día busqué en el diario. Encontré otros: una mujer que se había tirado a las vías porque el novio la abandonó, un jubilado vencido por la soledad y la miseria, alguien que cruzó distraído y distraídamente se fue para la tranquilidad de la nada. Este no estaba. Tampoco en otro diario que leí. No me preocupé más, muere tanta gente.

Es raro... ya debería haber pasado algún tren. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? Sigue allí. Terminó el cigarrillo. No tiene más cigarrillos, supongo que ya no le importa, aunque... si espera el último tren. Miro mi paquete, casi lleno; miro al hombre, casi un muerto. Camino hacia la puerta y salgo.

Presiono el botón del ascensor. Alguien, abajo, forcejea con un carrito de esos que se usan para hacer las compras. Espero un momento y finalmente bajo por la escalera. Al llegar a planta baja ayudo a una señora que no ha podido vencer el espacio que queda entre el ascensor y la pared con su carrito de ruedas diseñadas para caer exactamente en esos sitios y atascarse en el preciso momento en que alguien como

yo necesita un ascensor. Me agradece, contesto que no es nada y salgo a la calle.

Afuera la luz es tan fuerte como la de arriba pero distinta. Un tren, detenido, ocupa el espacio de mi vista. La gente corre hacia el cruce y por las ventanillas asoman, como racimos de uvas, algunas cabezas.

Se tiró. Doy media vuelta y regreso por donde vine.

En la penumbra del hall presiono el botón del ascensor pero no viene. Puedo oír a la señora que, en algún piso, forcejea con su carrito. Espero mientras enciendo un cigarrillo, ya no tengo apuro. Ahora sí, escucho, logré pasar el abismo y está cerrando las puertas. Mi pulgar aplasta el botón y mientras el ascensor desciende pongo un dedo en la luz roja que hace traslúcida la carne y transparente el hueso, hace veinte años que hago lo mismo.

Mientras subo voy mirando los numeritos de los pisos, mal pintados en el cemento sucio. Bajo del ascensor, cierro las puertas y entro en el departamento. Voy directamente a la cocina y pongo la pava en el fuego. Espero que se caliente el agua y cambio la yerba, que uso sin palo, me da mejor resultado. Apago el agua antes de que hierva, como dice el manual de la calle. Enciendo otro cigarrillo y camino, con la pava y el mate, hacia la ventana. La planta que está sobre la mesa luce triste, hace tiempo que no la riego.

Miro hacia el cruce. Alrededor del tren hay una multitud. El agua está un poco caliente, no siempre logro la temperatura ideal para tomar mate, algunos consiguen el punto justo. La luz parece más fuerte aquí arriba, me obliga a entrecerrar los ojos. La bombilla se tapa, me enferma tomar mate con la bombilla tapada, ¿cómo era ese asunto para sacarle el polvillo?, después le pregunto al portero.

Alguien tendría que pensar en solucionar ese espacio que queda entre el ascensor y el piso, ahora siento que tengo un cigarrillo de más.

Mañana voy a comprar los diarios, también una nueva bombilla.

Lejos, viniendo, aúlla la sirena de los bomberos.

Foto: LUCÍA VASSALLO



mañana, muy temprano, me gusta sentarme frente a la PC un par de horas.

8- Escribir de todo. Especialmente cuento y apuntar a la novela.

9- Algunos.

10- El asesinato de Kennedy, Los Beatles, La Banda "Peronista" anterior al Proceso, el Proceso. El Tacho So-moza. El Flower Power. El Che Guevara. Lo actual, siniestro y mentiroso, lo que vendrá.

11- Tapestry de Carol King, El lado oscuro de la luna, Pink Floyd. Michael Gettel. El recopilado de Sumo. Todo lo que hace Fito Paez, incluso lo que hace mal.

12- Amarcord. Providencia. El Inquilino (Polansky). Alien. La mosca. The Wall. Un

hombre llamado caballo. Recientemente, Pulp Fiction.

13- En una libreta de notas y luego pasado a PC y corregido, corregido, corregido...

PRIMER LIBRO, ÚLTIMOS RITOS

Novelistas noveles

POR CAROLINA SITNISKY Y ALMA RODRÍGUEZ

Mariana Enríquez, Marcelo Damiani y Luciano Castro: tres novelistas que publicaron su primer libro este año. Tres entrevistas para conocer qué piensan y qué escriben los narradores debutantes en un año de tan pocos debuts.

Mariana

POR C. S.

A los 21 años, Mariana Enríquez ya tiene publicada su primera novela, **Bajar es lo peor** y es una desocupada más que busca trabajo mientras continúa con sus estudios en la carrera de Comunicación Social.

Estudios: "Yo sabía que quería escribir pero no sabía hacia dónde orientarme. Me metí en Letras y no me gustó porque era todo demasiado desde un pedestal: «esta es la buena literatura y esta es la mala». Yo levantaba la mano y decía «yo adoro a Ann Rice» y era considerado un pecado. Y después todo el rollo de lingüística y análisis del lenguaje que me hinchó los huevos y dije «no». Hice medio año y me fui. Me metí en Comunicación."

Música: "Escucho rock. Sobre todo las bandas nuevas. También escucho Tom Waits, Lou Reed, Velvet Underground en las épocas de paz y en las épocas de mucho lío escucho Megadeth, Hardcore, de todo."

Cine: "Mi mundo privado de Gus Van Sant. La ley de la calle de Coppola. Taxi Driver de Scorsese. Drácula de Bram Stoker y Excalibur de John Boorman. Adoro al rey Arturo. El cuervo con Brandon Lee. No sé si es buena. Pero el cómic es impresionante y él es muy bello."

Hombres: "Los bellos. Ian Asbury, el cantante de The Cult. Que es muy parecido a Facundo [uno de los personajes de su novela]. En el '86. David Navarro, el guitarrista de los Red Hot Chili Peppers y ex- Jane's Addiction. Gabriel Byrne, Daniel Day Lewis. Keanu Reeves, Brad Pitt en Entrevista con un Vampiro y River Phoenix, desde que era niña."

Últimas lecturas: "Leí el libro de Juan Forn, Frivolidad, de onda, porque él lo estaba terminando cuando yo empecé a laburar con el mío. Me gustó bastante. Porque lo conozco me cuesta discernir cuánto me gusta el libro. Me

gusta y mucho Andrés Rivera. Y las tres novelas de Sabato, Bioy Casares."

Otras lecturas: "En este momento estoy leyendo a Mishima. Necesito leer todos sus libros. También se me dio por esa literatura medio épica tipo Tolkien y esas cosas. Me gusta mucho Paul Auster, me parece que escribe historias de folletín y eso me encanta. De niña me gustaba García Márquez. No es que ahora no me guste. Pero ya está. Como Cortázar. Fue el ataque de los 15 años. Benedetti sólo en los posters."

Los más amados: "Siempre estoy leyendo algo de Henry Miller. Y los rusos, no nos olvidemos de la etapa de los rusos en papel biblia, en los tomos de 600 páginas: Crimen y castigo, Los Demonios y Ana Karenina."

- ¿Cómo fue publicar tu primera novela?

- No me doy mucha cuenta todavía.

- ¿La tenías escrita hace mucho?

- Sí. Hace como dos años. Pero no la quería mostrar.

- ¿Y cómo se te ocurrió mostrarla?

- Fue idea de una amiga mía que lo leyó y me dijo «se lo voy a llevar a la gente de Lanata y se lo voy a llevar a Juan Forn a ver qué le parece». Me llamaron y me dijeron «¿querés publicar?».

- ¿Cómo fue la recepción del libro en la editorial? ¿Te hicieron muchas sugerencias de cambio?

- Sí. Algunas las aceptaba y otras no. Yo tenía mucho miedo. Fui con muchos prejuicios a la editorial. Tenía miedo de que en muchas partes trataran de subir el tono para bueno, hacer un poco de escándalo. O bajárselo. Pero no. Lo que hubo fue más sugerencias para profundizar ciertos personajes y no hacer cosas demasiado obvias. Fue muy piola laburar con ellos. Yo iba cagada hasta las patas, pero estuvo todo muy bueno.

- ¿Cómo nació la historia?

- Empezó como un cuento de terror. Donde había tres seres que lo perseguían a Narval y listo. Ese era el cuento. Y cuando leí la cita de Neruda se me



ocurrió que estos seres no fueran de otro mundo, sino que fueran especies de alucinaciones o un mundo paralelo o algo así, para darle más lugar a algo más ambiguo. Ahí empezó a salir todo. El personaje de Facundo aparece como un amigo de Narval, periférico, heterosexual que no tenía nada que ver. Y de pronto cuando lo fui escribiendo y vi los diálogos entre ellos, la relación entre ellos, me di cuenta «uy, estos dos chicos» dan para más. Después los otros personajes fueron para contener la historia. Para que no me queden dos personajes solos. Al principio no la pensaba como novela. Iba creciendo. Me di cuenta que el cuento tenía 50 páginas. Y dije bueno «parece que esto da para largo» y le fui poniendo cosas más, particulares, que me interesan: mucha estética de rock and roll, el personaje de Facundo que es una cosa hermosa que fue parte de toda una locura que tuve en la adolescencia con los románticos ingleses, de leer a Lord Byron, a Shelley o a los malditos: Rimbaud, Lautremont.

- El comienzo y el final estaban unidos por Narval.

- Sí. Ese fue el eje. Después vinieron los otros, como colación.

- ¿Y Carolina?

- Carolina es una mezcla de todas mis amigas rejuntables. Es la más real. Y fue como un cable a tierra para escribir todo el libro. Quizás los otros personajes se me iban un poco de las manos. Tanto Narval como Facundo. Porque vos no creés que vas a encontrarte con esos tipos por la calle. En cambio puede ser que te encuentres con muchas Carolinas.

- ¿Cómo se construyó el mapa de la novela?

- Yo no vivo acá, vivo en La Plata. Y a mí me gusta Buenos Aires. Pero la conozco así, por divisiones geográficas. Fui muchas veces a bailar a Flores, y fui muchas veces a pasear al puerto. También tengo una visión muy mítica de la ciudad. Cae la noche en Buenos Aires y me encanta. Siempre me pareció como muchas ciudades metidas en una. Como que cruzás de un lugar a otro y estás en otra historia. Por eso quizás situé en el puerto unas partes muy importantes, las más fuertes y todas las partes más alegres las ubiqué en Flores, por todos los boliches...

- ¿Cómo o en qué te ayudaron los editores en cuanto a la línea de estilo? ¿Cómo lo sentís ahora que estás escribiendo de vuelta?

- A mí me ayudó un montón, sobre todo por el hecho de saber ubicar las cosas. Yo por ahí hacía un diálogo muy extenso tratando de explicar demasiado una situación que quizás si lo reducía un poco, ponía menos cosas y cosas más significativas, era mejor. Quizás todo eso tiene que ver con la inseguridad que vos tenés de que se entienda lo que estás queriendo decir. Yo me extendía demasiado en explicaciones. Tuve un gran lío con el tema del punto de vista. Había partes de Facundo en primera persona. Era totalmente contraproducente. Era «ya comprendimos». Parecía que me estaba tratando a mí de tonta al escribirlo y al que lo iba a leer también. Me sirvió también para pensar. Porque yo escribo a mano. Sólo escribo en computadora para pasar en limpio y llevárselo a los editores. A máquina me equivoco todo el tiempo y soy un desastre. Entonces escribo a mano, así puedo tachar, hacer flechas. Me entiendo más en los cuadernitos. Me acuerdo una vez que llevé las cosas en bruto y Juan me dijo «fijate lo que pusiste acá», yo leía «Armenáriz se ató los mocasines». Los mocasines no tienen cordones. Y muchas cosas así como «la maravillosa noche» y «el maravilloso coso». Sea que pensar cada renglón. Aunque sea después. Escribir primero y después releerlo.

- Tu libro apareció en la colec-

ción que Jorge Lanata dirigía en Espasa Calpe...

- Yo iba a publicar con Juan Forn para Biblioteca del Sur. Después hubo un quilombo. No sé qué sucedió en Planeta. Entonces mi libro y unos cuantos quedaron ahí en el medio. Por ejemplo, hubo gente que se fue antes, como son los casos de Fresán o de Paula Pérez que se fueron para Tusquets. Entonces yo fui a parar a la colección de Lanata que necesitaba un par de libros fuertes.

- ¿Vos consideras a tu libro 'fuerte'?

- Cuando lo estaba haciendo, cuando lo estaba escribiendo, no. Pero después cuando la gente lo leía y decía: Ahhhhh!!!! (con tono de horror). Yo lo escribí a los 17 y no me parecía fuerte. Tampoco había pensado en mostrarlo. No pensaba en los demás y para mí no era fuerte. Con los comentarios de la gente me di cuenta de que llamaba la atención por mi edad. Porque por ahí un señor de 40 escribe un libro así y nada.

Luciano y Marcelo

POR A. R.

Publicar la primera novela debe ser algo así como perder la «virginidad literaria» (o por lo menos recuperarla en otro espacio). A Cortázar todo esto le valió el desprecio de la editorial Losada y a Proust, nada menos que la «vuelta de cara» de André Gide.

Luciano Castro y Marcelo Damiani son dos casos dignos de admiración en estos tiempos en los que publicar cuesta más que recuperar algún dote perdido. Los dos jóvenes novelistas nacidos en el '69 accedieron a perder otro tipo de gracia que traían consigo y se dejaron hacer el primer reportaje como escritores.

Luciano Castro nació en Buenos Aires en 1969 en la bien portada esquina de Canning y Santa Fe. Su primera infancia transcurrió en el barrio de San Telmo pero pronto se mudó a Almagro y desde entonces no se mueve de su barrio. Egresado del Nacional Buenos Aires, su derrotero estudiantil posteriores bastante variado: CBC para Química, cine, Letras, periodismo en el TEA... Con la publicación de *Las páginas del enano*, Luciano parece haber encontrado el oficio que mejor juega y más le gusta: el de escritor.

- ¿Qué lees?

- Leí mucho policial, Borges. Ahora, cada vez que sale un libro de Stephen King religiosamente lo compro y lo leo

- ¿Ahora que estás leyendo?

- Acabo de terminar la novela de Marcelo Damiani, *Adiós, pequeña*.

- ¿Lees poesía?

- Poco. Me gustan Poe, Blake y puedo recitar Cicerón en latín...

- ¿Que cine te gusta?

- Películas de acción, Schwarzenegger, las películas de Cronenberg y Carpenter.

- ¿Qué escuchás?

- Rock and roll. Sex Pistols, The Clash. Bandas argentinas: Demonios de Tasmania, Dos de diez. Bastante blues...

- ¿Quién lee lo que escribís?

- Mientras lo escribo, nadie; cuando lo termino, todos.

- ¿A quién le diste la novela para leer?

- A uno de los primeros fue Luis Thonis, a una amiga, a mi hermano...

- ¿Cuánto hace que la escribiste?

- Hace tres años aproximadamente que la empecé a escribir y hará dos años que la terminé.

- ¿Hace mucho que escribís?

- Sí, desde los dieciséis años...

- Antes de *Las páginas del enano*, ¿qué escribías?

- Prosa corta, algo de poesía, algún cuento feo, muy feo... De vez en cuando me acuerdo de algún poema de aquellos y lo rescato para la novela que estoy escribiendo ahora.

- ¿Te acordás cómo fue tu inicio en la escritura?

- Sí, a los dieciséis años había una chica a la que me quería levantar, entonces decidí escribirle poemas y enviárselos con la firma atrofiada...

- ¿Seudónimo?

- No... Jeroglíficos



- ¿Ella lo descifró?

- No, yo se lo dije...

- ¿Y después?

- Después seguí escribiendo en el sur cada vez que me iba para allá o en revistas del colegio secundario en las que se planeaba publicar el suplemento «Lucho de Verano» y que, como salía en verano, nunca se publicaba porque todo el mundo se iba de Buenos Aires

- ¿Dónde escribís?

- Por lo general en mi casa y a veces en bares. En mi casa porque ahí está la computadora pero también escribo mucho a mano; el final de esta novela, por ejemplo, lo escribí a mano.

- ¿Cuáles son tus bares preferidos?

- Yogui y Don Antonio, los dos están en Almagro.

- ¿Cómo surgió la historia de *Las páginas del enano*?

- La historia se me fue ocurriendo de a poco. En un momento me encuentro con que tengo un mamotreto de ciento cincuenta páginas y es ahí cuando surge esto de darle un orden por días. El tema de los interludios como pausas sí fue absolutamente premeditado. A mí las cosas se me van ocurriendo de manera muy fragmentaria y de hecho ésta es la estructura que le estoy dando a la novela que estoy escribiendo ahora...

- ¿La corregiste muchas veces?

- Sí, y una corrección se perdió en los vericuetos informáticos...

- ¿Cómo fue el tema de la publicación?

- Yo ya la había terminado hacía aproximadamente un año y medio y un día se la di a Luis Thonis para que la leyera. Fue él quien se la hizo llegar al editor.

- ¿Qué estás escribiendo ahora?

- Estoy escribiendo una novela que se va a llamar *Quemando gente feliz* que, en principio, era el nombre de uno de los capítulos. La novela va a estar dividida en capítulos y cada uno va a tener el nombre de un whisky: Chivas, Jack Daniels, Jim Beam, Glenlivet, Grenfidch, etc...

Marcelo Damiani nació en la ciudad de Córdoba en 1969 y vive en Buenos Aires desde 1981. En algún momento de su vida estudió cine y actualmente cursa (o dice cursar) las carreras de Letras y de Artes, simultáneamente. Pasó por algunos talleres de donde siempre se fue peleado con sus profesores. *Adiós, pequeña* es el título de su primera novela.

- ¿Hace cuánto que escribis?

- Escribo desde los cuatro o cinco años, si no me equivoco.

- ¿Qué fue lo primero que escribiste?

- Mi mamá me mima.

- ¿Qué fue lo primero que publicaste?

- Una vez, en un taller al que yo iba, hicieron una publicación clandestina de un cuento mío muy malo que realmente quiero olvidar...

- ¿Cómo se llamaba?

- No recuerdo, lo olvidé...

- ¿Escribís poesía?

- Ocasionalmente. En mi segundo

libro, que está casi terminado, hay algo que algunos podrían denominar poemas.

- ¿Ya tenés el título?

- Hay dos títulos posibles. Uno es *El guionista* y el otro es *El último guionista*.

- ¿Dónde escribís?

- Por lo general, sobre papel. También lo hago en mi casa o en bares.

- ¿Qué bares preferís?

- Uno de mis bares preferidos es el Petit Bar que queda cerca de mi casa, en

Constituyentes y Núñez o, si no, algún que otro bar en Belgrano, preferentemente en la zona de Cabildo entre Jaramento y Monroe.

- ¿Qué llevás en tu mochila?

- En mi mochila llevo un montón de cosas que no se pueden contar, pero entre las que sí se pueden contar siempre llevo un par de ejemplares de *V DE VIAN* (en este caso el último número y el especial ficción número tres, uno de mis favoritos), la revista *Film*, papel y lápiz por si me dan ganas de escribir algo, algún libro que estoy leyendo (por ejemplo *El sistema de huida de la cucaracha* de Gonzalo Carranza), un libro que voy a regalar (*Pamela* de Juan Perucho), siempre llevo alguna película, hoy: *Por un puñado de dólares* de Sergio Leone, uno de mis directores favoritos. Ah y llevo un ejemplar de *Las páginas del enano* de Luciano Castro.

- ¿Cuánto hace que empezaste a escribir tu novela?

- La empecé a escribir en 1987 y la terminé en 1993...

- ¿Cuántas veces la corregiste?

- Más de las que recuerdo.

- ¿Cómo llegás a publicarla?

- La novela estaba lista desde 1993 y pasó por muchas editoriales -casi todas- y a la mayoría fue con las páginas pegadas y volvió con las páginas pegadas. Otras no la devolvieron y otras no la aceptaron.

- ¿Quiénes no la leyeron?

- Entre los que no la leyeron estuvieron Emecé, Sudamericana, Ada Korn, Alfaguara... Después de todas esas decepciones desencadenadas, entre las cuales se incluyeron -como bien dice Alan Moon en el prólogo de mi novela- algunas editoriales extranjeras que por lo menos se dignaron a leerla, apareció Carlos Dámaso Martínez quien había



publicado en 1993 su novela, *La frontera más secreta*, en la editorial *Paradiso*. El me recomendó, fui, les llevé la novela, les gustó...

- ¿Cómo lo conociste a Alan Moon? (Alan Moon es el prologoista de *Adiós, pequeña*)

- Es difícil de explicar. Alan Moon es un amigo de la infancia -fuimos juntos al colegio- que tiene mi misma edad y antepasados escoceses. Es profesor de inglés y un skater exhu-

mado. Para decirlo de alguna manera, mientras él andaba por las rampas de la vida, yo andaba por los trebojes del ajedrez...

- ¿Por qué el título «chandlereano»? ¿Hubo otros posibles?

- Una primera versión tenía un título muy feo: *A Leteo* que quería jugar con el sentido del río y del aleteo de un ave. A partir de una segunda versión ya se empezó a llamar *Adiós, pequeña* en homenaje a Raymond Chandler, una mezcla de *El largo adiós*, *Adiós muñeca* y *La hermana pequeña*. Los títulos alternativos eran *Adiós, nena*; *Chau, piba*; *Chau, pebeta*; *La despedida*...

- ¿A partir de qué ámbito geográfico imaginaste la isla de la historia?

- Hay una acotación de Gonzalo Carranza que me parece muy acertada que es que para él la isla es como si fuera Cuba sin revolución. La idea de la isla fue algo que resumió las impresiones que tengo con respecto a Buenos Aires, Córdoba y Mar del Plata. Una suerte de condensación de esas ciudades. Así nació la idea de no anclar la historia en ningún punto geográfico determinado lo que a su vez da ciertas ventajas. Obviamente están de por medio las influencias de Faulkner y de Saer...

- ¿Quién fue el primero que leyó tu novela?

A medida que la fui escribiendo la fui dando a leer. Probablemente el primero que la haya leído fue Alan Moon.

- ¿Qué fue lo último que escribiste?

El texto final de mi segunda novela, cuyo posible título ya mencioné, y escribí un par de cuentos que creo que voy a tirar...

FOTOS: DIANA ARBISER

Novelas

V de Vian 41

DOUGLAS COUPLAND

VIDA DESPUÉS DE MICROSOFT

POR BELÉN GACHE



Douglas Coupland nació en 1961 en Alemania, en una base canadiense de la OTAN. Creció en Canadá, donde vive actualmente. Su nombre está indisolublemente ligado a Generación X, libro publicado en 1991. Ediciones B publicó también su segunda novela, Planeta Champú, y anuncia para el próximo otoño la aparición de su esperado tercer libro: Vida después de Dios. Presentamos una nota que analiza su obra y que aclara algunas confusiones corrientes alrededor de la figura de Coupland.

sobreeducadas y subocupadas", que se mueven en un territorio de escasez, falta de esperanzas, exigüos ingresos y ocupaciones tem-

porarias.

Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre los que realmente leyeron a Coupland y los que sólo oyeron hablar de sus obras. Coupland nunca dejó de quejarse de la estereotipación a la que se vio expuesta su novela al caer en manos de "los descubridores de tendencias", que generalizaron la maneras de comportarse de los personajes como si éstas fueran propias de toda una generación. Generación X fue el típico caso de un libro apropiado por los medios y el discurso publicitario; fue utilizado como arma de ventas y parodiado hasta la estupidez.

El universo de Coupland

Los libros de Coupland reflejan un mundo caracterizado por la falta de ambiciones y sueños. Sus personajes se

presentan dentro de pequeños, limitados universos cotidianos, rodeados por sus padres, hermanos, compañeros de trabajo. Las tramas se desarrollan contra un fondo de referencias generacionales que van desde el Unplugged de Nirvana hasta las teorías de Stephen Hawking, desde el merchandising de Jurassic Park hasta la Pepsi Cristal, desde los traficópteros hasta las diferentes generaciones de juegos electrónicos: la era del Pong, los Atari, los Sega de la era Reagan y la era Multimedia en los '90. Las múltiples citas al marco cultural contemporáneo -recordar la tabla de elementos periódicos incluida en Planeta Champú, en la que se listan una serie de palabras asociadas a los años '90, como Prozac, Japón, Video, Fax, Anorexia, Cajero Automático, Virus, Base de datos, Esteroides, Inteligencia Artificial, Seattle, Compact Disc, Lycra, Agujero Negro, Código de Barras, etc. o los poemas en Microserfs: CNN, LensCrafters, tarjeta de identificación magnética, noodles instantáneos, dodecaedro- son manejadas por el autor como parte de su poética, en tanto constitutivos de discursos que, como él dice, "no tienen que ver con una edad

cronológica específica, sino más bien con una manera de ver el mundo."

Mundo que, por otra parte, parece existir en las obras de Coupland en medio de la continua tensión entre dos pares de opuestos básicos: la visión de un universo como espacio cerrado, asfixiante, una burbuja con todo lazo exterior cortado, contrapuesta a la de un universo homogéneo e ilimitado -el de los no lugares de Marc Augé, donde todos van al mismo tipo de centro comercial, comen en los mismos fastfoods, se visten en los mismos negocios - y el de una visión que oscila entre el optimismo y el Apocalipsis.

Otro aspecto de la poética de Coupland son los paisajes californianos. El escritor no oculta su obsesión por la costa oeste de los Estados Unidos, en especial la zona que va desde el Silicon Valley hasta Los Ángeles, lugar en donde se mezclan las palmeras, los cielos inmensos, los antológicos embotellamientos de tránsito en las autopistas, la cultura de las estrellas, los ricos y los famosos junto al smog y la pobreza más amarga. Según su opinión, éste es el lugar donde "nuevas ideas y nuevas culturas están siendo generadas".

Los Angeles marcianos

Las historias de Coupland tienen lugar en este marco, en donde se jerarquiza el aspecto industrial de la zona, como en la irónica descripción que hace Tyler del Silicon Valley, en Planeta Champú: "los brillantes edificios color turquesa del Oeste, los trabajadores en vaqueros, los bebés aprendiendo japonés en las guarderías de la empresa, el Nuevo Orden: software, reactores y submarinos, vacunas y películas de violencia", o la descripción del aspecto decadente de Palo Alto, en Microserfs: "Palo Alto es suburbio semifuturista, como los de las películas de ciencia ficción de los '70 protagonizadas por Charlton Heston, en donde se diseñan toneladas de poderosa y amenazante basura dentro de los parques científicos, parques cuyos edificios parecen limpias cajitas, construidas sobre un pasto que nunca conoció los machucones del fútbol", o la visión de la base aérea de Palmdale, en Los Ángeles, con "sus casas que parecen caídas en un desierto como el de Marte".

Recursos utilizados corrientemente por Coupland son la inclusión de dibujos, imágenes de cómics -resemantizadas a la manera de los cuadros de Roy Lichtenstein-, mapas, listas de estadísticas, slogans, etc. en un afán de abrir los márgenes del texto a lo que podría leerse como una proclama protohipertextual, y los finales de tendencia

apocalíptica, tendencia que lleva al extremo en el cuento "Dead Speak" -Conversación de Muertos-, del libro Life after God, serie de historias contadas por personas fallecidas en catástrofes.

En busca del dios perdido

Luego de Generación X, novela que cuenta la historia de tres personajes en sus tardíos veintes, que deciden alejarse de la sociedad y se refugian en Palm Springs, al borde del desierto, en donde subsisten en sus monótonos empleos sin porvenir, Coupland publicó en 1992 Planeta Champú, cuyos protagonistas tienen, en cambio, un promedio de edad de veinte años y en la cual el desencanto y la falta de ambición de la novela anterior son reemplazados por la visión de Tyler, el protagonista principal, que ansía como las cosas más importantes que pueda lograr en esta vida conseguir un empleo en Bechtol -una empresa de Seattle a la que su madre hippie lanzaba de joven bombas molotov por construir sistemas de radares militares y contaminar la región con productos químicos- y mantener su pelo bien cuidado. Los protagonistas de Planeta Champú no sólo están adaptados a la sociedad que los rodea sino que se sienten "afortunados de vivir en esta época", adoran el centro comercial semiabandonado de la ciudad en que viven, los salones de juego, las comidas rápidas, y se enfrentan a un futuro que conciben como "cada vez más brillante y fabuloso".

En 1995, Coupland publicó dos libros más: los cuentos editados bajo el título Life after God -La vida después de Dios- y la novela Microserfs.

A pesar de haber sido promocionado como vocero de una generación para la cual el mundo perdió todo sentido, Coupland se presenta en cambio nostálgico y hasta incluso constructivo. Más allá de la diferencia clásica entre los '90 y los acelerados, fulgurantes y prósperos '80 retratados en los libros de Easton Ellis, Coupland se diferencia en que el lenguaje maligno y rápido de Ellis es reemplazado por un lenguaje sentimental, en donde adquiere primer plano el papel que juega la memoria, las cosas que quedan y las que se pierden con paso del tiempo, incluso llegando a extremos ontológicos, como cuando en el cuento "Life after good" se plantea la necesidad última de volver a tener un Dios. Por eso, a pesar de que títulos como Life after God sugieren más bien un nihilismo más allá de todo, al mejor estilo Menos que cero de Easton Ellis, en cambio nos encontramos con un discurso nostálgico, que necesita y busca al Dios perdido.

Microserfs

"Mi nombre es danielu@microsoft.com. Si mi vida fuera un juego de Jeopardy! mis siete categorías de sueño serían:

- Los productos Tandy
- La televisión chatarra de fines de los '70 y principios de los '80
- La historia de la compañía Apple
- Las ansiedades que generan las carreras
- Los periódicos populares ilustrados
- La vida de las plantas del Noroeste del Pacífico
- La gelatina 1-2-3"

se presenta Dan, el protagonista de Microserfs, un "bug chequer" -aquel que controla los posibles errores que pueden surgir al utilizar un programa- empleado en Microsoft, cuyo universo consiste en su casa -una casa grupal que comparte con otros cinco empleados de Microsoft -, su lugar de trabajo -el Edificio 7 en el Campus de Microsoft y que queda a siete minutos de auto de la casa- y Costco -el hipermercado donde se provee.

El título del libro, Microserfs, es una combinación de palabras entre Microsoft y serf, literalmente, siervo: persona que en el sistema feudal trabajaba para el señor feudal. Los personajes, un grupo de empleados de la compañía, se dan cuenta de que no tienen una vida propia, pero tratan, a pesar de todo, de tener algo parecido a una vida, inmersos en la "cultura geek" de alta tecnología de los '90. "...en el trabajo, te pasás la vida entera revisando líneas de códigos y testeando bugs, ¿y qué otra cosa se supone que uno haga? Trabajar, dormir, trabajar, dormir, trabajar, dormir." El aislamiento y las limitaciones de este tipo de vida lo llevan a Dan a comparar al campus de Microsoft con la Biosphere 2, aquel experimento en el que se había metido a un grupo de personas en un lugar sellado, en el cual se suponía que debían sobrevivir, autoabasteciéndose.

Editada con inserciones de poemas realizados con palabras tomadas del dialecto de computación, juegos de tipografías, cuts y pastes, utilización de textos enteros escritos con números binarios, con ausencia de vocales o ausencia de consonantes, o realizados mediante la utilización del "Prince Emulator" -programa pensado especialmente para que todo texto parezca un título de las canciones de Prince- Microserfs es una novela hija de los tiempos, tiempos en los que, según Coupland, "pronto habremos creado una metáfora en computación de cada una de las cosas que existen en el mundo real."

B.G.

LIBRO SANGRANTE

POR SILVINA ROUVIER

«La más bella novela de todos los tiempos» según Oscar Wilde, Drácula de Bram Stoker es un mito literario que alcanzó la universalidad. Stoker descubrió, a partir de tradiciones orales, al verdadero Drácula del siglo XV y lo unió a las leyendas que existían de un vampiro en la región de Transilvania. Historia de un conde a mitad de camino entre la historia y la ficción que continúa asustando y seduciendo como hace un siglo.

« ¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

No obstante, en cuanto traspasé el umbral, se adelantó impusivamente hacia mí y, tendiéndome la mano, apretó la mía con tal fuerza que me hizo estremecer de dolor, sensación que no disminuyó por el hecho de que estuviera tan fría como el hielo y más bien pareciera la mano de un muerto.»

De manera tan inquietante, el conde Drácula aparece por primera vez en la novela de Bram Stoker publicada en 1897 y celebrada entonces por Oscar Wilde como «la más bella novela de todos los tiempos.» A lo largo de este siglo, el mito literario tomó dimensión universal; señal de diversas tensiones permanentes de la condición humana: el miedo a la muerte, la inmortalidad como vehículo hacia la existencia plena, la trascendencia del amor como quiebre del tiempo y el espacio, las relaciones de dominio y sometimiento, el deseo de herir a los que amamos y de ser heridos por ellos. Bram Stoker supo condensar en las páginas de su novela las partes más oscuras y atractivas de la vida.

Una vida difícil

Abraham «Bram» Stoker nació en Irlanda en 1847. De salud débil, pasó sus primeros siete años en la cama, con la única compañía de su madre que para entretenerle le contaba cuentos de fantasmas o historias verídicas de la plaga de cólera que hubo en el país en 1832. Ya adulto, de día era administrativo y de noche se escapaba de la monotonía frecuentando los teatros y escribiendo en diarios y revistas.

Stoker siempre se sintió atraído hacia lo fantástico y lo macabro. Perteneció a la *Golden Dawn*, sociedad con-

sagrada a la magia ritual y la astrología de la que también era miembro Sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes. En el seno de esta sociedad fue donde Stoker adquirió sus conocimientos de lo oculto, y seguramente de no haber pertenecido a ella no hubiera llegado a escribir *Drácula*.

La misma semana del hundimiento del Titanic, en abril de 1912, víctima de la sífilis Bram Stoker murió. Al año siguiente su esposa, asediada por urgencias económicas, vendió todos los papeles referentes a la gestación de la novela. Stoker jamás llegó a ver (ni a imaginar) la posteridad del conde Drácula. El príncipe de Valaquia y protector de Transilvania, tampoco.

Carne, hueso y sangre

En 1456, cuatro siglos antes de la publicación de *Drácula*, era nombrado príncipe de Valaquia, Vlad Drácula, para vigilar y proteger a Transilvania de los ataques turcos. Este personaje de la historia, en el que Stoker se basó para crear el personaje de ficción, fue descrito por los documentos históricos y por las historias de horror populares como un gobernante aterrador y cruel, que usaba los métodos de tortura física y mental más inhumanos.

«Hizo hervir vivo a un gitano que había robado y obligó a la familia a comerlo»; «Hacía asar a los niños para que sus madres se los comieran»; «Una vez invitó a un suntuoso festín a los mendigos y una vez dentro cerró las puertas y prendió fuego el lugar con el pretexto de que así prevenía la peste», de esta manera describen los documentos del siglo XV a Drácula, más conocido como Vlad «Tepes», Vlad el empalador, apodo que se había ganado gracias a su afición por ese método de ejecución.

Manuscritos del 1462 detallan la

forma en que Drácula infligía la muerte por empalamiento: se colocaba a la víctima en el suelo con los miembros extendidos al máximo y un caballo atado a cada pie, después se introducía una estaca sostenida firmemente por siervos. Era aconsejable que la estaca tuviese una punta redondeada y untada en aceite, pero no puntiaguda porque de lo contrario la víctima moriría rápidamente, así la estaca se insertaba fácilmente por el ano de la víctima.

Alguna de las historias sobre Drácula afirma que tenía la costumbre de cenar rodeado de muertos y empalados agonizantes, y que disfrutaba mojando el pan en la sangre de sus víctimas. Sin embargo, ninguna leyenda ni documento histórico vincula a Drácula con el vampirismo; ni siquiera a la brujería o a la magia negra. Stoker fue el que combinó la historia real con la leyenda del vampiro.

Papel y sangre

Una de las mayores novedades de la novela *Drácula*, es su peculiar visión del vampirismo, algo distinta de los patrones conocidos hasta entonces. Stoker no se limitó a copiar el folklore o los antecedentes literarios del tema, sino que remodeló todas sus fuentes, creando una imagen del vampiro bastante nueva, original y mucho más rica en matices. Por vampiro se entendía a un ser sobrenatural de naturaleza maligna, un cadáver viviente que chupaba la sangre de las personas dormidas.

Las principales novedades que introduce Stoker respecto de la tradición vuelven a Drácula atractivo e irresistible. La víctima cuando es atacada por él cae en una especie de inconsciencia que la obnubila; el conde actúa siempre por instinto y ve en la oscuridad, funciona de día, tiene poder sobre las ratas y otros animales, tiene una actitud

ambivalente ante los iconos religiosos, puede alargar o acortar sus colmillos, no puede entrar a una casa si no lo invitan desde el interior, no se refleja en los espejos ni proyecta sombra.

El aspecto físico del vampiro de Stoker proviene del folklore de los hombres-lobo, y también hay cierta influencia del «modelo criminal» de los textos de criminología: estatura elevada, perfil aguileño, frente alta y abombada, cabello abundante, bigote, orejas altas y puntiagudas.

Lejos de tener el pelo corto y engominado -peinado hacia atrás, con entradas pronunciadas, la cara despejada y pálida como lo muestran casi todas las adaptaciones de *Drácula*- los rasgos faciales que describe Stoker del conde de ficción en la novela, coinciden con las facciones que muestran los grabados de madera y los retratos del siglo XV, de Vlad el Empalador. A su vez, el conde Drácula que personifica Gary Oldman en el *Bram Stoker's Drácula* de Coppola es el que más conserva su parecido con el original.

Historia de una gestación

Los papeles de Stoker referentes a la preparación de *Drácula* son de lo más diverso: bibliografía sobre mitología y supersticiones, inscripciones de tumbas, descripciones topográficas de paisajes y costumbres de los países del Danubio, notas sobre una teoría de los sueños, información sobre lesiones cerebrales y extirpación de coágulos de sangre, horarios de ferrocarriles, manuales sobre el tiempo, notas con ideas para la novela: títulos de capítulos, lista de personajes, cronologías, comportamiento y características de los vampiros.

El personaje de Mina, el amor de Drácula, iba a ser en un primer momento la hermana de Jonathan Harker en vez de su prometida.

En los borradores sobre la evolución y reelaboración de uno de los personajes (que luego sería el doctor Abraham Van Helsing, el encargado de perseguir al conde), Stoker pudo definirlo de tres formas distintas: un historiador de filosofía, un profesor de historia o un inspector de policía. Las tres, profesiones distintas pero con una característica común: la de obtener datos a partir de documentos, huellas, rastros e indicios. Finalmente, Van Helsing, tuvo una profesión distinta pero con la base común de las tres anteriores: un cazador de vampiros, filósofo y metafísico, representante de la ciencia y la religión.

Stoker y Van Helsing no sólo compartían su nombre de pila. Los dos mantienen una postura ambigua hacia el protagonista. Van Helsing guarda una profunda admiración por Drácula y, a su vez es el encargado de guiar la

persecución.

Variaciones

El argumento de la novela sufrió alteraciones entre el momento en que Stoker redactó sus notas y el momento de su publicación. Al principio el autor pensaba titularla *The Undead* (El no muerto) y llamar al conde «Wampyr». Pero cuando descubrió la vida pasada de Vlad Drácula pensó que de haber sido tan aterrador cuando vivía, lo sería mucho más después de haberse convertido en un vampiro. Entonces decidió que *Drácula* sería el nombre de la novela y de su protagonista.

El manuscrito definitivo sufrió dos recortes importantes. El primero, eliminó todo el primer capítulo que contaba cómo Jonathan Harker se encontraba con una vampira cuando iba al castillo del conde (después de la muerte de Stoker este fragmento fue publicado en forma de relato independiente con el título «El invitado de Drácula», y sirvió de inspiración a la película *La hija de Drácula*). El segundo recorte, el pasaje que tardó más en desaparecer, fue aquel en el que se describía la destrucción del castillo de Drácula, después de su muerte:

«...Todo el castillo, las rocas e incluso la cima sobre la que se alzaba, parecieron saltar por los aires y convertirse en fragmentos que se dispersaron, mientras una inmensa nube de humo negro y amarillo se iba acumulando y giraba sobre sí misma para acabar ascendiendo a los cielos con inconcebible celeridad.»

Los editores convencieron a Stoker que conservara la fortaleza del conde con vistas a una posible continuación.

La técnica escogida por Stoker es propia de la novela gótica, el estilo epistolar: recopilación de cartas, fragmentos de diarios íntimos, recortes de periódicos, telegramas, transcripciones fonográficas, informes médicos; lo que le permite mostrar la trama de forma bastante realista, alternando diferentes puntos de vista y acciones contrapuestas.

La acción transcurre en 1893 y la



inclusión de la incipiente tecnología opera como referencia y confiere mayor credibilidad al relato: máquina de escribir, fonógrafo, telégrafo, teléfono, cámara fotográfica, el diorama -precedente del cine que precisamente se presentaba en sociedad poco antes de publicarse la novela.

Pero Coppola, en su versión de la novela, va más allá que Stoker y hace que el vampiro asista con Mina a una de las primeras exhibiciones públicas de cine en Londres. Algo que no sería posible ya que el primer cinematógrafo se abrió en Londres en 1896.

Aunque la novela no hizo rico a su

autor, desde su publicación nunca dejó de editarse, especialmente en su lengua original, ya que las traducciones a otros idiomas y su popularidad a escala mundial vinieron después, a remolque de su éxito en las pantallas. En España no se tradujo hasta 1962 y en Rumania no se conoció hasta 1974.

Es innegable que el cine impulsó la difusión del libro. La primera versión, *Drakula* (Hungría, 1920) de Károly Lajthay, está perdida. La última, *Dracula Rising*, (USA, 1993) es de Fred Gallo y aún no se vio en la Argentina.

La extensa filmografía -más de un centenar- es la mejor prueba de la universalidad del mito, que según avanzaba el siglo encontró acomodo en otros medios de difusión masiva como la radio, la televisión o el cómic. Orson Welles adaptó la novela e interpretó al conde en su famosa dramatización radiofónica de 1938; y hasta existe una versión televisiva japonesa.

Es tal la popularidad del personaje que cuenta con numerosos clubs de fans repartidos por todo el mundo, así como varias entidades culturales dedicadas exclusivamente al estudio de la novela y su autor. Una novela que parece querer igualar a su protagonista en su perdurabilidad y su innegable seducción.

El coronel Méndez, crítico literario

INTRODUCCIÓN DE CLAUDIO ZEIGER

Durante la dictadura militar las prohibiciones estuvieron a la orden del día. Presentamos un documento secreto de la SIDE y un decreto del gobierno de Videla en el que se analiza y, en consecuencia, se prohíbe la novela de Griselda Gambaro, Ganarse la muerte. Este documento terrorífico fue publicado recientemente por la revista Xul. Ningún diario, ninguna otra revista se hizo eco de estos papeles. El olvido (la cobardía, bah) es hoy la orden del día.

Obscenidad. Atentado contra la moral. Desacato a las instituciones. Por esos rumbos iba siempre la guadaña. Puede pensarse que lo que se escondía en realidad detrás de tanto interés por ocultar el posible desnudo de una obra literaria eran las motivaciones de orden político: controlar la subversión -dicho esto en términos castrenses- con el mismo criterio con el que se veía con malos ojos o se mandaban listados a la aduana para impedir el ingreso de libros de autores identificados como de izquierdas. Lo



cierto es que entre la moral pública y la coerción política transcurrieron los procesos de censura a los libros bajo la dictadura militar. Adoptó la forma de una cacería, una persecución. Se prohibía el libro o, por extensión, al autor mediante decretos emanados de la Secretaría de Comunicaciones. Desde allí también se controlaban las publicaciones -diarios y revistas- que iban a los kioscos. Se penaba a aquel que lo difundiera o incluso lo tuviera en un depósito acudiendo, en caso de ser necesario, a la fuerza pública.

Hacia 1980 por lo menos, y más férreamente en los dos primeros años de su reinado, la dictadura militar tomó una política global represiva. Fueron los años de las quemadas de libros, las listas negras en los medios de comunicación, el control de bibliografía en la universidad a través de los planes de estudio pero también de la policía que revisaba los bolsos de los estudiantes en la puerta de entrada a las facultades. Sin embargo, si la mirada se concentra en los casos puntuales -los libros que aparecían publicados y que, por tanto, suponían la necesidad de tomar una

decisión concreta sobre ese texto, ese autor- puede llegar a haber sorpresas. No eran tan monolíticos, más bien erráticos, bastante brutales y primitivos cuando tenían que fundamentar la presencia de un título en los boletines municipales.

Como señaló el crítico David William Foster en "Los parámetros de la narrativa argentina durante el Proceso de Reorganización militar" (en *Ficción y política*, editorial Alianza, 1987): «*Bien que sea verdad que esta cultura adolece de todos los desniveles que resultaban de la dictadura, habrán sido en gran medida el resultado más de las prioridades a favor de la empresa multinacional que del ejercicio inapelable de la censura, que siempre funcionó erráticamente y según las manías personales del momento de los censores, nunca con la coherente política draconiana que a veces insinuaba el escritor exiliado para justificar el sólo poder escribir fuera de casa. Más bien se trataba de la intimidación de las muecas del miedo como reza el título de uno de los libros de la época que ponía a prueba el sistema.*»

Lo de las «muecas del miedo» es la alusión a un título de Enrique Medin...

seguramente el escritor perseguido más sistemáticamente, más tenazmente por la censura de la época. Por cierto, más de una anécdota puede dar testimonio de una política coherente en términos de una intelectualidad reaccionaria. Hay más del disparate que implica una política de represión burocrática ejercida por personajes oscuros y anónimos, a través de consejos y hasta comités ad-honorem. Los valores de la moral y las buenas costumbres, el ataque a las instituciones establecidas y sobre todo a la sagrada

familia, eran los que pautaban la política de prohibir libros. No mucho más que eso estaba en los fundamentos: moralidad y moralina.

Al finalizar la dictadura militar empezó a instalarse un debate en la literatura argentina que, a grandes rasgos, dividió la producción literaria de los años 1976 a 1983 entre aquella que había sido escrita y publicada en el exilio y la que había visto la luz dentro de las fronteras del país. A grandes rasgos: una cultura del exilio y otra «desde adentro». A esta última, a la que podría llamarse «la cultura bajo la dictadura» se le negaba muchas veces sustancia, habida cuenta de las condiciones de represión, censura y autocensura en que debió desarrollarse. El tiempo ha pasado y es evidente que hoy no puede sostenerse una posición de enfrentamiento semejante. Lo que sí tiene más sentido es recordar las formas que adoptó esa censura.

Quizás la idea sea que un libro que ha sufrido una u otra variante prohibitiva nunca puede volver a ser un texto despojado de esa circunstancia. Se carga de malditismo, se rodea de una aureola que el paso del tiempo no podrá borrar.

INFORME

Para conocimiento de: S.E. EL SEÑOR SUBSECRETARIO DEL INTERIOR

Producido por: PUBLICACIONES

ASUNTO: Novela

ORIGINADO POR: SIDE

TITULO: «GANARSE LA MUERTE»

EDITADO POR: Ediciones de la Flor

IMPRESO EN: Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A.

FECHA: Julio 1976

1. IMPRESION GENERAL. Es una obra asociada, dado que trata de mostrar a ésta y a través de sus personajes, como un lugar donde impera el hiper-egoísmo e individualismo, donde no cuentan ninguno de los valores superiores del ser humano y si las lucubraciones y actos para lograr la satisfacción de sus bajos instintos.

2. PARRAFOS SALIENTES.

Estos se pueden subdividir en cuatro diferentes grandes grupos, los que lesionan: la sociedad; la condición humana; la familia; las instituciones armadas y el principio de autoridad.

2.1. La sociedad

2.1.1. Divide a ésta en torturados y torturadores (pág.9), así como también, y en forma sarcástica, entre gente superior e inferior (p.101), también y de la misma forma entre civiles y militares (p.107).

2.1.2. Manifiesta: «Sentía que procedía justamente, la justicia no da opción, pero como los guardianes que matan a sus prisioneros, no contento, no se podía sentir contento (sic). Esta maldita condición humana, pensó, cambiando el garrote a la otra mano» y «Así era la balanza de la vida, ciega, resarcido a quien no lo merecía. Algún loco había establecido el desequilibrio natural desde el origen, y sólo alguien más loco podría pensar en subsanarlo. Y sin embargo, él lo había intentado. Y el fracaso era la respuesta.» (p.122).

2.1.3. Ataca e ironiza a los ricos: «El veterinario musitaba al oído del tipo con dinero, que lo escuchaba seco, displicente e interesado, como todos los que tienen plata y consideran la posibilidad de tener más» (p.148).

2.1.4. Da también un principio determinista y caótico de la vida: «también él sufría, pero no estaban solos en el mundo. Alguien tiene que pagar por todos, voluntaria o coercitivamente alguien siempre paga por todos» (p.150) y «No acusaba a nadie, te traje al mundo y te largo, así era la vida» (p.156).

2.2. La condición humana

Esta es mostrada en forma extremadamente negativa, pareciendo que tratara de sostener la teoría, que el ser humano por naturaleza es ruin, egoísta, desalmado, etc.

2.2.1 Esto se ve en toda la obra (...).

2.3. La familia

2.3.1. Enloda a la mujer y a todo lo que ella representa (...).

2.3.2. Para apreciar el ataque a la familia y a la moral es suficiente conocer el relato de la serie de trances que debe soportar el personaje principal (...).

2.4. Las instituciones armadas y el principio de autoridad.

Como en los anteriores casos, en éste, trata de trasuntar una visión -de las instituciones armadas- que por vía de la descripción irónica



de hechos, actos y actitudes desnaturaliza el principio de autoridad, ya sea genérica o específicamente en éstas.

2.4.1. Baste para ejemplificar esto los siguientes párrafos:

- «El militar, muy alterado por la falta de autoridad y el vacío de poder, se sirvió un sandwich y se lo comió marcialmente, de un bocado. El sandwich hizo ¡pum! y le cayó como una bomba en el estómago. Cayó ahí mismo redondo al suelo, pero sin un gemido. Tuvo tiempo de decir: ¡Viva la patria!- y fue ascendido post-mortem» (p.106).

- «Suerte que el militar estaba muerto, sino, quién sabe lo que hubiera pasado, cualquier cosa. El reglamento lo preveía todo ¡Semejante acto de indisciplina!» (p.110).

- «Sólo algunos inconcientes, por lo general muchachos, cuando moría alguien, inexplicablemente, de un síncope en la comisaría, o muchos acribillados a balazos en una fuga, hacían manifestaciones en la calle, alborotaban hasta que les rompían los huesos. ¿Y no era lógico, en cierta forma? ¿Qué justificación hay para el escándalo?» (p.218).

2.4.2. Y las siguientes actitudes:

- Un guardia lucubraba ante la disyuntiva de matar o no (por placer) y concluye que es mejor no matar (por razones de comodidad) (p.11).

- Uno de los personajes se lamenta de la ineptitud de un guardia, que sólo había

ametralado unos cuantos (p.56)

- La disciplina le impedía a un militar el ser afectuoso.

- «Es más fácil obedecer que desobedecer» (p.139).

- «Y como el hombre, entontecido por la pena, no se decidía, eligieron extremistas (para imputarles un homicidio), lo más acertado, al fin de cuentas, porque así estaban seguros de no cometer injusticia alguna».

2.5 Alusión extemporánea.

Realiza una alusión crítica al anterior gobierno durante el cual probablemente la obra fue escrita, -pero que el lector desprevenido puede pasar por alto la inferencia a éste (sic). (...)

3. FINALIDAD DE LA PUBLICACION.

Esta se desprende de los párrafos salientes (2) donde se socavan los valores aludidos mediante un tratamiento cuasi pornográfico o sea

que, utilizando una línea «liberada», se atacan los valores fundamentales de la sociedad.

Lo que se ve corroborado en la nota de tapa final: «Aquí se cuenta la cruel peripecia de una muchacha que es elevada a la felicidad y sumida en la tragedia por lo que aparenta ser la insobornable fortuna, siendo en realidad la represión institucionalizada por el sistema en la familia y usada para transmitir valores aceptados. En esa Cledy que va del orfelinato al matrimonio, del incesto a la humillación, del goce al sufrimiento, todo sin transiciones, sin ninguna explicación, hay no sólo un modelo de la condición femenina

de nuestro tiempo sino también de la de todo aquel que por su origen y posición en el mundo debe ser objeto de una historia que no entienda y que no le permiten protagonizar».

4. DE LO INMORAL A LO SUBVERSIVO

4.1. Sabido es que uno de los modus operandi de la subversión -terrorista-, es el de tratar de socavar los valores morales de la población, preparando así un terreno propicio a la captación ideológica.

4.2. Pero también es sabido que desde que el tiempo es tiempo han existido manifestaciones inmorales que han sido objeto del repudio social. Ya por ejemplo en Grecia existía la figura de los éforos y en Roma la del censor, encargado de velar por las mores maiorum aplicando la tacha de infamia.

Así a lo largo del tiempo y el espacio las sociedades han repudiado lo que va en contra de sus costumbres, arbitrando los medios necesarios para que esto no sucediera.

4.3. Si bien la connotación de subversión (4.1) dista mucho de la subversión de los valores morales, que ha existido desde antaño (4.2). Se puede pensar que la subversión (4.1) muy hábilmente, ha tratado de enmascarar a ésta en la ya conocida, siendo utilizada de esta forma.

Esto representa un problema de deslinde

por dos causas: por el bien jurídicamente tutelado y por el órgano.

4.3.1. Por el bien jurídicamente tutelado: es éste una vez clarificado el que nos va a determinar el órgano. Dado 4.1 y 4.2., es posible encontrar que el bien jurídicamente tutelado en la acepción 4.1. sería: la seguridad, o sea que todo lo inmoral que tenga una causa fuente en los propósitos de la subversión (connotación actual, 4.1) sería lesivo a la seguridad; y en la acepción 4.2. (trabajando por exclusión) encontraríamos que todo lo que no esté encuadrado en el supuesto 4.1. lo estaría en el 4.2., entonces -en este caso- el bien jurídico protegido sería: las costumbres, la conducta del individuo.

4.3.2. Por órgano: como ya se expresara, una vez determinado el bien jurídicamente protegido la determinación del órgano es harto sencilla.

En ese caso de la seguridad: el órgano que tiene el poder de policía (según la Ley de Ministerios) en esta órbita es el Ministerio del Interior.

En el caso en que el bien jurídicamente protegido fuera las costumbres (y específicamente en lo relativo a publicaciones y espectáculos público) el órgano que tiene el poder de policía es la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y los Gobiernos Provinciales (...).

4.4. Otro tema, es ya el de la obscenidad, reprimida por el art. 128 del Código Penal, que sanciona con prisión de dos meses a dos años al que publicare, fabricare o reproducire, libros, escritos, de dicho carácter.

Según la jurisprudencia debe entenderse por obsceno: todo aquello que tiene por finalidad ensalzar los erótico y lo lúbrico y que tiende a incitar los instintos groseros y/o los bajos apetitos sexuales, ultrajando el poder público y las buenas costumbres.

La diferencia entre lo obsceno y lo inmoral, es cuestión de grado, constituyendo delito la publicación obscena y contravención municipal las publicaciones inmorales; en el entendimiento que todo lo obsceno es inmoral, pero no todo lo inmoral es obsceno.

4.5. Clarificando entonces, el hecho de que una vez que se determina el bien jurídicamente protegido se logra la determinación del órgano.

Para lograr un correcto y aproximado deslinde entre los conceptos 4.1. y 4.2. es necesario precisar pautas (de las que su buena o mala determinación y apreciación, va a depender la existencia o no de conflicto de poderes).

Estas pautas deben ser cotejadas ante una

Algunos libros prohibidos en la dictadura

Nanina, de Germán H. García: Novela escandalosa de los '60, anterior a la dictadura. Fue terminada en 1967, publicada en 1968 y prohibida en 1969. La prohibición (bajo el gobierno del gral. Onganía) argumentó (1) obscenidad del conjunto, (2) falta de destreza literaria, (3) ausencia de crítica social.

Monte de Venus, de Reina Roffé: Prohibido en 1976 por inmoralidad.

El frasquito, de Germán H. García: Publicado en 1973. Prohibido por una ordenanza del 24 de Enero de 1976. Calificado de inmoral.

Ganarse la muerte, de Griselda Gambaro: Fue confiscada su novela en 1977 por desacato a las instituciones. Gambaro continuaría su producción literaria en Barcelona, aunque su novela **Lo impenetrable**, escrita por esos años, recién sería publicada en 1985, ya en democracia.

Las tumbas -aparecido en 1972-; **El duke**; **Strip-tease**; **Sólo ángeles**; **Perros de la Noche**; de Enrique Medina: Medina era considerado por los años '76, '77 sinónimo de «libro prohibido». Se lo consideraba un provocador sistemático que escribía libros para ser confiscados. La persecución había arrancado durante la tercera presidencia de Perón. También sufrió amenazas de la Triple A (a causa del comentario bibliográfico de *La opinión* sobre su libro **Las hienas**, en donde se mencionaba que en dicho cuento «aparece un parapolicial oficial»). Pudo volver al ruedo en 1981 con **Las muñecas del miedo**, contando además con un apoyo grande de los medios que no había tenido antes.

La vida entera, de Juan Martini: Publicado en España en 1981 (donde Martini estaba radicado por entonces), el libro llegó a la Argentina a fines de ese mismo año y circuló libremente un tiempo. En el transcurso de 1982 fue prohibido. La editorial afectada, Bruguera, decidió salir a la palestra: publicó un libro más polémico aún, **La brasa en la mano**, de Oscar Hermes Villordo.

C.Z.

teoría finalista, o sea, es preciso determinar la finalidad de la publicación (luego de su lectura y análisis) y ante ésta si ya se puede trabajar con las pautas.

Estas pueden ser:

-Aceptación 4.2.: cuando la impronta característica es el hedonismo, o sea la inmoralidad misma, el placer por el placer mismo; cuando no hay otro fin que el de ser licenciosa, etc. O sea cuando nos encontramos ante un caso donde la inmoralidad es un fin en sí misma, donde lo que se exagera es el placer, el goce sensorial.

-Aceptación 4.1: como ya se expresara, ésta guarda una relación de género a especie con la acepción 4.2.

Si es subversión en esa acepción una publicación que por vía de lo inmoral trata de provocar desprecio por la vida, la sociedad, la condición humana, la familia, los valores éticos, la tradición nacional, etc., lo que puede lograr negando estos valores o afirmándolos en forma deformada o elíptica, apelando siempre a la sutil interpretación del lector. En síntesis: nihilismo hacia los valores propios del ser nacional (objetivos 2.2. y 2.8. del P.R.N.)

5. CONCLUSIONES. La obra en sí, tiene un muy buen nivel literario y se encuentra correctamente balanceado lo metafórico de lo real; de lo que se deduce que la autora es una «escritora» -en el sentido técnico de la palabra.

De por sí pareciera que no emite juicio de valor, pero si lo hace negativamente y por rebote cuando trata el tema «militares y principio de autori-

dad» 2.4. y en la «Alusión extemporánea» 2.5.

De lo que no hay ningún lugar a dudas, es que la obra es altamente destructiva de los valores, con la peligrosa característica de haber sido realizada con la maestría propia de quien fuera calificada como lo fue.

Tampoco es necesario disculpar en profundidad para darse cuenta que este ataque a los valores, y la forma en que es realizada, coloca a la obra en un tipo de inmoralidad con trasfondo subversivo (4.1. y ctes.) no encuadrable en una inmoralidad pura y simple (4.2. y ctes.) ni en el artículo 128 del Código penal (4.4.). Dado que como se viera la intencionalidad de la obra -y la que le adjudican sus editores (ver nota tapa final)- es la de producir nihilismo hacia los valores propios del ser nacional, por la vía de la destrucción de éstos en la sociedad, la condición humana, la familia, las instituciones armadas y el principio de autoridad. Dado que el exponer las lacras humanas exclusivamente, y sin proponer elementos compensadores, no ubica a la obra en lo que podría haber sido -pero no lo fue- un trabajo de crítica social constructiva.

6. PROPUESTA. Como ya quedara demostrado, esta es una publicación que afecta la seguridad -por su inmoralidad subversiva (acepción 4.1.)- y por lo tanto pasible que le sea aplicado el artículo 23 de la Constitución Nacional prohibiendo su distribución y venta.

6.1. Pero es dable tener en cuenta ciertas circunstancias de orden político:

6.1.1. El diario *La Nación* -del día domingo 6 de febrero (ver anexo 2)- en una encuesta titulada «Teatro y literatura» consultó a la autora respecto de estos temas, junto con otros

escritores de reconocida fama, lo que hace suponer que Griselda Gambaro reviste esta categoría. Por lo cual es probable que la adopción de una medida como la propuesta, en conjunción con otras ya adoptadas o en vías de serlo, produzca cierto malestar en el ambiente literario.

6.1.2. Esto también se ve corroborado a la luz de las opiniones -respecto de la autora- de Kive Staif (actual director del Teatro Municipal Gral. San Martín) vertidas en el diario *La Opinión* y reproducidas en la tapa final del libro.

6.2. Otro tema es la editorial, la que por dos circunstancias se encuentra pasible de ser clausurada; porque:

6.2.1. Es reincidente en este tipo de literatura, dado que por decreto N°629/77 se prohibió la distribución, venta y circulación del libro «Cinco dedos», perteneciente a dicha editorial.

6.2.2. Avala lo que hace la autora, por editarlo, y por expresarlo en la presentación de la tapa final. T.Cnl. (R) JORGE E. MÉNDEZ. Publicaciones.

DECRETO 1101/77

Buenos Aires, 26 ABR 1977.

VISTO las facultades conferidas al Poder Ejecutivo por el artículo 23 de la Constitución nacional, durante la vigencia del estado de sitio, y CONSIDERANDO:

Que uno de los objetivos básicos fijados por la Junta Militar en el acta del 24 de marzo de 1976, es el de restablecer la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino.

Que dicho objetivo se complementa

con la plena vigencia de la institución familiar y de un orden social que sirva efectivamente a los objetivos de la nación.

Que del análisis del libro «Ganarse la muerte» de Griselda Gambaro, surge una posición nihilista frente a la moral, a la familia, al ser humano y a la sociedad que éste compone.

Que «Ediciones de la Flor» comparte



el agravio al sistema familiar, como medio para la transmisión de valores, y es contumaz en la difusión ideológica destinada a agravar las instituciones.

Que actitudes como éstas constituyen una agresión directa a la sociedad argentina concretada sobre los fundamentos culturales que la nutren, lo que corrobora la existencia de formas cooperantes de disgregación social, tanto o más disolventes que las violentas.

Que una de las causas que sustentaron la declaración del estado de sitio, fue la necesidad de garantizar a la familia argentina su derecho natural y sagrado

a vivir de acuerdo con nuestras tradicionales y arraigadas costumbres.

Que, conforme lo ha admitido reiteradamente la jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el secuestro de una publicación y la clausura de una editorial se encuentran dentro de las facultades privativas del poder ejecutivo nacional, acordadas por el mencionado artículo 23 de la Constitución Nacional.

Por ello, EL PRESIDENTE DE LA NACION DECRETA:

ARTICULO 1°. -Prohíbese la distribución, venta y circulación, en todo el territorio nacional, del libro «Ganarse la muerte» de la autora Griselda Gambaro, editado por «Ediciones de la Flor» y secúestrense los ejemplares correspondientes.

ARTICULO 2°. -Dispónese la clausura, por el término de treinta días, de «Ediciones de la Flor SRL» con domicilio en Uruguay 252, 1°B de Capital

Federal. **ARTICULO 3°.** -Lo dispuesto en el artículo anterior no impedirá la realización de las tareas administrativas, inherentes a «Ediciones de la Flor SRL».

ARTICULO 4°. -La Policía Federal dará inmediato cumplimiento a lo dispuesto en el presente decreto.

ARTICULO 5°. -Comuníquese, publíquese, dése a la Dirección Nacional del Registro Oficial y archívese. Decreto N° 1101. Grl. Bg. Albano Harguindeguy, Ministro del Interior. [Hay más firmas ilegibles]

FOTOS: ROBERT DOISNEAU

¿HACEMOS ALGO JUNTOS?

Como cada vez que se acerca nuestro aniversario, nos da por hacer cambios e incorporar algunas cositas para placer de lectores y autores (y para que no se aburran recibiendo siempre lo mismo). Algunos proyectos ya están encaminados para 1996 y van a ser anunciados en nuestro número aniversario. Te adelantamos algo: nos interesa promocionar, promover, auspiciar, asesorar y alentar proyectos creativos. Así que si escribís, hacés música o radio, diseñás ropa u objetos, fotografiás, hacés cine o video, organizás fiestas, pintás, editás libros alternativos, o cualquier otra cosa que se te ocurra, tal vez podamos hacer algo juntos. Llegó la hora de juntarse para que todo sea menos complicado. Comunicate con nuestro flamante «Departamento de Proyectos Especiales» al 225-6958 y contáanos qué hacés.

Brenno Quaretti
Mónica Hasenberg
Fotografía
Banco de fotos

300 - 4046

Cuanto vale tu silencio?

POR SANTIAGO PAZOS

El dire y la puñalada, Pauls y el Fragmento, El Refugio y lo Plomo, La Maga y los Especiales.

Ahora sé. Ahora ya sé lo que tuvo que sentir Julio César cuando vio que su hijo le clavaba el puñal para asesinarlo. Como Julio Cesar yo puedo exclamar: «¿Tú también, Bruto?».

Compartan conmigo mi dolor. Casi no leo revistas locales pero el otro día se me dio por comprar la Playboy por razones que no voy a detallar. Grande fue mi sorpresa cuando en la página 3 descubrí, entre las fotos de los que escriben y colaboran en la revista, a nuestro querido director de la V. Ahí estaba él mirando con su expresión más inteligente, tratando de emular al pensador de Rodin pero vestido y con anteojos. Así que decidí saltarme los portafolios de chicas tan interesantes y me arrojé, como lebre sobre un conejo, sobre la nota de Olgún. Si grande fue mi sorpresa al verlo no les puedo narrar cuando vi la nota que había escrito. Lean bien: ¡era una entrevista-perfil a Tomás Eloy Martínez! Sí, el popular TEM, objeto de chanzas, vituperios e intrigas de esta sección.

Qué raro, me dije. Porque yo sabía que SSO había tenido (mea culpa) problemas con TEM no sólo por lo que yo había escrito en el primer Cuanto vale tu silencio? (por ése que decía «¿Qué lleva TEM en la valija?», un clásico que los lectores todavía recuerdan con maliciosa complacencia) sino también por otras notas que no le habían caído bien al entonces director del suplemento cultural de Página/12. SSO, colaborador de «Primer Plano», se las había visto negras para seguir co-

laborando y hasta tuvo que soportar algunas breves y torpes prohibiciones de su jefe que le tenía tanto cariño como la momia a Martín Karadagián.

¿Chupada de medias?, me pregunté. Deseché la idea porque TEM ya había renunciado a la dirección de «Primer Plano» y, consecuentemente, los problemas de SSO ya habían terminado. En fin, me puse a leer la nota.

Debo reconocer que empieza muy bien: «Una vez más Tomás Eloy Martínez prepara sus valijas para partir hacia los Estados Unidos». Esa referencia a la valija es, sin duda, un guiño para nosotros y maldita gracia le habrá causado a TEM. Pero después SSO comienza un canto de amor por TEM que nos ha dejado con la boca abierta a todos. Citas al vuelo:

- «Su reconocimiento como escritor en toda Latinoamérica es sólo eclipsado por su prestigio como periodista.»

- «Pero TEM no le da demasiada importancia a los pergaminos de su carrera. Sus obsesiones parecen ser el presente y el futuro.»

- «[resumen curricular de TEM que termina con la siguiente frase] han colocado a TEM en un lugar de preponderancia entre los intelectuales latinoamericanos.»

¡Pará, SSO, aflojá con la grapa caliente! ¿Se puede saber qué aprendiste de mi prédica? Con Caparrós estábamos mejor. Tú también, bruto.

«El le metta su pija verdadera [sic] en la concha».

Adivina, adivinador. ¿Quién escribió esta frase? ¿Mi sobrinito de diez años?

¿Un integrante de la barra brava de Nueva Chicago? ¿Un autor anónimo en un baño de Constitución? No, señores. La escribió el escritor Alan Pauls, hermano del actor Gastón Pauls, en su nueva novela La demostración, cuyo adelanto fue publicado en la revista Playboy en el mismo número de la nota anteriormente comentada. Resulta gracioso descubrir cómo estos escritores que han hecho de la teoría literaria, del desprecio por el mercado y del aburrimiento, partes esenciales de su poética terminan desesperados intentando abarcar un público que les es esquivo. Ahora cuando descubren que sus libros los leen Beatriz Sarlo y dos o tres habitués de Gandhi se animan a hacer una literatura «corpórea», llena de sexo y «palabras fuertes». Resultan patéticos, como esos nenos educaditos que, liberados del control familiar, empiezan a decir «culo, pija, concha» y a reirse como desquiciados por la libertad que creen haber descubierto.

El buen esposo de la literatura de las buenas costumbres sale a tirar la chancleta. Y lo hace mal porque el fragmento publicado en Playboy no es ni sensual, ni erótico, ni sanguíneo ni una verga (perdón, se me escapó). No hay dudas de que tipos como Dalmiro Sáenz lo hacen mucho mejor y sin tanta alharaca teórica. Pauls, en una entrevista reciente declaró: «La literatura que me interesa es la relacionada con las vanguardias». Qué chistoso, qué chistoso.

Me han pedido que dé nombres. Que diga cuáles son los programas culturales del cable que son un ple-

mo. Y como me debo a mi público aquí va uno. Hay un programa cultural que debiera ir en horario nocturno, no porque tenga algo inconveniente para los menores sino porque cumpliría perfectamente con el papel de ansiolítico que reite del Valium. Se trata de «El refugio de la cultura» que conduce Osvaldo Quiroga. El programa (que sale en vivo, tanto por TV como por radio) es lo menos divertido que puedan imaginar. Osvaldo Quiroga (un buen crítico de cine metido en camisa de once varas) es tan buen conductor como el dueño de una casa de velatorios. Además tiene una concepción de la cultura elitista y reaccionaria, pero sin ese talento que destilaban los viejos reaccionarios (¡volvé Victoria!). Los diálogos con su encargado de la parte teatral, Jorge Dubatti, pueden llegar a dormir al más insomne. En fin, «El refugio de la cultura» es un callejón sin salida donde se espera la llegada de la pobre cultura para violarla y matarla. Y siempre con ese rostro de pompa fúnebre. ¿Para cuándo el auspicio de Cochería Paraná?

La Maga sacó su «Especial Neruda». Atenti que se viene el «Especial Miguel Hernández». Incluye entrevista a Joan Manuel Serrat y la reproducción del poema «Elegía». ¿Y, para cuándo un «Especial Mario Benedetti»?

La Maga sacó su «Especial Ficción». Noventa y nueve fragmentos o cuentos sacados de libros de circulación masiva en la Argentina. Nada de traducciones originales, nada de autores nuevos o inéditos. Nada, en definitiva, que aporte a la cultura. Siguan los exóticos.

El número aniversario de
V DE VIAN
va a ser cosa seria.

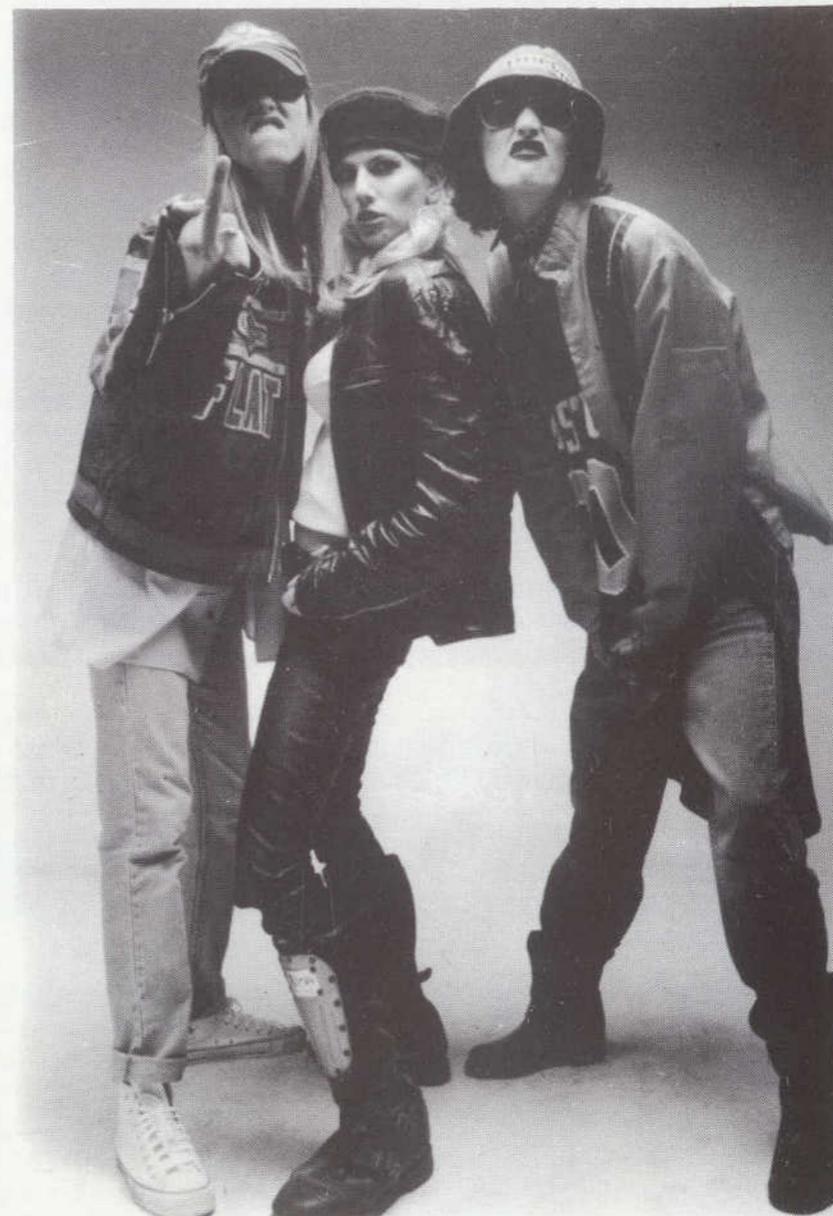


Foto: MUGUEL ANGEL FORMIS. Modelos: AUSTINA, NATALIA Y SILVINA. Agencia: PRD.

¡Cumplimos cinco años y lo festejamos con un número imperdible! Algunas notas que ya estamos preparando son:

- Informe Cabrera Infante.
 - Entrevista a Roberto Fontanarrosa.
 - La vida de Lou Andrea Salomé.
 - Todos los detalles de la serie Archivos X.
 - Entrevista a Harvey Keitel.
 - La mejor ficción extranjera, las mejores fotos, los mejores reportajes y los mejores artículos de literatura, cine, televisión, tendencias, sociedad y siempre con el inimitable estilo vianístico.
- Y esto sólo es una mínima parte de lo que va a traer el número 21 de la V. Preparáte para algunas sorpresas especiales.

Aparece la primera semana de enero. No te lo pierdas